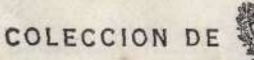


DE ESTA OBRA SE HAN IMPRESO
CINCUENTA EJEMPLARES NUMERADOS, EN PAPEL ESPAÑOL DE HILO.
EJEMPLAR NUM. 6

COLECCION DE  LIBROS CUBANOS

DIRECTOR: FERNANDO ORTIZ

VOL. VIII.

CUBA

A

PLUMA Y LAPIZ

"LA SIEMPRE FIEL ISLA"

POR

SAMUEL HAZARD

"ES LA MAS HERMOSA TIERRA QUE OJOS HUMANOS VIERON". COLON.

TRADUCCION DEL INGLES

POR

ADRIAN DEL VALLE

TOMO II

CULTURAL, S. A.

LA MODERNA POESIA — PI Y MARGALL, 135 | LIBRERIA CERVANTES — AV. DE ITALIA, 62

HABANA

1928

IMPRENTA DE CULTURAL, S. A. - PI Y MARGALL, 135. - HABANA



INDICE

TOMO II

CAPITULO XV

CAPITULO XVI

CAPITULO XVII

CAPITULO XVIII

CAPITULO XIX

CAPITULO XX

CAPITULO XXI

CAPITULO XXII

CAPITULO XXIII

CAPITULO XXIV

CAPITULO XXV

CAPITULO XXVI

CAPITULO XXVII

CAPITULO XXVIII

CAPITULO XXIX

CAPITULO XXX

CAPITULO XXXI

CAPITULO XXXII

LISTA DE ILUSTRACIONES A PAGINA ENTERA



CAPITULO XV

TODO DEDICADO A LOS TABACOS.—Primeras noticias del tabaco.—Historia de su monopolio.—Diferencias con los vegueros.—La Real Fábrica.—Fábrica de tabacos.—Buenos y malos tabacos.—Partagás.—Uppmann.—Fábrica de Cabañas.—Descripción de la misma.—Proceso en la fabricación de tabacos.—Algunos hechos curiosos.—Significación de los nombres y tamaños.—A dónde van los tabacos.—Precios de algunos.—Cómo ordenar los tabacos.—Hermosas fábricas.—La Victoria.—Costumbres de los fumadores cubanos.—Etiqueta del tabaco.

«Sublime tobacco! which, from east to west,
Cheers the tar's labors or the Turkman's rest;
....
Divine in hookahs, glorious in a pipe,
When tipped whith ambar, mellou, rich, and ripe.
....
Yet thy true lovers more admire, by far,
Thy naked beauties; —give me a cigar» (1).

BYRON.

(1) *«¡Sublime tabaco! que de este a oeste,—alegras la labor del marino, o el descanso del turcómano;—divino en narguile, glorioso en una pipa,—cubierto con ámbar, suave, rico y maduro.—Pero tus verdaderos amantes te admiran más,—con tus desnudas bellezas. Dadme un tabaco»*.

SENTADO al lado de un bien encendido hogar, en una cruda noche de invierno, cualquiera, bajo la influencia de un fragante Cabañas, se vuelve soñador o construye castillos en el aire.

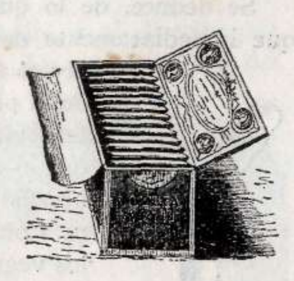
En cada bocanada del aromático humo que lanzamos, la fantasía se complace en pintarnos escenas de la soleada tierra donde se produce el *puro tabaco*, que tiene su mejor interpretación en los versos "Hyperborean", de Moore:

«I come from a land in the sun-bright deep,
Where golden gardens grow;
Where the winds of the north, becalmed in sleep,
Their conch shells never blow» (1).

Pero demos tregua a la fantasía y atengámonos a la realidad. Nunca los fumadores del tabaco habano empiezan una discusión acerca de la aromática hoja, sin que aduzcan alguna nueva teoría relativa a la planta, su historia, cultivo o clase. ¡Cuán a menudo y de variada manera hemos visto explicadas las místicas palabras, puestas tan frecuentemente sobre los extremos de las cajas de tabaco! "Vuelta Abajo" y "Vuelta Arriba" son palabras bien entendidas por todo cubano. En la Vuelta Arriba, que es la porción de la Isla generalmente hacia el Oriente, se cultiva algún tabaco, no mucho, y de calidad no superior; en tanto que

(1) *«Vengo de una tierra en la que el sol brilla intenso,—donde florecen los jardines de oro;—donde los vientos del Norte, por el sueño sosegados,—sobre sus conchas jamás soplan».*

en la Vuelta Abajo, que comprende una sección del país que se extiende al oeste de la Habana, se hallan los terrenos que producen el mejor tabaco de la Isla. Por lo tanto, las palabras "Vuelta Abajo", impresas en las cajas, significan que los tabacos que contienen están elaborados con la mejor hoja de dicha sección.



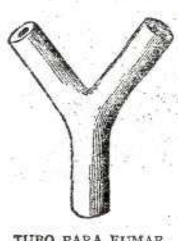
VUELTA ABAJO

Las primeras noticias acerca del tabaco las hallamos en las obras de Navarrete y Las Casas, citadas por Irving. Al describir éste el primer viaje de Colón, dice: "Vieron a varios indígenas que llevaban tizones en sus manos, y ciertas hierbas secas que enrollaban dentro una hoja, cuyo extremo encendían, y poniéndolas en sus bocas, las exhalaban continuamente y arrojaban fuera el humo. A los tales rollos les daban el nombre de tabaco, nombre con que desde entonces se designó a la planta de que estaban hechos". Y este continúa siendo el nombre con que se designa en Cuba al cigarro puro.

Oviedo habla del uso del tabaco, en su *Historia General de Indias*, como una de las "malas costumbres de los indios de Cuba, muy perniciosa y productora de insensibilidad". Su modo de fumar era por inhalación a través de las ventanas de la nariz, valiéndose de una caña hueca ahorquillada,

de la que damos un grabado. Los extremos ahorquillados se insertaban en las ventanas de la nariz, aplicándose al otro extremo las hojas encendidas de la planta.

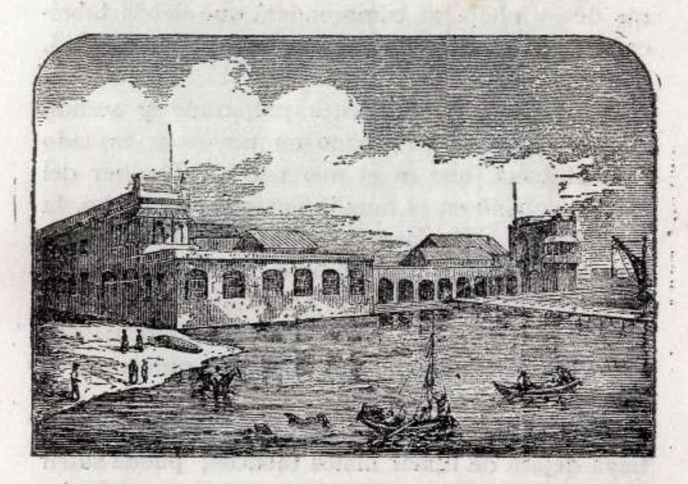
Se deduce, de lo que relatan varios autores, que inmediatamente después de la conquista se prestó alguna atención al cultivo de la planta, adquiriendo tal extensión, al cabo de varios años, que el gobierno reclamó el monopolio de la industria tabacalera. Consta que en 1716, cansados los vegueros de las restricciones impuestas al cultivo y no satisfechos de los precios que el gobierno les pagaba por sus cosechas, se amotinaron contra el inspector encargado de fijar dichos precios. En 1721 hubo otra protesta, y en 1723, cuando el inspector del gobierno visitó las *vegas* para fijar el precio del próximo año, los vegueros, en número de quinientos, se amotinaron negándose a aceptar las condiciones. destruyendo las plantaciones de los que habían aceptado. Tan serio fué el levantamiento, que sólo se pudo dominar enviando un contingente de caballería que cargó contra los insurgentes, matando a muchos de ellos. En 1761 el gobierno construyó el edificio hoy conocido por el Hospital militar, situado cerca la bahía, al sur del Arsenal, extramuros, destinándolo a la "Real Fábrica de Tabacos". En 1815 cesaron las restricciones y el monopolio, declarándose libre



TUBO PARA FUMAR, DE LOS INDIOS

el comercio del tabaco, y desde aquella época puede decirse que data el florecimiento de la industria tabacalera, que ha ido creciendo en importancia, convirtiéndose en la segunda industria más importante de la Isla de Cuba.

Aun cuando Vuelta Abajo es el distrito *par excellence* en la producción del mejor tabaco del



HOSPITAL MILITAR

mundo, hay sin embargo otros lugares de la Isla donde se cultiva. De estos últimos, quizás las únicas clases dignas de mención son las de "Yara", "Mayarí" y "Guisa". De la de "Yara", que tiene considerable reputación, particularmente en el mercado de Londres, confieso que no puedo hablar favorablemente. Los tabacos que he probado de

dicha hoja, que se fuma mucho en la vecindad de Santiago de Cuba, les he encontrado un particular gusto salino muy desagradable, así como un ligero amargor, lo que parece ser no obstante del agrado de muchos fumadores.

Teniendo en cuenta que en la Habana solamente existen unas ciento veinticinco manufacturas de esta hoja, se comprenderá que deben fabricarse buen número de tabacos de inferior calidad, aun en Cuba.

El tabaco, debidamente preparado y secado en las vegas, es empacado en tercios y enviado a la Habana, que es el mercado distribuidor del tabaco cubano en el mundo entero. De hecho, la Habana puede llamarse la "ciudad de los tabacos", por su reputación y el número inmenso de manufacturas, desde el pequeño taller que emplea tres o cuatro tabaqueros, a las grandes *fábricas*, erigidas expresamente y que emplean quinientos o seiscientos operarios.

Que nadie se imagine que por estar en la Habana dejará de fumar malos tabacos; puede sufrir un gran engaño, pues aquí, como en cualquier otra parte, se compran tabacos de vil calidad. Por mi parte, compré de vez en cuando tabacos en diferentes *fábricas* y raramente encontré uno bueno. Toca a cada amante del buen tabaco conocer a los mejores fabricantes y marcas y comprar aquellos, y sólo aquellos tabacos que satisfacen su gusto. Para el viajero que está en la Habana, esto es cosa fácil, pues puede adquirir cajas de

muestra de cualquier fábrica y de cualquier vitola. De entre los centenares de manufacturas, algunas de primera clase, hay por lo menos tres o cuatro en cuyos tabacos todo fumador puede tener *completa confianza*, siendo sus marcas conocidas en todo el mundo. Estas son: Cabañas, Uppmann y



UN "CHINCHAL" DE TABACOS

Partagás, por cuyos productos se paga quizás algo más, pero se tiene la seguridad de que son buenos. Debo a la amabilidad de caballeros relacionados con dichas manufacturas la información de este capítulo, y particularmente al señor don Anselmo G. del Valle, el actual propietario de la Fábrica de Cabañas, quien fué lo bastante condescendiente para mostrarme todo su establecimiento, explicándome cuidadosamente sus peculiaridades. Como

el proceso de elaboración y descripción de grados y calidades es el mismo en todos los mejores fabricantes, me concreto a dar aquí la descripción detallada de su manufactura y productos.

La fábrica de tabacos de Cabañas fué establecida hace setenta y dos años, siendo su fundador don Francisco Cabañas. Le sucedió su hijo don M. de P. Cabañas, y a éste su yerno, señor del Valle, actual propietario y director de la fábrica.

Cuando se fundó, los tabacos se vendían en paquetes de veinte solamente y la producción anual era de cuatrocientos a quinientos mil tabacos, aumentando progresivamente hasta 1826, que la producción anual alcanzó los dos millones. En aquel período empezó la demanda para la exportación, aumentando cada año hasta 1848, cuando el número de tabacos vendidos llegó a tres y medio millones. En aquel año la tomó a su cargo el actual director, quien logró aumentar la venta hasta ocho millones por año, y en 1866 el total ascendió, en esta sola casa, a la enorme suma de diez y seis millones de tabacos, que se enviaron a diferentes partes del mundo, en las proporciones siguientes:

Cuba....2.000.000	Inglaterra...3.000.000
España..2.500.000	Alemania....2.500.000
Francia..1.000.000	E. Unidos...3.000.000
América latina..2.000 000	

El tabaco elaborado en esta fábrica es, con raras excepciones, cultivado en las vegas de Vuel-

ta Abajo, cuyos propietarios han celebrado contratos especiales con el señor del Valle para la venta de sus productos. Las mejores de estas vegas están en los lugares conocidos por "La Leña", "San Juan y Martínez", "Los Pilotos" y "Río Hondo". La firma posee además tres vegas propias, como igualmente las tienen Partagás, Uppmann y otros, en mayor o menor número. El tabaco producido por las vegas que surten a la Fábrica de Cabañas comprende cinco mil tercios, de primera a octava calidad; el de calidad *más inferior*, en número de unos mil tercios, se dedica a la exportación, por no usar la fábrica dicho tabaco en la elaboración.

Se calcula que cada tercio rinde unos cuatro mil tabacos. Es costumbre de los fabricantes guardar, de un año para otro, las mejores clases del tabaco en rama, a fin de que si en un año resulta mala la cosecha, se pueda usar el que estaba en depósito, no sufriendo así la reputación de la casa.

La manufactura ocupa un gran edificio de cantería, frente al campo de Marte, donde se hacen todas las operaciones relacionadas con la elaboración de los tabacos (excepto la construcción de los cajones), empleándose más de quinientos trabajadores, todos varones. Es costumbre permitir que los operarios fumen cuantos tabacos deseen durante la jornada de trabajo, y además cada uno de ellos puede llevarse a su casa cinco tabacos. Esto, a primera vista, parecerá de poca importan-

cia; pero si se hacen los debidos cálculos, se verá que en el curso del año consumen los operarios más de un millón ochocientos mil tabacos, que a un precio medio de veinte pesos el millar, dan la enorme suma de treinta y seis mil pesos.

El proceso de la elaboración es el siguiente: Al llegar a la fábrica los tercios de tabaco en rama, cuidadosamente empaquetados y envueltos en hojas de palma, se colocan en un lugar fresco y obscuro de la planta baja. Están divididos en clases, según su calidad y valor, variando éste de veinte a cuatrocientos pesos por tercio de doscientas libras. A medida que se necesitan, se abren los tercios, se separan los *manojos* y *gavillas*, y éstas, en estado seco, se llevan al departamento donde se las moja. En éste hay cierto número de hombres cuya ocupación consiste en colocar las hojas, para humedecerlas y suavizarlas, en grandes barriles que contienen una solución de nitro en agua; hecho esto, se quita el agua, y otros operarios abren las hojas con las manos, colocándolas sobre los bordes del barril, después de quitarles lo más posible todo exceso de agua. Las hojas, una vez húmedas, se abren fácilmente, teniendo cuidado de no romper-


HUMEDECIENDO EL TABACO

las. Se les quita entonces a las hojas el tallo central, operación a la que se da el nombre de *despalillar*. Estos tallos, con otros residuos del tabaco, se usan a veces para relleno de los tabacos de clase inferior. El tabaco de relleno es conocido por *tripa*, seleccionándose la mejor, al igual que la hoja, para los tabacos de superior calidad.

Entra luego en operación el torcedor, que coge una cantidad de hojas para envolver, o sea de *capotes*, y un montón de *tripa* para rellenar, y que realmente constituye el cuerpo del tabaco, todo lo cual lo lleva a una mesa pequeña. Extendiendo sobre ésta la hoja, la recorta en diferentes partes con una afilada cuchilla (1). Esta es una delicada operación, que requiere habilidad, conocimiento y experiencia; pues por medio de ella se separan las diversas partes del tabaco, siendo generalmente la mejor la parte exterior de la hoja, le sigue en calidad la parte media, y es la peor la adjunta al tallo. La clasificación general del tabaco es hecha por personas de gran experiencia y conocimiento, que son los mejor considerados en la fábrica, recibiendo algunos, altos salarios. Entre



EL TORCEDOR

(1) La *chaveta*.—(*N. del T.*)

éstos figura, por ejemplo, el *escogedor*, que gana de cinco a siete pesos oro diarios, y los *torcedores*, de dos a cuatro, pagándoseles un tanto por cada millar de tabacos torcidos, generalmente de dos a cuatro pesos (1). Para mostrarme lo cuidadoso que debía ser el torcedor al cortar la hoja, para aprovecharla lo más posible, el señor del Valle me explicó el proceso e indicó a un operario que ante mi presencia cortara una hoja. El hombre lo hizo pasando su cuchillo por las partes de la hoja señalada con puntos en el adjunto grabado. Parece que no lo hizo debidamente, porque el señor del Valle, disgustado, tomó el cuchillo en sus manos, y después de reprender al operario por su poco cuidado, me mostró él mismo cómo se cortaba, según aparece en la línea negra de la misma hoja, consistiendo la diferencia, hasta donde pude yo juzgar, en una ligera desigualdad de color entre las dos partes.



HOJA DE TABACO

La manufactura del tabaco es muy simple. El tabaquero, se sienta frente a su baja mesa de trabajo, que tiene los extremos levantados excepto por el lado de aquél; toma una hoja de tabaco, la extiende cuidadosamente y la corta según se ve

(1) El autor sufre en esto un evidente error, como en otras cosas, que describe defectuosamente.—(*N. del T.*)

en el grabado. En seguida toma una porción de la *tripa*, que coloca en el centro de un *capote*, y lo moldea dándole la forma del tabaco, y tomando una capa, se la enrolla en sentido espiral. Si es un tabaquero hábil, lo hace de primer intento en su justo tamaño, sin necesidad de recortarlo con el cuchillo. Los tabacos son ordenados, cortados y atados en paquetes de a veinticinco, designándoles con los diferentes nombres de *Londres*, *Regalías*, etcétera. Estos nombres generales se usan en todas las manufacturas. Los llamados *vegueros* son tabacos hechos en las mismas *vegas*, o plantaciones de tabaco, utilizando las mejores hojas, de elaboración algo tosca, pero muy apreciados por los fumadores. Raramente se hallan de venta en las expendiciones públicas, y caso de hallarlos se pagan a un precio exorbitante. La *Regalía Imperial*, el mejor y más elegante tabaco, mide cerca de siete pulgadas de largo, variando el precio de ciento cincuenta a trescientos pesos oro el millar. La *Regalía* no es tan larga, pero igualmente buena; el *Trabuco*, corto y grueso; el *Londres* es el de tamaño más conveniente y el de más consumo en este país y en Inglaterra; el *Dama* es pequeño, usado por las señoras (?) y por los hombres durante los entreactos de la ópera.

Existen otras vitolas que cada fábrica elabora en particular. Se da a los tabacos determinados aromas, para satisfacer ciertos gustos, recurriendo al uso de extractos especiales. Las *calidades* de los diferentes *Londres* pueden graduarse así:

Londres, *superfino*, los mejores (deliciosos).
,, *fino*, no tan buenos.
,, *flor*, de primera calidad.
,, *superior*, de segunda calidad.
,, *bueno*, de tercera calidad.

A su vez, estas diferentes calidades tienen diferentes colores, conocidos como *maduro*, muy fuertes; *obscuro*, fuertes; *colorado*, no tan fuertes; *claro*, suaves. Las *Brevas* son tabacos algo aplastados. Suponiendo que determinada persona desea un buen tabaco con relación a sus gustos, puede ordenar: *Partagás* (fabricante), *londres* (tamaño), *flor* (calidad), *colorado* u *obscuro* (fortaleza), en la seguridad de obtener un buen tabaco, de tamaño regular, inmejorable calidad, ni muy fuerte ni muy flojo. Los *Londres* de Cabañas, de tercera calidad, cuestan en la Habana treinta y dos pesos oro; el envase, treinta centavos por mil; acarreo, un peso; certificado consular, dos pesos sesenta y dos centavos; fletes hasta Nueva York, precio regular, cinco pesos veinticinco centavos. Su peso neto es de catorce libras. Los derechos ascienden a dos pesos y medio por libra, y veinticinco por ciento *ad valorem;* a todo lo cual hay que añadir el premio del oro. Lotes pequeños, se pueden obtener a buen precio en cualquier acreditado importador de aquí. Debo confesar mi predilección por los tabacos de Uppmann, que sin excepción he encontrado buenos, y que gozan de merecida reputación en las Antillas. Para un millonario no puede haber tabaco mejor que los *Londres super-*

finos de Uppmann, a sesenta pesos oro el millar, o sus *Cazadores*, a cincuenta pesos.

Desde luego los tabacos de Partagás gozan de buen crédito, y se venden a un precio algo alto, pero hay la seguridad de obtenerlos en seguida. Merece probarse, aunque sólo sea como una novedad, su *Regalía Reina flor*, aun cuando cuesta ochenta y cinco pesos oro el millar. En todas las fábricas, por cada orden de diez millares, al precio de cincuenta pesos el millar, hacen un cinco por ciento de descuento. Por órdenes de menos de cinco millares, cargan un extra de cinco pesos. Debo hacer constar que no conceden a los expendedores ventajas especiales, pues las únicas de que éstos gozan sobre los compradores particulares, son los descuentos otorgados a los lotes grandes.

Para dar una idea de los precios de los mejores tabacos en la Habana, doy una lista de las marcas escogidas y sus pesos, de los productos de Cabañas. Los pesos darán una idea de los tamaños.

Napoleones de Lujo (tipo oro)		$300	64	22
Regalía Imperial,	*flor fina*	120	32½	20
,, de la Reina,	,, ,,	100	28	16
,, Británica,	,, ,,	70	28	16
Conchas	,, ,,	70	22½	15
Cazadores prensados	,, ,, (soberbios)	60	24½	16
,, pequeños	,, ,,	40	21	14
Londres	,, *colorado*	45	21½	14
,,	,, *superior*	40	21½	14
,,	,, *bueno*	32	21½	14
Damas	,, *fina*	40	16½	11
,,	,, *superior*	30	16½	11

Es un error la absurda noción, tan generalizada entre nosotros, de que los cubanos fuman sus tabacos *verdes*, pues la hoja se la seca completamente al sol antes de pasar a manos de los manufactureros. Por el contrario, los cubanos ponen especial cuidado en conservar el aroma y fragancia de los tabacos, guardándolos en envolturas acei-



FABRICA LA "VICTORIA"

tadas de suave seda. Es en realidad curioso ver con cuanta ceremonia se presenta a los tabacos en las mesas de la buena sociedad, anunciándolo con la misma unción que se emplea con el vino añejo.

Este capítulo acerca de los tabacos sería incompleto si dejara de consignar la manera bella y cortés con que todos los cubanos, sin distinción de

posición, sea el exquisito caballero en el club o el *portero* en la puerta de una casa, os piden fuego para encender un tabaco.

—¿Me hace el favor, señor?—os dicen.

Presentáis vuestro tabaco, por la parte encendida, al solicitante, quien lo toma delicadamente entre su pulgar y dedo índice, enciende su propio tabaco, y luego, con un gracioso movimiento, da vuelta a vuestro tabaco en sus dedos, con otro movimiento de la mano, por el extremo opuesto al encendido, os hace un saludo con la mano, os da las *gracias* y os deja, mientras vosotros os admiráis de todos aquellos "movimientos" y pensáis cuán encantadora es la cortesía nacional.

A este respecto, hay varios pequeños puntos de etiqueta que nosotros los norteamericanos podríamos aprovechar. Cuando se solicita fuego, el *fumador*, antes de tender su tabaco, tiene cuidado de ver, dando una o dos aspiraciones, que está bien encendido, a la vez que le quita la ceniza. En un grupo de caballeros, el que ofrece su tabaco sólo lo hace a uno, quien a su vez se espera pase su recién encendido tabaco a otro. Los cubanos siempre, al sacar sus *petacas*, ofrecen de su contenido a todos los del grupo.



CANDELA

La *candela* es en Cuba una institución entre los

fumadores. Generalmente es un platillo o vaso de plata, lleno de cenizas de madera, entre las cuales se mantienen encendidos uno o dos carbones; se presentan en las comidas como si se tratara de un obligado *plato*, generalmente después de las frutas, y su uso para encender el tabaco es más conveniente que el fósforo, de desagradable olor.

«Noble weed! that confortest life,
Andart with calmest pleasures rife;
Heaven grant thee sunshine and warm rain,
And to thy planter health and gain.
  When love grows cool, thy fire still warms me,
  When friends are fled, thy presence charms me;
  If thou are sure, though purse be bare,
  I smoke, and cast away all care!» (1).

(1) *«Noble planta que confortas la existencia,—que de sosegadas delicias la llenas; el cielo, luz y lluvia te concede, y tú, al que te cultiva, salud y provecho.—Cuando el amor languidece, tu fuego todavía me calienta,—cuando los amigos se van, tu presencia me encanta; mientras tú no me faltas, aunque tenga el bolsillo vacío,—fumo, y toda preocupación se aleja»*.



CAPITULO XVI

CORTO CAPITULO DEDICADO A LAS BEBIDAS.—Cómo se surte de agua la Habana.—Bebidas corrientes de los cubanos.—Café.—Vino catalán.—Refrescos.—Limonada.—Panales.—Naranjada.—Hordiate.—Jugo de uvas.—Horchata de almendras.—Bebidas campesinas.—Cerveza inglesa.—Fonda y posada.—Ausencia de borrachos.—Suculento chocolate.—El "molinillo".—Receta para hacer el chocolate a la española.—Manera de hacer los helados.—Agua fría.—La Estelladora.—Cafés cubanos.—Vida y costumbres cubanas.

No obstante que la Naturaleza ha sido pródiga con los habaneros, dotándoles de aguas de todas clases, bien precipitándose en cascadas en las cercanías de la ciudad, bien fluyendo, pura y fresca de las bellas y a veces sumamente curiosas fuentes erigidas en diversos sitios de la capital, sea por la influencia del clima o por el mero placer de gozar de lo nuevo o poco común, es lo cierto que se ha desplegado gran ingenio en inventar

bebidas refrescantes para satisfacer la sed o las predilecciones bebibles de los cubanos.

Los norteamericanos gozamos de mayor reputación que los naturales de otros países, en la habilidad de preparar un gran número de brebajes mezclados, casi desconocidos fuera de nuestro país, y de ser conocidos, se ha debido a algún "yanqui" errabundo deseoso de beber su *cocktail* en el Polo Norte, o de chupar su "cobbler" (1) bajo las solanas de la India. Pero los cubanos poseen igualmente una formidable lista de bebidas que realmente merecen ser conocidas, algunas de las cuales podrían ser introducidas en nuestros cafés como bebidas de verano, en lugar de las ardientes y estimulantes hoy en boga, hechas a base de alcoholes. Todo el mundo en Cuba, a ciertas horas del día o de la noche, se recrea tomando un *refresco* de cualquier clase, tanto las señoras como los caballeros, sorbiendo sus *limonadas* y *naranjadas* con mucho *gusto*. Muchas de las bebidas son perfectamente *inofensivas*, sugeridas, supongo, por la experiencia de la vida en un país más o menos cálido, en el cual se hace necesaria alguna especie de bebida refrescante. Los mismos extranjeros adquieren la costumbre de tomar dichas bebidas, a las que eventualmente se aficionan.

Lo primero que encontráis en toda mesa, sea la de un comerciante o la de un mecánico, que se

(1) Brebaje compuesto con varios ingredientes. (*N. del T.*)

ofrece igualmente en los buques en que viajáis, que se usa casi en lugar del agua, y que de hecho puede considerarse como una verdadera *cosa de Cuba*, es el *vino catalán*, importado de España en grandes cantidades y que se vende en Cuba a precios muy baratos. Es un vino de color rojo obscuro, de mucho cuerpo, muy fuerte, que se usa generalmente diluido en agua. El de alta graduación no adulterado con materias extrañas como lo es el de baja calidad, se puede beber puro, como el vino de Borgoña. Se usa tanto en el almuerzo como en la comida y se considera mejor que los claretes franceses, por el hecho de no ser tan ácido para el estómago, lo que es de tener muy en cuenta en un clima cálido. Con todo, los vinos franceses tienen mucha demanda y se pueden obtener a precios razonables.



FONDA Y POSADA

A cualquier lugar que vayáis de la Isla, lo mismo en las montañas que en los valles, encontraréis una hospedería (*fonda* o *posada*), aunque sea pequeña y de mísera apariencia, en la cual podréis obtener con dificultad algo propio para comer, pero en la que de seguro hallaréis cuando menos

una botella de la mejor cerveza inglesa, pues ésta puede decirse que se bebe en la Isla tanto como el *vino catalán*.

Asimismo, después de una larga y calurosa jornada, he logrado hacer en una de esas miserables *posadas* una completa merienda de pan y queso—este último siempre de buena calidad,—rociándolos con la excelente cerveza inglesa, donde quizás cualquier ser humano, aunque cansado y hambriento, se habría asqueado a la vista de los platos de carne, aceite y ajo que le ponen a uno delante en las fondas y posadas.

El café es igualmente una de las bebidas más generalizadas en este país. Es la primera cosa que os ofrecen por la mañana y la última que os sirven en la comida. Lo mismo tomándolo puro que mezclado con leche, se puede tener la seguridad de que es excelente. Muchos beben casi una copa llena de leche caliente, dentro la cual se ha vertido una pequeña cantidad de café para darle color. Esto es bueno para el estómago. El *café con leche*, cuando el estómago está vacío; *café solo* después de comer, tal es la general costumbre cubana.

En una lista estricta de refrescos artificiales, pondríamos en primer lugar los *panales*—cuyo nombre se deriva del panal de miel,—hechos con clara de huevo y azúcar, teniendo el tamaño de una pequeña mazorca de maíz, a la que se parece algo. Se colocan los panales en un vaso de agua, uno o dos a la vez, donde gradualmente se disuelven,

haciendo una bebida muy deliciosa y refrescante, algo parecido al *eau sucrée*, asegurándose que es muy saludable. Si se desea mejorarla, se le añaden unas cuantas gotas de jugo de limón, que le da un sabroso sabor. Es bebida muy usada por las señoras.

La bebida nacional y favorita en Cuba, y la más agradable de tomar en un día caluroso, es la *naranjada*. Se la hace con el jugo de la naranja y es a la vez sana y deliciosa, casi demasiado dulce, pero muy grata al paladar si se toma fría y debidamente preparada. Es bebida muy generalizada entre las señoras. Hecha con naranjas amargas, resulta aún mejor, pero éstas sólo las usan las gentes del campo.


PANALES

La *limonada* es similar a la nuestra, si bien aquí se usan más frecuentemente las limas que los limones. Ultimamente han recurrido los cubanos a la costumbre de preparar de antemano un extracto o jarabe hecho con el jugo de los limones, con el que hacen la limonada, que no resulta tan buena. Se mejora mucho la limonada derramando sobre el pedazo de hielo algunas gotas de buen ron de Jamaica, que flota en la superficie y cuyo gusto fuerte no se nota al sorberse el líquido con una pajilla. Se la designa con el nombre de *limonada con ron* y resulta excelente en cualquier país en verano.

Todas las bebidas nombradas llevan el nombre genérico de *refrescos*, que todas las familias cu-

banas tienen la costumbre de beber durante las horas calurosas del día. La *horchata* es algo parecido a un ponche de leche, haciéndose con el jugo que se extrae de las almendras, endulzado con azúcar y diluido en agua; se hace mucho uso de ella y es muy refrescante y nutritiva. La *cebada* no es otra cosa que la *hordiate* y se sirve en todos los cafés. Aun cuando entre nosotros se la considera generalmente una bebida propia para enfermos, es lo cierto que resulta agradable tomada fría en las horas calurosas. El *agraz* es una bebida ligeramente ácida, grata de tomar, hecha con el jugo de la uva sin madurar. Es muy refrescante, y agradable, pero no respondo de sus cualidades medicinales, aun cuando goza de mucha popularidad. Cualquiera de los citados refrescos cuesta en los mejores cafés un *real*, o un *medio* en los de menor importancia.

Pero la bebida *par excellence* que se puede tomar en la Habana es una copa de chocolate, en cuya confección gozan fama todos los países hispanos. Se os sirve en delicadas pequeñas copas (*jícaras*), está ricamente hecho, teniendo la consistencia del atole espeso, y es la cosa más excelente que se puede tomar temprano por la mañana, antes de una larga jornada, por ser altamente nutritivo. He aquí una receta para su confección que me proporcionó una señora española de mi amistad: En una pequeña copa de te (o *demi tasse*), llena de leche, ponéis una onza de chocolate cortado en pequeños pedazos; ponedlo a hervir, y mientras

hierve, batidlo con un batidor de huevos hasta que quede completamente espeso y espumoso, pudiéndose entonces servir. Por cada copa de chocolate que se desee, se debe poner una de leche con una onza de chocolate; de manera que para seis copas se usarán respectivamente seis de leche y seis onzas de chocolate. Si no os resulta bastante rico, añadid media onza más de chocolate; si por el contrario no os gusta tan rico, hacedlo usando mitad leche y mitad agua, o todo agua. Los españoles usan para hacer el chocolate lo que llaman *molinillo*, que no es otra cosa que una chocolatera de metal, con un batidor dentro, que se opera por medio de una varilla que sale por un agujero de la tapadera, y a la cual se aplican ambas palmas de la mano, imprimiéndole un movimiento de rotación mientras el chocolate está hirviendo. Con uno de estos aparatos que tenga una pequeña lámpara de alcohol debajo, cualquiera puede confeccionar un delicioso chocolate en una mesa y en su propia habitación. Es costumbre en Cuba, cuando se toma chocolate por la mañana, acompañarlo con un ligero bizcocho, o lo que es mejor, con un pedazo de pan bien tostado, tras lo cual se bebe un vaso de agua.



MOLINILLO

Hay en Cuba otras bebidas peculiares, aun cuando en las ciudades han caído en desuso, substituidas por las más modernas que hemos nombrado; pero todavía en los pueblos del interior se pueden encontrar.

La *chicha* es una bebida fermentada que se hace con agua, azúcar y maíz tostado. La *zambumbia* se confecciona con agua y melaza; y la *garapiña* es igualmente una infusión fermentada de corteza de piña, endulzada con azúcar.

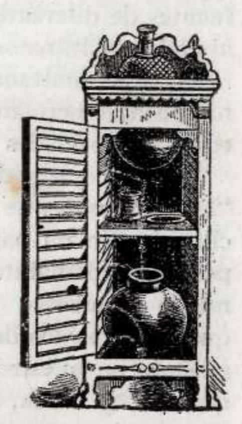
La vida sería casi insoportable en un clima como el de Cuba si no hubiera abundancia de hielo. Afortunadamente, no se carece de él en la Habana y en las principales poblaciones de la Isla, costando la libra de dos a tres centavos, según sean las existencias. Sin embargo, no fué sino en el año de 1806 que se introdujo el hielo en Cuba.

En el café "El Louvre" hay un ingenioso aparato para hacer el hielo, que debe resultar mucho más económico que si tuvieran que comprarlo, como se hace entre nosotros. Consta de unas ampollas que se llenan de agua, la cual, por algún proceso se congela en la botella, formando una masa sólida de hielo en forma de rombo. Este hielo se deja parcialmente derritir, y cuando pedís agua helada, os traen la botella y os servís a voluntad. Luego se vuelve a llenar y se la somete de nuevo a la refrigeración.

En los pueblos del interior, que no tienen la fortuna de disponer de hielo, recurren al uso de jarras porosas para mantener fría el agua, lográn-

dolo admirablemente, alcanzando el líquido una temperatura no tan fría, desde luego, como la helada, pero lo suficiente para hacer grata su bebida.

El mueble usado para guardar las jarras es como una institución casera en todos los hogares cubanos. Algunos están construidos de maderas finas, con tallados de bellos dibujos, ofreciendo una hermosa apariencia, adosados a una esquina de una sala o comedor, teniendo casi el aspecto de un juguetero. En adición a las grandes jarras de barro que se ven dentro del armario que se puede ver en el grabado, hay generalmente dos o tres bonitos y curiosos jarros en lo alto, de tamaño conveniente, con asas a ambos lados, que se usan para beber en lugar de vasos.


ESTELLADORA

El mueble descrito lleva el nombre de *Estelladora*, y podría ser introducido con ventaja en el interior de nuestros Estados del Sur, donde es tan difícil obtener un vaso de agua fría.


JARRA

El agua potable para el abasto de la Habana parece ser muy buena y suficiente en cantidad, viniendo a la ciudad desde alguna distancia por medio de un magnífico acueducto, al través del canal de Isabel II. El

agua procede de los manantiales de Vento y río Almendares, en la vecindad de Puentes Grandes, y es conducida dentro la ciudad a las muchas fuentes de diferente forma y material que tanto abundan. Ultimamente, debido a cierta escasez de agua, se ha limitado algo su distribución, y algunas fuentes permanecen secas, pero sirven todavía como curiosidades y ornamento de la ciudad.

Estimo que podría escribirse un ensayo acerca "las costumbres de los trópicos como resultado del clima". En un país donde se goza de un verano perpetuo, los hábitos de vida se adaptan especialmente al mismo; y no dudo por un momento que nosotros, los del Norte, ganaríamos mucho siguiendo en nuestros calurosos veranos el ejemplo que nos da Cuba, si nuestras costumbres y horas de negocios nos permitieran hacerlo.

Aquí nadie come hasta que tiene hambre; así al levantarse de la cama, en una mañana calurosa, en lugar de sentarse a la mesa para desayunar copiosamente, esas gentes toman una simple taza de café o chocolate, y luego se dirigen a sus quehaceres, y con sus mentes claras, trabajan con ahinco tres o cuatro horas. Cuando los rayos del sol son más fuertes, descansan una hora o dos y se dirigen, con buen apetito, a sus frescos comedores o aireados cafés, dispuestos a saborear un substancioso almuerzo. Por esta razón, se encuentran en la Habana, en cada plaza, restaurantes, cafés, dulcerías y otros establecimientos conocidos por *lecherías*, donde se confeccionan y venden toda clase de

bebidas a base de leche, que generalmente se toman con un pedazo de tostada o bizcochos.

Al atardecer, terminada la jornada de labor diaria, estos mismos cafés se convierten en una especie de punto de reunión del pueblo. Como la comida en las casas es de cinco a seis, y es usualmente la última del día, los hombres pasan generalmente la noche en dichos establecimientos públicos, donde toman una bebida fría por un *real*, fuman sus tabacos y se reúnen con sus amigos.

Desde luego, los habaneros tienen sus clubs y organizaciones sociales privadas, como cualquier otro pueblo. Particularmente los *liceos* son dignos de emulación. Responden realmente a lo que su nombre indica, pues en ellos se combina el recreo con la instrucción, ofreciendo a sus miembros oportunidades para las relaciones sociales, así como instrucción, en música, pintura, idiomas, etc., celebrando exhibiciones, conferencias, bailes, etc. Están instalados en edificios grandes y de bella apariencia, y algunos poseen colecciones de cuadros, objetos de arte y libros.

En la época invernal, las recepciones, bailes y mascaradas que se celebran en los *liceos*, se ven frecuentados por la mejor sociedad y al extranjero lo reciben siempre con agrado cuando es debidamente presentado.

Una cosa debo hacer constar, y es que durante todo el tiempo que duró mi estancia en la Isla, jamás vi, ni en las poblaciones ni en el campo, una sola persona realmente embriagada.

Puede ser que este pueblo no se incline a la embriaguez, debido al clima, que hace que sólo se deseen bebidas refrescantes. Sin embargo, nosotros también tenemos días calurosos, y a la vez borrachos.

Aun cuando la ley aquí, como en otros países, prohibe el juego, no logra impedirlo; y cualquiera inclinado a perder su dinero tiene amplias oportunidades de hacerlo en los juegos de *lotto*, *burro*, *monte*, *faro*, etc.



CAPITULO XVII

FORTALEZAS Y SOLDADOS.—La Habana, ciudad militar.—Sus fortificaciones.—El Castillo del Morro.—Descripción del mismo.—La fortaleza de la Cabaña.—Casa Blanca.—Número cuatro.—El Castillo de Atarés.—La Punta.—Castillo del Príncipe.—Murallas, etc.—Los soldados y sus uniformes.—Centinelas dando el quién vive.—

CON toda propiedad puede calificarse a la Habana de ciudad militar, pues en cada esquina encontráis un soldado, ante toda oficina pública hay montada una guardia, y a distintas horas del día y de la noche llegan a nuestros oídos las notas del clarín o el redoble del tambor. A mayor abundamiento, muchos de los cuarteles y uno o dos fuertes están en el centro de la población.

A veces, de noche, los centinelas resultan molestos, sobre todo tratándose de una ciudad abierta. Si uno se acerca demasiado a sus puestos de guardia, en seguida oye el rudo e imperativo:

—*¿Quién vive?*

—España—contestan los habaneros, por ser ésta la consigna para el libre paso.

Por mi parte siempre contesté: *Forastero* o *Americano*, sin que me ofrecieran dificultad. Pero en estos días, la segunda palabra puede ser peligrosa, pues parece no resulta del agrado del *catalán* ni del *voluntario*.

En los uniformes de las tropas, dado el clima del país, se ha demostrado un buen sentido; ejemplo que a mi parecer podríamos imitar, con gran ventaja para los uniformes de nuestros soldados. En lugar de la pesada ropa que nuestros pobres soldados se ven obligados a llevar durante los calurosos días del verano o estando de servicio en los Estados del Sur, los soldados españoles en Cuba usan uniforme de género de lino, de varios colores—blanco, azul y castaño.—luciendo con ellos realmente marciales. Ved, por ejemplo, el soldado de infantería, en su completo uniforme. Lleva una especie de blusa azul obscuro, recogida en la cintura para darle una forma elegante, un par de pantalones color castaño y un casquete bajo de cuero con una visera apropiada. En lugar del cuello duro e incómodo del saco, y del todavía más incómodo y nada saludable correaje, sólo lleva un elegante cuello de género



SOLDADO DE INFANTERIA

rojo, que al igual que las bocamangas, del mismo color, pueden quitarse cuando se manda el traje a lavar.

Otros están uniformados completamente de blanco, con bonitas hombreras y cuellos y bocamangas rojas. Los soldados de caballería y artillería usan holgadas chaquetas cortas, pantalones azules de lino y anchos sombreros de yarey. Este uniforme, lejos de ser incómodo y poco militar, resulta todo lo contrario. Los soldados españoles tienen una limpia apariencia y parecen bien instruidos militarmente. En diferentes ocasiones les he visto haciendo ejercicio, y debo confesar que algunos de sus oficiales carecen de "viveza". De esto resulta una lentitud de movimientos por parte de sus hombres. Esto se nota particularmente en la infantería. En la artillería presencié algunos ejercicios bastante malos, sin embargo que se me informó es un cuerpo antiguo y que por lo mismo no tienen excusa sus soldados de portarse como reclutas. Había destacado en la Habana un batallón de artillería de montaña, en el cual todo se conducía a lomo de caballo: cajas de municiones, cañones, las ruedas de éstos, etc. Estaba



SOLDADO DE CABALLERIA

en constantes maniobras y parecía estar bien organizado y sus hombres debidamente instruídos.

El Capitán General es el jefe militar superior de la Isla y el general en jefe de su ejército. Le sigue en rango el segundo jefe, que tiene el grado de brigadier general, y una paga de diez mil pesos al año, siendo a la vez sub-inspector de infantería y caballería. Los cuerpos de artillería e ingenieros tienen sub-inspectores especiales, con el título de *mariscales de campo*.

Las fortalezas de la Isla, donde están casi siempre las prisiones y los cuarteles de las tropas, tienen sus propios gobernadores o jefes con sus estados mayores.

El ejército se compone generalmente de veinticinco o treinta mil hombres, con su proporción de infantería, artillería, caballería, ingenieros y marinos. La organización, en lo que respecta a la formación en compañías, es casi la misma que la nuestra. Cada regimiento consta de unos dos mil hombres, divididos en dos batallones, cada uno de mil hombres, divididos a su vez en ocho compañías. Cada regimiento tiene un coronel, un teniente coronel, un tambor mayor y seis músicos contratados. El batallón tiene primero y segundo comandantes, un ayudante (teniente), un abanderado, un capellán, un médico cirujano, un jefe de cornetas y un maestro armero. Todos los regimientos son conocidos por sus nombres especiales (no por números), tales como regimiento del Rey, de la Reina, de Isabel II, de Nápoles, de España, etc., lo cual

contribuye mucho a aumentar el *esprit du corps*, tan necesario para hacer buenos soldados.

Hay también un batallón conocido por la "Guardia Civil", espléndido cuerpo de hombres, distribuídos en pequeños destacamentos en diversos lugares de la Isla, para que actuén principalmente como guardias y policías, o quizás, como espías. Son, en general, inteligentes, gallardamente uniformados con chaquetas bien cortadas de un azul obscuro, pantalones blancos y sombreros de fieltro de ancha copa, primorosamente ribeteados de blanco. Se les ve en los muelles, en la ópera, en todos los teatros, patrullando el Paseo, en suma, en todos los lugares de la Habana.



GUARDIA CIVIL

Me informaron los oficiales que un buen número de los soldados que cada año venían de España, morían a poco de llegar, y que por lo mismo, para que los regimientos mantuvieran completas sus filas, eran necesarios muchos reclutas. La paga de los militares, en campaña, de estado mayor o de línea, es casi la misma de nuestro ejército. Los militares españoles, en Cuba, perciben doble paga que en la Península; aun cuando, según me aseguró un oficial, "media paga" en España equivalía al doble de la paga en Cuba, por costar todo mucho más en la Isla.

En adición a las tropas regulares antes nombradas, existen organizaciones militares voluntarias, compuestas sólo de españoles, no permitiéndose a los criollos pertenecer a ellas. En la Habana hay una compañía de bomberos negros, con oficiales españoles, que constituyen casi una organización militar, aunque se dedican exclusivamente a la extinción de incendios.

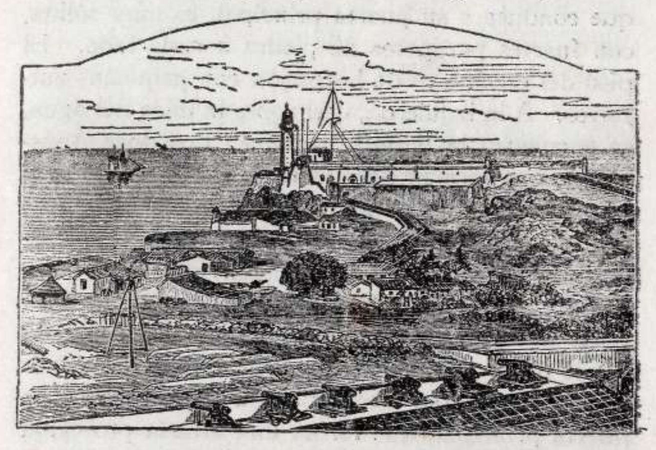
Se asegura que la Habana es inexpugnable. Si no lo es, debiera serlo, a juzgar por el número de sus murallas de piedra, sus toscas fortalezas y sus buques de guerra. Con todo, tengo la impresión de que no es tan inexpugnable como aparenta. Ya no estamos en los días de los primitivos y anticuados métodos de ataque de los piratas, y con los métodos de la guerra moderna de poco valdría la protección que ofrecen algunas de estas antiguas fortalezas.

El Morro y La Punta dominan la entrada de la bahía. Al otro lado de ésta está la fortaleza de la Cabaña, con sus cañones apuntando en todas direcciones; y al fondo se levanta el castillo de Santo Domingo de Atarés, que domina la bahía y tiene a la ciudad misma bajo su vigilancia. A Este y Oeste, están La Punta, El Morro, Cabaña, Número cuatro, Príncipe, San Lázaro, Pastora y el torreón de la Chorrera, como advertencia a los filibusteros de otros tiempos, para que se mantuvieran a distancia.

El Castillo de los tres Santos Reyes del Morro, y la Fortaleza de San Carlos de la Cabaña, son

las que principalmente desea ver el viajero, y que realmente, si le es posible, debe visitar. Gozan de renombre en todo el mundo y amerita que se las contemple de cerca, no sólo por su estructura, sino, además, por las magníficas vistas del mar y de la tierra circundantes que se obtienen desde sus murallas almenadas.

En años anteriores, era ya difícil lograr entrar en dichos fuertes, y hoy no se consigue muy fácil-



VISTA DEL MORRO

mente. Desde, luego, nuestro cónsul es la persona indicada para obtener los pases a los fuertes, y sin duda se esforzará en complacer a sus compatriotas, siempre que no se esté en tiempo de guerra. Los pases que facilitan las autoridades están impresos; el mío me lo entregó un cortés ayuda de

campo, que me informó que siempre estaban dispuestos a complacer a *los forasteros*. Hice la visita antes de las cuatro de la tarde, saliendo del embarcadero, que está precisamente al lado de la Puerta de la Punta, que es la vía más corta a través del canal hasta el desembarcadero del Morro.

Subiendo por la escarpadura que hay frente al lugar de desembarco, empieza uno a darse cuenta de la solidez del castillo. La misma pendiente que conduce a su puerta principal, es muy sólida, con fuertes parapetos de piedra a cada lado. El piso del camino es de hormigón con pequeños guijarros. A la izquierda, casi sobre la línea del agua, se encuentra la batería llamada "Los doce Apóstoles", que forman doce cañones de hierro montados en cureñas de sitio, que cargan cada uno veinticuatro libras de pólvora, montados en barbeta, lo que les da mucha efectividad para tirar a corta distancia sobre cualquier buque que intente forzar la entrada. Después de cruzar frente a uno o dos centinelas, que me permitieron seguir adelante con sólo mostrarles mi pase, llegué a la puerta principal, que forma una arcada protegida por un pasaje cubierto. El centinela me pidió el pase, llamando al sargento de guardia que lo examinó. Dí al sargento mi tarjeta, junto con el pase (firmado por el gobernador militar general de la Habana) para que los mostrara al comandante, a fin de que éste me facilitara un guía. Aun cuando los soldados a quienes preguntáis algo acerca del fuerte temen o no *quieren* deciros nada, sin embargo

resultan útiles guias. Los muros, a la entrada, son muy gruesos y forman casamatas, utilizándose la de la derecha como cuarto de guardia, que ocupa a la vez el oficial de día, quien a veces acompaña a los visitantes a través del fuerte.

Frente a la entrada están los cuarteles y almacenes, que al parecer ocupan el espacio cuadrado formado por las murallas en esta parte del castillo. Son de sólida piedra, con cuatro arcadas, techados y pavimentados de piedra. Los lechos de los soldados son simples catres. Enfrentando la bahía, está una batería, protegida por una casamata, que monta ocho cañones, a juzgar por lo que pude ver a distancia, pues por alguna razón el guia no me permitió entrar.

En conjunto este primer fuerte, que parece está separado de la ciudadela por puentes levadizos, tiene un aspecto sólido y lúgubre, donde no me gustaría verme obligado a permanecer ni aun por poco tiempo. En la esquina extrema del fuerte, a la misma boca, de la entrada de la bahía, se levanta el faro de O'Donnell, una torre cilíndrica de piedra, de setenta y ocho pies de altura desde el muro del castillo, y quince de diámetro. Su altura, desde el nivel del mar, es de ciento cincuenta y ocho pies. La luz es de la primera orden de Fresnel, fija, pero alternada con grandes reflectores que brillan cada medio minuto, durante cinco o seis segundos. Se le distingue a una distancia de diez y ocho millas, y aun a mayor distancia con buen tiempo.

Cerca del faro, pero sobre el terraplén de la porción alta, hay una pequeña casa de madera usada como estación de señales, donde se guardan las banderas, que a medida que se necesitan se izan en los mástiles cercanos. Hay allí tantas banderas de señales y de todas las naciones, que el interior de la caseta semeja el de un establecimiento de géneros. A esta sección del fuerte se llega por una pendiente de piedra que sube por entre los cuarteles, o por una estrecha escalera de caracol al lado de las murallas, que conduce a un terraplén de concreto protegido por parapetos de piedra, dotados de troneras para los cañones.

Observé con gran extrañeza que había muy pocos cañones montados en aquel lugar, y aun éstos pocos eran viejas piezas de bronce, capaces de una carga no mayor de veinticuatro libras de pólvora, sobre cureñas de madera que se operaban, dentro y fuera de la batería, con una *cabria* y *cadena* en el extremo trasero del marco de cureña. Los muros en esta sección, a juzgar por el parapeto, tendrán un espesor de doce pies, y en muchos lugares están maltratados por el tiempo, pues pude observar bastantes desmoronamientos.

Desde aquí se obtiene una espléndida vista del mar, la ciudad y sus cercanías. Igualmente se ven las líneas completas del castillo por la parte de tierra y la posición de los otros fuertes.

El foso está seco y es profundo; tendrá cincuenta pies de ancho, y sus escarpados muros cien de alto. El guía fué tan *estricto*, que no me per-

mitió medir ni dibujar, diciéndome que tales eran sus órdenes. Escribo, por lo tanto, de memoria y ateniéndome a una o dos notas. Desde las murallas almenadas, puede uno darse cuenta de lo mucho que, en un principio, hizo la naturaleza en favor de este fuerte. Desde el mar, directamente hasta arriba la contra-escarpa, hay un *glacis* natural, dominado completamente por todos lados por los cañones en barbeta en esta parte del fuerte. La más poderosa batería que ví, y la única que parecía estar en condiciones de entrar inmediatamente en acción, fué la situada a la extrema derecha del fuerte, a la que se entra por un camino cubierto y forma la batería de la costa. Monta unos veinticuatro cañones de hierro, de un calibre de treinta y dos libras, sobre cureñas de sitio. Tiene la apariencia de una muy fuerte batería. Cuando se entra en el fuerte por la pendiente de piedra, se ve a la derecha, en la parte interior del muro exterior, una larga galería de piedra, cubierta, que pone en comunicación el frente sur del fuerte con el camino cubierto que conduce a la batería de costa, así como también al camino que conduce a la Cabaña, por sobre la cresta del monte. Es una galería muy sólida, arcada, alumbrada en todo su largo por estrechas aberturas. Aprecié, midiendo con mis pasos, que tiene una extensión de un centenar de yardas.

La galería, con el camino que le sigue, es la vía mejor para llegar a la Cabaña, estando aquélla casi a igual nivel y conduciendo a la principal

entrada del fuerte, que está frente al mar. Dicha vía evita el trabajo de subir la larga y tediosa ladera al otro lado del fuerte, que resulta luego fácil de bajar, una vez inspeccionada la fortaleza.

Los principales hechos relacionados con la historia de La Punta y el Morro, los expusimos en el capítulo titulado "Habana, pasado y presente". Se recordará que el Castillo del Morro fué minado y capturado por los ingleses en 1762, siendo devuelto a España en 1763. En este último año, el gobernador general, Conde de Ricla, comenzó la reconstrucción del Castillo del Morro, siendo inspector de los trabajos el mariscal O'Reilly, así como la erección del Castillo de Atarés, al extremo interior de la bahía. Los ingenieros fueron Abarca y Crame.

En los años de 1766 a 1771, durante el gobierno de Bucarely, se completaron los fuertes citados, como también el Castillo del Príncipe, cerca del Jardín Botánico. Se dice que durante el mando del citado Ricla, se gastaron seis millones de pesos en tales trabajos, cuyo dinero provino de México. En 1771, el Marqués de la Torre mandó hacer algunas mejoras en los fuertes, que luego, de tiempo en tiempo, fueron reparados y extendidos, hasta el presente, que con Casa Blanca, forman una completa cadena en el lado oriental de la bahía.

Las fortificaciones de la Cabaña son las mayores de la Isla y se las considera entre las mejores del mundo. En algunos aspectos, me recuerdan los fuertes de Quebec, por estar sobre una alta y

escarpada loma, que se eleva directamente al lado mismo de la bahía, dominando completamente la ciudad y la mayor parte de la bahía.

Al igual que el Morro, está construída con piedra dura y concreto. Tiene una extensión de unas ochocientas yardas inglesas y puede albergar



LA CABAÑA

más de cuatro mil hombres. En cuanto a su capacidad para cañones, es casi ilimitada. El lado que da a la bahía parece sólo destinarse a cañones en barbeta, pues sólo ví una casamata en el extremo saliente del Oeste. Hay una buena batería de costa, en una pequeña elevación del nivel del mar, llamada, si no recuerdo mal, "La Pastora", cuyos cañones apuntan directamente sobre la entrada de la bahía; no serán mayores del calibre

veinticuatro, montados sobre cureñas de madera.

El visitante, al penetrar en el fuerte, debe preguntar inmediatamente por el oficial de guardia, pues los centinelas son tan estúpidos, que me permitieron entrar al mostrarles el pase, pero sin informarme que para recorrer el fuerte, debía hacerlo con un guía. Para evitar entorpecimientos, lo mejor al llegar a esos lugares, es hacer entregar al jefe una tarjeta junto con el pase. Es un cumplimiento que se le hace, y si es cortés y se da cuenta de que sóis extranjero, se ocupará inmediatamente de que un guardia os acompañe y os muestre la fortaleza.

Cuando hice mi visita a los fuertes, era en la época en que había un estado de guerra con Chile, y se tenía tan especial cuidado con los visitantes, (temiendo quizás, a los espías), que sólo se les permitía entrar cuando llevaban pases firmados por el gobernador militar de la Habana. Los centinelas de la puerta me dejaron pasar aún sin mostrarles el pase, y fuí vagando por allí, pensando en la libertad en que se me dejaba. Pero al intentar subir a uno de los baluartes, un señor centinela que estaba al lado de los cañones me detuvo instantáneamente, y de manera absoluta se negó a dejarme seguir adelante, ni aun cuando le mostré mi pase, a menos que uno de los guardias me acompañase. Retrocedí, por lo tanto, en busca de uno de esos indispensables acompañantes, que cortésmente me facilitó el oficial de día, con instrucciones de que me mostrara toda la

fortaleza. Mis dificultades, sin embargo, no terminaron allí. En camino, al pasar frente a la oficina del comandante, dió la casualidad de que éste se hallaba sentado en el vestíbulo, y al verme, envió a su ayudante para que inquiriera por qué estaba yo allí. Le dije que había dejado mi pase en el cuerpo de guardia, y me obligó a esperar en tanto iba él a buscarlo para mostrarlo al comandante. Para distraer la fastidiosa espera, me dirigí a un grupo de oficiales que se hallaba cerca, reclinados sobre el parapeto, y entré en conversación con ellos. Resultaron ser muy agradables personas, quienes con toda seriedad me informaron que el antes nombrado comandante era *una vieja;* y que el cañón más grande que tenían en la fortaleza cargaba balas de veinticuatro libras.

Se mostraron muy interesados en la guerra americana. Se admiraron considerablemente cuando les hablé de nuestros cañones de quince centímetros instalados en la fortaleza Monroe; pero al decirles que últimamente se habían montado en la bahía de Nueva York cañones de veinte centímetros, se echaron a reir, estimando que me burlaba de ellos. Me figuro que aun hoy deben estar bajo la misma impresión.

Hallando mi pase en regla y después de muchas excusas por haberme hecho esperar, se me permitió seguir mis exploraciones, llevando al lado mi *cicerone* militar, que me proporcionó amplia información acerca las costumbres y maneras del soldado español. Sobre los baluartes del fuerte, frente a

la ciudad, hay una buena y grande batería de cañones de hierro de veinticuatro libras, montados en cureñas de sitio; la única que ví en buen estado, pues todo lo demás, cañones y cureñas son anticuados. En algunos de los bastiones hay uno o dos antiguos morteros de bronce, ninguno en estado de prestar servicio.

Los edificios, viviendas y cuarteles, son sólidas construcciones de piedra. El interior de la fortaleza es muy espacioso y hay en él un hermoso y amplio campo para ejercicios y paradas.

En el centro del frente del fuerte, de cara a la ciudad, se ha erigido un monumento de mármol,



FORTIFICACIONES DE LA CABAÑA

rodeado de una verja de hierro, sobre un pequeño bastión saledizo hacia la bahía, en memoria de los soldados españoles que fueron muertos en las

luchas sostenidas con los expedicionarios de Narciso López, que tan terriblemente sobresaltaron al gobierno español. Este monumento fué erigido por los camaradas de los desaparecidos, habiéndose además hecho suscripciones en la vieja España, así como en Cuba, para reunir recursos con que auxiliar a las familias de los que murieron. La suma recaudada se me ha asegurado que fué importante.

El panorama que se divisa desde cualquier parte de la fortaleza es sumamente atractivo. Los oficiales, por regla general, no me parecieron ni tan bien educados ni tan inteligentes como los nuestros. En cuanto a su manera de vivir, si todo es como lo que ví *en passant*, no sentiría por cierto deseos de "participar de su rancho", ni aun estando de guarnición. Sin embargo, he hallado en la Habana y en otras partes de la Isla, algunos oficiales sumamente corteses—realmente bien educados—y por lo mismo me inclino a creer que tales personas abundan en este ejército.

Al abandonar la fortaleza, el visitante tendrá ocasión de observar el largo camino de dura piedra por el que se desciende hasta el embarcadero, y se felicitará de su buena fortuna al no tener que subir por allí todos los días. El bote le llevará al muelle de Caballería, al pie de la calle de Obispo.

luchas sostenidas con los expedicionarios de Nar-
ciso López que tan terriblemente [illegible]
[illegible] español. Desgraciadamente [illegible] han sido
[illegible] por los campesinos de los [illegible], habiéndose
además [illegible] cuenta,
así como en Cuba, [illegible] que
auxiliar a las familias de los que murieron [illegible]
suma, [illegible] que
importante.

El guarnición que se divisa [illegible]
parte de la fortaleza [illegible]
[illegible] por [illegible] inteligentes [illegible]
[illegible] manera de vivir [illegible]
[illegible]. En cuanto [illegible] siempre por
todo es como lo que [illegible]
cierto deseos de [illegible] y ni aun
[illegible] de guarnición. Sin embargo, he hallado
en la Habana y en otras partes de la isla, algunos
[illegible] bien edu-
cados, y [illegible] a creer que [illegible]
[illegible]

Al [illegible] de la fortaleza [illegible]
[illegible] el largo camino de [illegible]
[illegible] que se desciende [illegible]
y se felicitará de su buena fortuna al no tener
que salir por allí [illegible]. El [illegible]
va al muelle de [illegible], al pie de la calle de
Obispo.



CAPITULO XVIII

GOBIERNO Y ADMINISTRACION DE CUBA Y LA HABANA.—División de la Isla en departamentos.—Jurisdicción.—La Iglesia y el Estado.—Variedad de funcionarios.—Cómo son nombrados.—Leyes severas.—Libertad de la prensa.—Ordenes de nobleza.—La falta de libertad.—La Sociedad Económica de Amigos del País.—

POLITICAMENTE, la Isla de Cuba comprende cuatro divisiones territoriales, conocidas por natural, topográfica, vulgar y administrativa. La división natural es la de "Continente", que se sobreentiende se refiere a la Isla misma con todas sus pequeñas islas y *cayos* adyacentes.

La división topográfica contiene las ciudades, pueblos, villas y poblaciones rurales.

La división vulgar es la conocida por "Vuelta Abajo" y "Vuelta Arriba". La primera se extiende del cabo San Antonio a los baños de San Diego, y aun hasta la Habana; y a la porción que se extiende entre la Habana y San Cristóbal se la

llama *Partida de Fuera* o *Los Partidos.* Hay también lo que se llama *Tierra Adentro*, que comprende los meridianos de Cienfuegos y Puerto Príncipe, y aun se extiende tan lejos como Bayamo y Holguín.

Toda la Isla está regularmente dividida en lo que se conoce por divisiones administrativas territoriales, seis en número, a las que se da los nombres de Judicial, Política, Militar, Eclesiástica, Marítima y Económica, o *Real Hacienda.*

La división Judicial comprende toda la Isla, o el territorio de la "Real Audiencia Pretorial", o Tribunales Generales. En cada uno de los veintisiete distritos judiciales en que se subdivide la Isla, existe un alcalde mayor, juez ordinario de la región, que tiene por delegados auxiliares a los "alcaldes" ordinarios, o jueces locales, a cargo de los cuales están los juicios de conciliación y los concejos. La Real Audiencia es el tribunal superior de la Isla, celebrando sus sesiones en la Habana, a la cual se debe apelar en los casos de las decisiones que se estimen injustas de las autoridades inferiores, y cuyo real cuerpo es una especie de Consejo de Estado al que consulta el capitán general en los asuntos difíciles tanto del gobierno como de la administración, así como sobre interpretación de leyes, concesiones y franquicias especiales.

La división política se refiere a toda la Isla, que se compone de una sola provincia, sujeta al mando de un gobernador superior, que al mismo tiempo es capitán general. La isla es subdividida

en cuatro Gobiernos Políticos: el especial de la "Plaza de la Habana", el de Matanzas, el del departamento oriental de Cuba, cuya capital es Santiago de Cuba, y el resto el departamento occidental, todas las cuales son "lugartenencias" del gobernador, que se subdividen a su vez en *Gobiernos* y Capitanías. Los distritos políticos suman treinta y uno, cada uno de los cuales tiene un ayuntamiento en su cabecera.

La división militar comprende toda la Isla, constituyendo una capitanía general, y se divide en dos departamentos: el del oeste, con la Habana por capital, y el del este, cuya capital es Santiago de Cuba. La primera está a cargo del gobernador general de Cuba; la segunda, bajo la del gobernador de Santiago de Cuba. Cada departamento se divide en *gobiernos*, distritos militares y distritos de armas. La frontera entre los dos departamentos empieza en la desembocadura del arroyo Yana, frente a la parte oriental de la isla de Yuriguano, y termina en la vecindad oriental del desembarcadero de Sabanalamar, dividiendo la Isla en su mitad. Esta línea es igualmente la divisoria de las dos diócesis y del gobierno político de la Isla.

El gobierno eclesiástico se divide en dos diócesis: el arzobispado de Santiago de Cuba y el obispado de la Habana, con la divisoria antes dicha.

La división marítima está sujeta al gobernador general, y se divide en cinco provincias: Habana, Trinidad, San Juan de los Remedios, Nuevitas y Cuba.

En el ramo de Economía o Real Propiedad, toda la Isla constituye una superintendencia general, delegada y anexada a la oficina del capitán general, y hay también una intendencia del ejército, cuyo jefe reside en la Habana, existiendo en Santiago de Cuba una Intendencia subordinada, anexa al Gobierno político de la parte oriental de la Isla.

La Isla de Cuba, como provincia de España, es gobernada directamente por un gobernador capitán general, con el grado de teniente general del ejército español, cuya autoridad, en el presente y en el pasado, es casi despótica. Es nombrado por la Corona, con el consentimiento del Consejo de Ministros. El período de mando es generalmente de tres a cinco años, y el salario de unos cincuenta mil pesos al año, aun cuando algunos de los que ejercieron el alto cargo acumularon millones de pesos como extra.

Con referencia al nombramiento del general Dulce circula una romántica historia.

«Durante una conspiración para derrocar el Gobierno bajo el reinado de Isabel II deseaban los conspiradores apoderarse de la real persona, y para lograrlo, sobornaron a cuantos altos personajes estaban a su alrededor en palacio, con excepción de Dulce, que era un simple teniente, a quien no dieron importancia. Todo estaba preparado al llegar la noche en que debía darse el golpe; pero, con la consternación natural de los conspiradores, vieron, demasiado tarde, que Dulce mandaba la guardia aquella noche. Se dice que Dulce descubrió lo que se tramaba, y despechado porque no se había contado con él, determinó obstaculizar el propósito.

Así, cuando los conspiradores intentaron llevar a vías de ejecución sus planes, salió a su encuentro Dulce al frente de algunos hombres escogidos, que hicieron una desesperada defensa, salvando a la Reina quien, gratamente impresionada por la devoción (?) y valor de Dulce, le premió elevándole progresivamente de rango, hasta que llegó a ser capitán general de Cuba».

El capitán general dispone de todas las fuerzas armadas, lo mismo las de tierra que las de mar. En asuntos que se refieran a la Marina, consulta con el comandante de la misma, quien no sólo es jefe de las fuerzas de marina de Cuba, sino también de las de Puerto Rico. El capitán general es de hecho un vicerrey y como tal, está investido de poderes extraordinarios en ciertos casos, pudiendo suspender a los empleados en sus funciones, dando cuenta de su acción sólo al gobierno de España.

Cuando ocurren sucesos extraordinarios, convoca a un Consejo de superior autoridad, formado por el Comandante de Marina, el Regente de la Audiencia y el Obispo de la Habana, y el resultado de sus deliberaciones constituye una disposición provisional hasta que es sancionada o revocada por el Gobierno español.

En días apropiados y a horas dadas, da audiencias públicas con el objeto de atender las quejas y peticiones de toda clase de personas, cuidando, sin embargo, de no atender las peticiones que van firmadas por más de tres, las que se consideran, y se castigan como acto de sedición.

En caso de necesidad, reemplaza al capitán general el segundo en mando, o segundo jefe, a cuyo cargo está el ejército. Este a su vez puede ser reemplazado por el que le sigue en rango.

La aristocracia no constituye aquí un elemento de poder, pero está representada en la Corte por algunos de sus miembros, elevados a la dignidad de senadores del reino, los cuales se dividen en dos clases: las dignidades y los títulos de Castilla. Las primeras las constituyen las Caballeros de la Gran Cruz de Carlos III, de Isabel, etc., etc.; los segundos, los marqueses y condes, con o sin grandeza, mero título complementario.

La ley de imprenta, promulgada en España cuando regía el Real Estatuto, en 1834, es la que todavía sigue hoy en vigor, según creo, en la Isla, modificada algo por ciertas concesiones hechas por el capitán general, especialmente con relación a la libertad de la prensa. De acuerdo con la citada ley, se permite publicar sin pasar antes por la censura los trabajos técnicos de cualquier sociedad o facultad, no en periódicos,—los que se sobreentiende son todos publicaciones de una a cinco hojas,—con excepción de los trabajos de orden puramente económico. La censura está a cargo del *Gobierno político*, o gobernador civil.

La autoridad municipal, aunque circunscrita a la administración de las poblaciones, está subordinada a la autoridad civil. De hecho, las municipalidades de la Isla son cuerpos consultivos del gobierno, presididos de derecho por el capitán

general, y en su nombre por los gobernadores locales. Representan a los residentes de los respectivos distritos, y como tales representantes están obligados a prestar juramento antes de tomar posesión de sus cargos o de ser investidos de alguna autoridad. Los miembros del Concejo o *regidores*, son perpetuos y su cargo hereditario y transferible; pero anualmente se eligen dos jueces de paz (*alcaldes*), y un recaudador (*síndico*), entre las personas que no sean regidores.

El síndico es el que oye las quejas de los vecinos del pueblo, y a su cargo está la protección de los esclavos y de los obreros contratados. Hay un regidor con el nombre y el carácter de padre general de los pobres y dementes, con el encargo de velar por *sus* derechos. Las vacantes que ocurren en estas corporaciones locales (*Ayuntamientos*), son provistas por el capitán general, y sus miembros se ven honrados con el título de "muy ilustre" y los de la Habana por el de "excelentísimo", que significa "más que excelencia" (1). Se reúnen, para los asuntos ordinarios, una vez a la semana, pero pueden celebrar asambleas extraordinarias cuando las circunstancias lo requieran.

Los impuestos municipales, llamados *propios* y *arbitrios*, consisten de un impuesto por capitación y otros sobre la propiedad, industria y comercio; sobre todos los vendedores, mercados,

(1) El título se daba, no a los individuos, como dice el autor, sino a los Ayuntamientos.—(*N. del T.*)

establecimientos y vendedores ambulantes; sobre pesas y medidas; sobre carruajes públicos y privados y sobre diversiones, etc. Con lo que rinden estos impuestos, se alumbra y limpia (?) a los pueblos, se paga a los guardias, se mantienen las cárceles, se alimenta a los presos y se atiende a los gastos que ocasionan las festividades eclesiásticas y civiles, y demás gastos.

En todos los pueblos y ciudades hay *ayuntamientos*, y en los lugares que son cabeceras de jurisdicción, hay Consejos municipales nombrados por la autoridad superior, compuestos de cinco o seis personas, bajo la presidencia del teniente gobernador, con poderes similares a los de los ayuntamientos. Existe, además, un "Directorio de Obras Públicas", enteramente independiente de cualquier otro departamento, que tiene a su frente un director, con un sueldo de cinco mil pesos, y un contingente de empleados subordinados, escribientes, ingenieros, etc. Tiene a su cargo, el cuidado y construcción de las obras públicas, faros, telégrafos, murallas, puertas y calles.

Los ayuntamientos tienen una administración central que constituye el tercer actual elemento del gobierno interior. A su frente hay un jefe principal para toda la Isla, que reside en la Habana, sujeto a las órdenes del capitán general; hay igualmente jefes principales en Santiago de Cuba, Matanzas, Puerto Príncipe, Trinidad, etc. Para la seguridad pública hay un batallón conocido por *guardia civil*, al que con anterioridad aludimos.

Las infracciones a las leyes se castigan con multas y encarcelamientos—este último en caso de insolvencia,—y por trabajos forzados en las obras públicas, aun con cadenas. En cada pueblo pueden verse temprano por la mañana, grandes cuadrillas de prisioneros, con trajes hechos del más tosco material, llevando marcado en la espalda el respectivo número, vigilados por una guardia militar, y además, para imposibilitar todo intento de evasión, llevando cadenas y manillas.

El juego por interés, especie de plaga nacional, no confinada a una sola clase, está estrictamente prohibido y es rigurosamente castigado. Supongo, sin embargo, que se permite en los buques, pues nunca todavía estuve en uno en que no viera abundante dinero cambiando de manos en los juegos del *monte*, *burro*, etc. La ley establece las siguientes penalidades para los jugadores: primera ofensa, cincuenta pesos de multa o diez días de cárcel; segunda, veinte días de cárcel o cien pesos de multa; a la tercera ofensa, el nombre del culpable es puesto en un registro especial y se hace público en la prensa.

No obstante, el juego está muy extendido. Me han contado de una marquesa que tenía como huéspedes en su residencia campestre a su joven sobrino y a un empleado público, que para distraerse les invitó a jugar. El empleado ganó a la marquesa unos ocho mil pesos, la que se los entregó antes de partir; pero omitió hacer lo mismo con los tres mil pesos que a su vez le había ganado el sobrino.

Al reclamárselos éste, le contestó:

—Bah, bah! Esto queda entre familia. No tengo que pagarte nada.

El joven pícaro, demasiado listo para darse por satisfecho, la amenazó entonces con acusarla ante el capitán general de que se jugaba en su casa, con lo que logró que pagara.

Las familias están obligadas a comunicar al *celador* de su barrio, el aumento o disminución de sus miembros, la admisión de un nuevo inquilino o huésped, del cambio de vivienda y de cualquier reunión o fiesta que deseen celebrar en sus casas, sujetándose de esta manera a todo el país a un completo sistema de espionaje.

Para la construcción, alteración o reparación de los edificios, es necesario obtener antes un permiso; y en éste se prescribe que sólo una tercera parte de la vía pública puede ser ocupada por los materiales, que de ser dejados por la noche en la calle, debe colocarse en ellos una linterna encendida, para advertir al público del obstáculo. Se requiere un previo permiso de la autoridad para cualquier clase de diversión o espectáculo, en los que se pague por entrar; para abrir un establecimiento de cualquier clase que sea o para ejercer una profesión.

El esclavo que viva en lugar distinto del de su amo, tiene que tener una licencia escrita, firmada y sellada por el *comisario*, sin la cual está expuesto a captura y multa. Los habitantes no pueden ir de un lugar a otro de Cuba sin licencia, ni aban-

donar la Isla sin proveerse de pasaporte; como tampoco nadie puede cambiar de residencia sin el consabido permiso de las autoridades. Los negros libres están obligados a proveerse de un certificado para su protección.

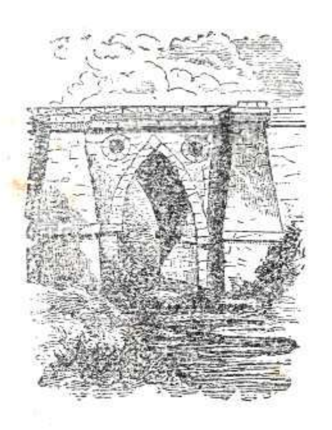
La salud pública está a cargo de una comisión sanitaria conocida como *Junta Superior de Sanidad* de la que es presidente el capitán general. Esta Junta tiene ramificaciones en toda la Isla, vigilando particularmente el estado sanitario de los puertos y bahías.

Hay cierto número de instituciones de beneficencia pública en conexión con el gobierno, en toda la Isla, tales como hospitales militares, casas de beneficencia y otras. La principal institución pública que más puede interesar al extranjero, es la Biblioteca de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana, situada en la calle de Dragones, entre las de Rayo y San Nicolás, extramuros. Los salones de esta Sociedad están abiertos al público todos los días de las once a las tres, y en ellos encontrará una grande y muy excelente biblioteca, algunas de cuyas obras son muy raras y no muy comunes en otras partes, particularmente las que se refieren a Cuba. Hay libros en todos los idiomas, aunque la mayoría están en español. La sinceridad me obliga a confesar que no son muy utilizados por el público, a juzgar por el polvo que los cubre.

La Sociedad Económica se divide en tres secciones: la de Agricultura y Estadística, la de In-

dustria y Comercio y la de Historia, Ciencia y Bellas Artes. Cada una de estas secciones tiene un presidente, un vicepresidente, un secretario y un vicesecretario, elegidos por la corporación y aprobados por el gobierno. Estas secciones preparan la información que el gobierno solicita, y crean reformas y mejoras en los ramos de instrucción y protección.

La corporación tiene a su cargo una excelente academia de dibujo y pintura, con buenos profesores y una magnífica colección de modelados de arte antiguo. Tiene también a su cargo el Jardín Botánico; y celebra conferencias, etc., sobre varios temas en relación con el mejoramiento de la Isla.



CAPITULO XIX

Los suburbios de la Habana.—Hermosas cercanías.—Ferrocarril de Marianao.—Retranqueros divertidos.—Carros confortables.—Puentes Grandes.—Manantiales de aguas minerales.—El aguador.—Arquitectura de los puentes.—Bonitos balcones.—Jardines campestres.—Jesús del Monte.—Regla y los almacenes de azúcar.—Guanabacoa.—Baños minerales.—Ermitas.—La vieja iglesia de Potosí.—Curioso cementerio.—Efectos beneficiosos de las aguas minerales de Cuba.—Otros suburbios.—Almacenes de Regla.—

Acostumbrados como estamos los norteamericanos a los hermosos contornos de la mayor parte de nuestras principales ciudades, las bonitas villas y pulcros pequeños pueblos a los cuales acudimos para recrearnos en verano o simplemente en busca de aires puros, es natural que deseemos ver los suburbios de una ciudad como la Habana para compararlos con los de nuestras propias ciudades.

Para visitar las diferentes localidades, lo mejor es salir tempranito por la mañana, cuando la temperatura en el campo es fresca y agradable, pudiendo así dedicar las horas de seis a diez a estas deliciosas excursiones.

De la Plaza de Armas sale un ómnibus veinte minutos antes de cada hora, que por diez centavos conduce al viajero al "Paradero de Marianao"; pero es mucho más cómodo tomar una volanta a la puerta del hotel y dirigirse directamente al paradero, costando la carrera veinticinco centavos.

Cuando uno entra en los carros del tren, le admira su apariencia fresca y aireada. Las ventanillas no tienen cristales, sino simplemente persianas, de tablillas muy delgadas para permitir el paso de la mayor cantidad de aire. Los asientos, así como sus respaldos, son de rejilla. La manera como dan salida al tren es ridículamente curiosa: no con los vivos y rápidos sones de una gran campana y el perentorio "señores viajeros al tren", del conductor; sino por medio de un chino medio cubanizado, con blusa azul y zapatillas, que camina arriba y abajo del andén sonando una campanilla, como si estuviera vendiendo baratijas y no anunciando la salida del tren.


ANUNCIANDO LA SALIDA DEL TREN

Al llegar a Marianao, se encontrarán coches que por una pequeña suma llevan al viajero por todo el pueblo, hasta la playa. Cuando no se va acompa-



JARDIN CAMPESTRE

ñado de señoras, es más agradable pasear a pie a través de un pueblo como éste, pues las distancias son cortas y muchas las oportunidades de ver.

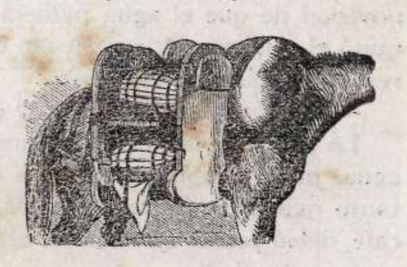
Marianao es simplemente un bonito y pequeño pueblo cubano, quizás más moderno y limpio que la mayor parte de esos pueblos, debido, supongo yo, a ser el lugar de verano de las personas ricas de la Habana, que lo han escogido por su fresca y aireada situación, propio para evadir el largo y caluroso período del verano tropical. Paseando por la calle principal del pueblo, observaréis la usual arquitectura rústica de los establecimientos pueblerinos, las pequeñas *posadas*, y los vagos ociosos. Si os sentís tentados de probar los frutos del país, tendréis oportunidad de comprar en cualquiera de las numerosas fruterías de la calle, un tempranero mango, una naranja en sazón o quizás un *mamey* o un *zapote*, de curiosa apariencia. Al final de la calle y tendido sobre un arroyo, veréis un largo y bien construído puente de piedra, compuesto de un solo y alto arco, el cual, visto desde abajo, en una ribera de la corriente, ofrece pintoresco aspecto.



CURIOSO BALCON

A la izquierda del puente, manteniéndose sobre la ribera del pequeño arroyo, noticiaréis una o dos bonitas curiosidades en la forma de saledizas balconadas con raros techos, que casi siempre se en-

cuentran en lugares parecidos a éste, y que atraen la atención tanto por su novedad como por su peculiar estructura, forma graciosa o rareza de color. Al pie mismo del monte sobre el que está el pueblo, se encuentran unas casas de baños, que cuando yo las ví ofrecían un aspecto ruinoso. La fuente que suplía el agua mineral estaba rodeada, en las primeras horas de la mañana, de una abigarrada multitud de aguadores, de edades diferentes, con sus mulas o caballos, en cuyos lomos y de una manera muy primitiva, llevaban barriles para llenarlos de agua. Formaban un muy divertido grupo; y sentándome sobre una piedra cercana a ellos, entablé conversación con un *viejo*. Estos campesinos cubanos siempre están dispuestos a una charla y de buen grado os informan de aquello que conocen, y de lo que no conocen, se esfuerzan por daros la impresión de que saben bastante más de lo que aparentan. Me informó mi venerable interlocutor que los habitantes del pueblo se habían vuelto tan haraganes, que no querían tomarse el trabajo de acudir al río a bañarse ni de ir personalmente a tomar el agua mineral, por cuyo motivo ellos, los aguadores, se tomaban la



REPARTO DE AGUA

molestia de surtir de agua al público indolente.

—¿Qué clase de agua es?

—*Buena, señor.*

—Sí, ya lo sé; pero ¿cuáles son sus propiedades?

—*Ojalá, señor,* (encogiéndose de hombros), *muchas* (1).

—Bien, pero ¿cuáles son? ¿Causan embriaguez, son fuertes, abren el apetito, en suma, qué efecto causan?

Aquí el viejo zorro, admirado quizás ante la novedad de que el agua pudiera emborrachar, se quitó el sombrero, y rompiendo en una carcajada, replicó rascándose la cabeza:

—*Hace buen apetito, señor, y otras cosas.*

Lo que, después de beber uno o dos vasos del agua, pude comprobar que era en parte verdad; tanto que poco después Nicolás, el camarero del café, debió pensar que con mi almuerzo tenía para pasar todo el día.

En lo alto del monte hay varias callejuelas realmente atractivas, con algunas casas y quintas muy bellas, de apariencia indescriptiblemente encantadora, presentando sus galerías con columnas y sus imponentes fachadas rodeadas de una exuberante vegetación tropical, con macizos de flores brillantemente coloreadas; en tanto que a distancia se destacan las graciosas palmas y cocoteros, y encima de nuestras cabezas un cielo maravillosamente azul.

---

(1) Todo lo impreso en *cursiva,* está en español en el original.—(*N. del T.*)

Después de pasear lo suficiente a través del pueblo, si deseáis dar una zambullida en el viejo océano antes de volver a la ciudad, montad una volanta para que os conduzca a la playa, donde podréis tomar un refrescante y delicioso baño, que os vigorizará por todo el resto del día, pudiendo luego emprender el viaje de regreso con el *buen apetito* antes mencionado.

Puentes Grandes es otro pequeño y bonito pueblo, a mitad del camino entre Marianao y la Habana, y es igualmente un lugar de *recreo* durante los meses de verano, aunque no de la importancia de Marianao. A menos que el viajero no se interese por las manufacturas, no merece una visita; pero en caso afirmativo, encontrará allí la única fábrica de clavos que existe en la Isla, bellamente situada en una hondonada que está bajo el pueblo, siendo movida por la fuerza hidráulica que proporciona el cercano río, que forma allí una represa, sólidamente construída. La fábrica proporciona empleo a unos setenta hombres, todos ellos chinos, bajo la superintendencia de un inglés, y se operan en ella unas treinta máquinas, que producen diariamente cien barriles de clavos, que se venden en seguida, a medida que se fabrican, al precio de seis pesos el barril, siendo usados principalmente en la Isla para clavar las cajas de azúcar, en cuya labor se emplean cantidades inmensas.

Dedicamos otra mañana a visitar Guanabacoa, otro antiguo pueblo a corta distancia de la Habana, situado en la parte este de la bahía, al que se llega

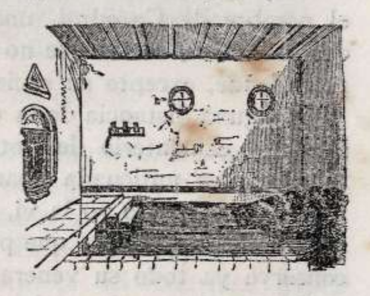
cruzando ésta en unos vaporcitos de pasaje, que salen cada cinco minutos del embarcadero situado al extremo de la calle Luz y van hasta Regla, en el lado opuesto. De Regla salen cada quince minutos trenes directos hasta Guanabacoa. Parten de la misma estación en que se toman los trenes para Matanzas, pero siguen distinta vía. Esta corta ruta ferroviaria, que se empezó a construir para explotar una supuesta mina de carbón, cerca de Guanabacoa, se completó luego con el propósito de facilitar la comunicación entre aquella población y Regla.

Al salir de la estación, en Guanabacoa, hallaréis volantas de dos caballos, que por cuatro *pesetas* os pasearán por todo el pueblo. Este es un raro y muy curioso lugar, celebrado por su antigüedad,—es uno de los más viejos pueblos de la Isla,—y por sus magníficos baños y aguas minerales. Originariamente fué un pueblo de indios. En 1554, todos los indígenas errabundos se fueron reuniendo allí y organizaron una población, a la cual, en 1743, se la creyó digna de darle el nombre de pueblo.

Lo más digno de ver allí son los baños minerales de Santa Rita, celebrados por sus maravillosas curaciones. No hay hotel en el pueblo; pero frente de la estación hay una muy pulcra y limpia *fonda*, donde puede tomarse una taza de buen café o un *refresco*. Me informaron que podía conseguirse hospedaje en casas particulares. El mejor plan, sin embargo, para quien desee tomar las

aguas regularmente, es seguir viviendo en su hotel habanero, levantarse bien temprano, venir a Guanabacoa, beber el agua, tomar su baño y volver a la ciudad para la hora del almuerzo. Milagro será que después del aire puro aspirado, del corto viaje y de las aguas minerales, no sienta bien abierto su apetito. El resto del día podrá dedicarlo a gozar de los placeres que le ofrece la vida habanera. Este programa puede variarse haciendo el recorrido de Regla a Guanabacoa en carruaje, que abundan siempre en el desembarcadero del vaporcito. El camino es bueno, el escenario espléndido y el viaje corto.

Los baños de Santa Rita son de piedra, bien construídos, bajo techo y en cuartos que se mantienen tolerablemente limpios. Hay cuartos separados para señoras y caballeros y baños privados para los que los deseen. El manantial brota de una laguna rocosa, que se ha amurallado y techado, y cuyas aguas son frescas y muy gratas de tomar. Están fuertemente impregnadas de *chapapote*, hierro, potasa y magnesia, en tal cantidad, que las substancias minerales pueden verse flotando muy espesamente sobre la superficie del agua. Los baños en



CUARTO DE BAÑO

público cuestan diez centavos; en privado, veinte.

Llama siempre la atención del extranjero en Cuba la apariencia de los balnearios minerales, muchos de ellos presentados con buen gusto, y todos ofrecen un agradable aspecto, con sus bañaderas de piedra y sus suelos de mosaicos. Algunos, como los de Santa Rita, tienen capillitas primorosamente decoradas, ante las cuales el devoto o creyente hace sus ofrendas.

En el pueblo hay una plaza pública, en la cual da *retretas* todos los jueves por la noche una banda que viene de la Habana. El último tren que sale para la Habana, es el de las once y media de la noche.

Hay igualmente una iglesia que se honra con el nombre de Catedral, uno o dos conventos y dos mercados, en los que no se halla nada que les recomiende, excepto su suciedad.

A alguna distancia de la villa se hallan la vieja iglesia y cementerio de Potosí, que merece visitarse por su anticuada apariencia y peculiar estructura. Cuando yo la ví, la estaban reparando y pintando, de manera que probablemente hoy no conserve ya todo su venerable aspecto. La disposición de las tumbas y bóvedas es para nosotros una novedad. Ofrecen el aspecto de hornos de pan, uno al lado del otro, en los muros que rodean el cementerio; cada uno tiene su número y en la losa que los tapa hay inscripciones relativas a sus ocupantes. Supongo que no importa el lugar en que uno descansa después de muerto; pero si

tuviera que escoger, preferiría no verme "cocido" en uno de esos blanqueados y cerrados hornos, por un sol caldeante, tropical, que me tostaría por grados, especialmente por un lado, que es donde



CEMENTERIO DE POTOSI

da el sol. Mi situación sería parecida a la de aquel sacerdote, según cuenta Ingoldsby, "quien, siendo un glotón, fué condenado al purgatorio para que lo tostaran al fuego. El pobre hombre, deseando que la operación se hiciera debidamente, viendo que se tostaba demasiado por un lado, pidió al diablo que lo volvieran del otro, para que la cocción fuera completa". Al otro lado de los muros del cementerio está la iglesia, un edificio pequeño y curioso, y creo que no muy utilizado en las operaciones del culto.

Terminada la visita a Guanabacoa, el viajero,

en su viaje de vuelta, puede detenerse en Regla y ver lo que es generalmente interesante para todo el que viene a la Habana, que son los *depósitos mercantiles*, grandes edificios destinados a almacenar el azúcar que procede del interior de la Isla.

Son los almacenes más importantes que ha sido mi suerte ver, y se me asegura que rivalizan con



ALMACENES DE REGLA

cualquiera otra construcción de su clase que existen en Europa, tanto por su capacidad como por su sistema. Pertenecen a una Compañía Anómina, propietaria a la vez de un banco en la Habana. Están construídos sólidamente, con piedra, hierro y metal corrugado, y se hallan situados directamente

sobre la playa de la bahía de Regla, con fuertes muelles que permiten que los buques atraquen casi a las puertas mismas de los almacenes. Consisten éstos de una larga serie de edificios de un piso, de gran altura, con sólidos muros y pavimentos de piedra, numerosos pilares de hierro sobre los que descansan grandes vigas igualmente de hierro, que soportan el techo de metal corrugado. A lo largo de las vigas hay carriles por los que ruedan carretes, extendiéndose de una a otra largas barras de hierro, sobre las que penden los aparejos para trasladar las cajas de azúcar de un lugar a otro y para elevarlas y depositarlas en altas pilas. Todo el trabajo lo hacen peones chinos, para ello contratados. Generalmente no usan más ropa que unos pantalones. Frente a la hilera oriental de edificios, que se extiende varias cuadras, hay un largo tinglado, con el techo igual a los almacenes, con planchas de metal corrugado, que a la vez que un techo limpio, resulta a prueba de incendios. Hace algunos años, un fuego destruyó una porción de los primitivos tinglados, que aun cuando estaban sólidamente construídos, no tenían el techo a prueba de incendios.

Los hacendados acostumbraban enviar su azúcar a los comerciantes, quienes lo depositaban en los almacenes, anticipando dinero sobre la mercancia. Pero en la actualidad, según se me asegura, los hacendados disponen de tanto dinero, que directamente envian su azúcar a los almacenes, sacándolo a medida que lo van vendiendo, y en caso

necesario esperan hasta que les pagan los precios que desean, actuando los comerciantes como simples intermediarios entre el comprador y el vendedor. Esto se ha debido a los altos precios que alcanzó el azúcar durante nuestra guerra civil, que enriqueció a muchos hacendados. La Compañía propietaria de estos almacenes es muy rica y reparte buenos dividendos, pagando generalmente doce o quince por ciento. Todo lo que se deposita en los almacenes paga un tanto por año, cualquiera que sea el término que dentro del año esté depositado. Las ganancias son seguras, pues en cuanto al peligro del fuego, no es de temer mucho en una construcción de hierro y piedra. Estos almacenes merecen una visita de cualquier extranjero que venga a la Habana; y si no le importa ver Guanabacoa, puede llegarse hasta Regla en los vaporcitos mencionados e ir directamente a los almacenes; o bien, si la brisa sopla, puede llegarse al muelle de Caballería y tomar un buque de vela, haciendo en breve tiempo un agradable paseo marítimo por la bahía.

Desde luego, almacenes como los aludidos, facilitan mucho los negocios. Es un curioso espectáculo ir a una casa como la de Morales y compañía y ver la especie de lonja de azúcar que allí se efectúa diariamente. En largas tablas se ven en fila sobre pequeños papeles muestras de quizás miles de cajas depositadas en los almacenes, o en camino a los mismos de los Ingenios.



EQUIPAJE DE UN CUBANO

CAPITULO XX

MATANZAS.—Caminos.—Regulaciones ferroviarias.—Equipaje cubano.—Hoteles de Matanzas.—"El León de Oro".—Sirvientes.—"Chinos".—Cocinas cubanas.—Arte de cocinar y lista de platos.—José.—Vida de hotel.—Amigo servicial.—La fuerza de la costumbre... "Deme algo de beber".

PARA ir de la Habana a Matanzas, el viajero puede escoger dos rutas: la larga y más atractiva, que parte de la estación de Villanueva, extramuros; la corta y más utilizada, que sale de la estación de Regla, a la que se va tomando el vaporcito en el embarcadero de la calle Luz. El precio del pasaje de estas dos rutas varía inversamente del tiempo que se emplea: cuatro pesos por dos horas de viaje en la ruta corta; y dos pesos por cuatro horas de ferrocarril en la ruta más extensa.

Si el viajero no tiene prisa y desea ver el paisaje del país lo más posible, le aconsejo que para

el viaje de ida a Matanzas, emplee la ruta corta, y para el de vuelta a la Habana la otra ruta, teniendo así oportunidad de ver completamente el hermoso paisaje que se extiende entre las dos ciudades. Y puede, si lo desea, detenerse en el balneario de Madruga y en la bonita villa de Güines,—un lugar de *recreo*—en su viaje de retorno.

El tren sale de Regla tres veces al día: a las 6 y a las 10.40 de la mañana; y por la tarde, a las 3.25, llegando a Matanzas a tiempo para comer.

Viajando por los trenes de Cuba hay ciertas peculiaridades respecto al equipaje del viajero, que es bueno tener presente. Cualquier maleta, saco de noche o portamantas que puedan llevarse convenientemente en las manos, deben depositarse en el mismo carro en que uno viaja, pues por cada bulto que se factura como equipaje se abona una cantidad extra. No se permite que el pasajero retenga más equipaje que el que pueda llevar en las manos. Acerca de esto es bien explícita la noticia que para gobierno de los pasajeros dan algunas compañías ferrocarrileras, que dice así:

AVISO

Se notifica a los señores pasajeros que sólo se les permitirá llevar como equipaje en este ferrocarril una maleta, un sombrero y un gallo de pelea.

El encargado de recibir los equipajes entrega una papeleta como comprobante, cobrando generalmente, de la Habana a Matanzas, sesenta



MATANZAS

centavos por baúl. Los carros son de primera, segunda y tercera clase. Los de primera generalmente tienen asientos de mimbre, frescos y aireados, viajando en ellos contados pasajeros, y éstos son en gran parte señoras. La mayoría de los que viajan, lo hacen en los carros de segunda clase, que tienen asientos almohadillados o de madera, siendo el coste del pasaje una tercera parte menor. La tercera clase es la que usan la gente del pueblo, trabajadores, personas de color, y el importe del pasaje es la mitad del de primera.

Los trenes salen a la hora fijada y marchan con rapidez y regularidad, y en algunos sitios, a gran velocidad. Las vías están bien construídas y mantenidas en buenas condiciones, siendo norteamericanos la mayor parte de los ingenieros.

Los trenes de la ruta larga, que salen de Villanueva, son dos por día para Matanzas, uno por la mañana a las 5.30 y otro por la tarde a las 2.40. Conviene abandonar el hotel teniendo tiempo por delante, llevando el equipaje de mano (cuando se trata de un baúl debe enviarse por anticipado en un carretón), pues aquí cada cual debe cuidarse de su propio equipaje, no existiendo expresos ni coches de hotel en los que confiar. Al llegar a Matanzas, el tren de la ruta corta para en la parte nueva de la ciudad, y el de la ruta larga en San Luis, uno de los suburbios. El primero, a sólo unos minutos de camino del hotel; el segundo, a alguna distancia. Fuera de la estación se hallarán volantas e igualmente carretones para el equi-

paje, en los cuales el pasajero puede depositar el suyo, teniendo cuidado de anotar el número que el carretonero está obligado a llevar en lugar visible.

Frente a la estación (en la parte moderna) se halla el hotel francés "El Ferrocarril", cuyo propietario se os acercará seguramente, como hizo con nosotros, a la puerta de la estación, y muy probablemente, descubriendo que sois extranjero, os dirá en inglés que su hotel es el único bueno de la ciudad, pues los demás son todos "españoles, oliendo a ajo y aceite". No os dejéis engañar, *amigo mío*, por ese gascón parlanchín, quien confieso que me engatusó cuando, teniendo plena confianza en los restaurantes franceses, caí en la tentación de acudir al hotel del tal individuo. El "Endsor House" es una casa recién abierta, de la que se habla bien; pero el hotel que debéis preferir por todos conceptos, si es que halláis habitación disponible en él, está en el centro de la ciudad, dirigido de manera excelente y confortable, con buena cocina y buenos vinos, un servicio de mesa muy apropiado, y teniendo algunas habitaciones grandes y mantenidas con bastante limpieza. Viajando con señoras invariablemente telegrafiaría con anticipación desde la Habana para que me reservaran habitaciones, o bien escribiría una carta con el mismo objeto uno o dos días antes de emprender el viaje a Matanzas. La dirección del propietario es Antonio Gutierres (1), Hotel "León

(1) Probablemente será Gutiérrez.—(*N. del T.*)

de Oro", calle Jovellanos, núm. 6. No he logrado descubrir la relación que puede tener el nombre de "Leon de Oro" con un hotel, ni aun recurriendo al auxilio del alegre camarero José, siempre dispuesto a dar una explicación de las cosas y a aprender un poco de inglés o enseñar algo de español. Me figuro que el tal nombre debió dárselo algún amigo de chanzas, que se imaginó que podía dar de comer a los huéspedes del hotel cual si se tratara de leones, siempre que fueran éstos de oro macizo. Creo que los viajeros todos se unirían a mí declarando este hotel el mejor de la Isla. Sin embargo, por mi propia experiencia, pondría en la misma categoría al hotel de Madama Adela, en Santiago de Cuba, con algo más favorable a éste en cuanto al objetivo de la economía. Los precios en el "León de Oro" son tres pesos y medio por día, incluyendo *vino catalán*, si os gusta. En el caso de beber otros vinos que constan en la lista y que el camarero os pregunta si los deseáis, abonaréis un precio extra, que desde luego resulta razonable, teniendo en cuenta las excelentes marcas de los claretes, tales como *Bonnafou*, *Haut Brion*, y un vino español, parecido a un ligero Burdeos, conocido por *Vino de Vicenza*. Los que prefieran el puro Burdeos, tienen el magnífico de Beaune.

En Matanzas no hay camareras, sino camareros, que atienden las habitaciones y se dedican a los demás quehaceres usualmente propios de las mujeres. Mi particular amigo y sirviente fué un muchacho chino, mentalmente vivo y de desarro-

llada inteligencia, como podéis ver por el retrato. Dándose cuenta el muchacho de mi deseo de aprender idiomas, se tomó no poco trabajo en enseñarme el dialecto *chow chow*, en el cual no logré progresar, lo confieso humildemente. Con todo, fuímos excelentes amigos, gracias especialmente a los varios *medios* que pasaban de mis bolsillos a los suyos, que daban por resultado que mis zapatos estuviesen siempre lustrosos, y que en las últimas horas de la noche tuviera siempre la seguridad de disponer de un pedazo de hielo con que enfriar mi *aguardiente.* Los que no hablan español pueden utilizar los servicios de un muy decente intérprete, que habla bastante inglés y que de hecho es con quien se entienden los viajeros norteamericanos. Por otra parte, los camareros comprenden suficiente inglés para entender lo que uno puede desear.


MUCHACHO CHINO

"El Ciervo de Oro", en la calle de Ricla, no lejos del "León de Oro", es igualmente un excelente hotel español, con buena comida y habitaciones tolerablemente limpias; pero no es tan grande ni está tan bien situado como los otros; y debido al número limitado de sus habitaciones, no

siempre hay la certeza de poder alojarse en él. Los precios son los mismos que en el "León de Oro".

Como *dernier ressort*, si no es posible encontrar habitación en los nombrados, se puede recurrir al hotel "Ferrocarril". Es bastante bueno en lo que respecta a sus habitaciones y comida, pero está situado en mal lugar, en la polvorienta calle que se extiende frente a la estación, teniendo a las dos puertas un taller de maquinaria en el cual hay un infernal ruido durante todas las horas del día; a lo cual hay que añadir que este hotel está en la parte nueva y baja de la ciudad, lejos de la Plaza, del Paseo, del Teatro, etc. Si a pesar de todo el viajero se ve obligado a ir allí, debe procurar inquirir antes lo que va a obtener y lo que ha de pagar, pues su propietario tiene la costumbre de decir: "Oh, mis precios son razonables y puede usted obtener cuanto desee", pero el resultado es que a la hora de arreglar la cuenta, os sorprendéis de su importe y es casi seguro que se suscite una enojosa discusión.

Y ahora, *amigo mío*, estando confortablemente alojado en el "León de Oro", permite que nos hagamos una idea de la situación. Es ahora cuando empieza nuestra primera *real* experiencia de la vida cubana, pues la que vimos en la Habana está más o menos mixturada con innovaciones extranjeras. Empecemos nuestra observación. En primer lugar, la habitación que ocupamos es de alto techo, aireada, con inmensas aberturas que

dan salida a un largo balcón, desde el cual obtenemos una vista de la ciudad; las paredes ostentan alegres frescos de vivos colores, representando Flora, Venus y otras encantadoras ninfas, que a juzgar por la escasez de sus vestidos, procuran mantenerse lo más frescas posible; las camas de hierro son las armaduras de las mismas con un simple bastidor de tela cubierto con limpias sábanas y el todo envuelto con un bonito mosquitero. Desde la ventana de nuestro cuarto, si está en el frente, podemos ver directamente las salas de las casas vecinas, obteniendo así una visión de lo que es la "vida interior cubana", si ello nos interesa; en caso contrario, podemos dirigir las miradas a los montes cercanos a la ciudad, admirando sus bellezas, cuando los bañan la suave luz crepuscular y los coloreantes rayos del sol en su ocaso. O quizás, si nos inclinamos a la galantería, tendremos la oportunidad de saludar con el *sombrero* a la *bonita señorita* que está en el balcón del frente, deseándole a la vez unas corteses *buenas tardes*. Si nuestro cuarto está en la parte de atrás y somos partidarios de los estudios prácticos, podemos inclinarnos sobre la balaustrada y mirando hacia abajo, al *patio*, tener nuestra primera visión de la cocina cubana y nuestra primera lección en el modo de confeccionar los platos españoles; pero no os aconsejo que lo hagáis, a menos que vuestro estómago haya pasado por la prueba de la vida militar.

A vuestra llegada a éste u otro hotel cubano,

no os alarme la apariencia de la planta baja, que se usa como café "para el pueblo", destinándose a los *caballeros* los pisos altos. El comedor y la *sala* se encuentran inmediatamente en lo alto de las escaleras. En el primero siempre está puesta



UNA COCINA CUBANA

la mesa, con una profusión de vasos de distintos colores, vajilla plateada, loza, etc., en tanto que la sala invita al descanso, con su fresco suelo de mármol, sus macetas de flores, los cuadros que la adornan en derredor y las omnipresentes mecedoras, en las cuales tan naturalmente se entrega uno a la grata siesta.

Ya que tratamos del tema de los comedores y

cocinas cubanos, puede ser que os convenga saber lo que en Cuba debéis o no comer y los nombres de los diferentes alimentos. El almuerzo, que el viajero encontrará que no es cosa de poca importancia, empieza con *huevos*, que según la manera como están preparados se les distingue con los siguientes nombres: *pasados por agua*, *estrellados*, *fritos*, o en *tortilla*, que en este caso puede ser con *riñones*, con *jamón*, etc.

Los cubanos tienen diversas maneras de preparar los huevos, nuevas para nosotros y que resultan sumamente gratas al paladar. Con los huevos estrellados sirven una salsa hecha de tomates, una cucharada de la cual basta para mejorar su gusto. Con los huevos se sirve arroz hervido, que se come con los huevos o con huevos y tomate, a cuyo plato se le llama *huevos con tomate y arroz*.

Los *huevos rellenos* son deliciosos, particularmente si se les echa encima jugo de limón; igualmente son deliciosos los *huevos guisados*. Sin embargo, el *chef d'oeuvre* en cuestión de huevos, es la *tortilla* con *petit-pois*, o con tomates, o con *champiñones*.

Las clases de pescados son numerosas y se cocinan de varias maneras. Lo mejor es ordenar *pescado frito*, lo que generalmente hacen con buen aceite de oliva, que es considerado mejor que la mantequilla y la manteca. Lo traen a la mesa seco y con un hermoso *color de oro*, usando la expresión española. Un poco de jugo de limón sobre

cualquier clase de pescado frito lo mejora en alto grado. Al ordenar *pescado cocido*, debe especificarse la salsa que se desea: *salsa blanca*, *picante* o de *tomates*.

Un plato al que nos aficionamos mucho los norteamericanos, son los *camarones*, que se encuentran en gran profusión en todas las partes de la Isla. Son perfectamente deliciosos y muy saludables; hacen una delicada ensalada, o se pueden comer solos con un poco de sal.

El "León de Oro" es muy celebrado por un plato que es decididamente excelente, muy delicado, a la vez que propio para los enfermos o señoras de escaso apetito. Se le da el nombre de *sesos* y se sirven *fritos* o *guisados*.

Después de dar buena cuenta de los citados alimentos, estaréis en disposición de catar los más *sustanciales* que generalmente, en el almuerzo, son los siguientes: *hígado guisado*, *barillado; chuletas de carnero*, *ternera*, *riñones guisados*.

El omnipresente "beefsteack", deja aquí, generalmente, bastante que desear, pues lo hacen con carne de vaca del país. En "El León de Oro" cuando pedís biftec os sirven el filete, del cual desde luego ningún *gourmet* se quejará. Con respecto a las *salchichas*, mi experiencia no ha sido satisfactoria, excepto con las de Bolonia, a las que ya nosotros estamos acostumbrados. Se sirven una o dos clases de *picadillos*, y lo único que recomendamos es que se prueben, pues algunas veces resultan muy agradables, como por ejemplo cuando

son de conejo y tomates. Debo decir que el viajero no debe alarmarse respecto al uso del aceite y el ajo en las comidas que le sirven, pues la experiencia me ha enseñado que estos ingredientes sólo se emplean inmoderadamente entre los negros y las clases bajas. En ningún hotel de las principales poblaciones, ni en las familias particulares, se usan con exceso, y a veces ni recurren a ellos.

En el almuerzo, junto con la carne se sirven generalmente *patatas fritas* y *plátanos,* tan universalmente usados en Cuba, *fritos* o *asados.*

En el *boniato* reconocerá el viajero un antiguo amigo alimenticio, aunque de mucha mejor calidad que el nuestro. Como complemento, tendréis la *ensalada de lechuga,* o de tomates, o de *berros,* que abundan mucho en la Isla, vegetal fresco, picante, que se da en las riberas.

Una cosa nueva que a su debido tiempo se os ofrecerá o a la que quizás el recién llegado no le hará caso, es el *dulce con queso y pasta de guayaba.* Te recomiendo, *amigo mío,* que lo pruebes. Como nada se ha escrito sobre gustos, quizás no sea de tu agrado; pero te aseguro que es de uso general entre los *cubanos,* y, ateniéndome a mi paladar, resulta muy agradable lo picante del queso con la adición del delicioso y frutívero sabor de la jalea. o pasta de guayaba.

En todos los almuerzos hay profusión de frutas, las más de las veces naranjas y plátanos, estos últimos de varias clases, que muchas personas comen después del almuerzo, pero algunas antes.

Yo confieso que si uno desea gozar del gusto delicioso y fresco de la naranja o del delicado y fragante *plátano de Guinea*, debe comerlos antes que su paladar se haya desmoralizado con los otros alimentos, más necesarios pero no tan sabrosos.

Satisfecho ya vuestro apetito con el suculento almuerzo, podéis recostaros en la silla, sacar un cigarrillo, encenderlo con la *candela* que os ofrece el dependiente, a la vez que le pedís os sirva *café solo*, disponiéndoos a la digestión. Ingerido el café, estáis ya en disposición de dedicaros a la más seria ocupación de fumar un Partagás o un Cabañas.

No esperes, ¡oh, lector! que un artículo tan importante como la mantequillla—la dorada, fragante y dulce mantequilla que nosotros conocemos,—la halléis en Cuba. ¡No! Esta no es *una cosa de Cuba;* pués todo lo que los habitantes de esta prolífica Isla conocen como tal artículo, es una sustancia amarillenta contenida en una botella de boca ancha, la cual sustancia, por su fuerte olor, creerías más bien que se trata de sebo de carretón. Sin embargo, se vende y se compra como *mantequilla*. Nadie la usa, y menos que nadie ningún extranjero; y lo raro es que no se encuentre a faltar. En cuanto a la pimienta—el bueno, rojo y caliente pimentón,—si lo pedís, es probable que llamen a las autoridades, creyendo que intentáis suicidaros, tan completamente ignorado es en la Isla este artículo como condimento.

En la comida, que realmente no es tan impor-

tante como el almuerzo, y que siempre se toma durante el fresco anochecer, después de las horas de trabajo (?) del día, lo primero que se toma es la sopa, que por regla general no es un plato muy bueno, de acuerdo con nuestros gustos.

En la primera línea de la lista aparece el *caldo*, que siendo el puro jugo de la carne, es muy parecido al *consommé* francés o a nuestro caldo de vaca. Puede variarse pidiendo *caldo de gallina*, *caldo con pan tostado*, o *caldo compuesto*, una espesa sopa hecha de cebollas, zanahorias, etc. La *sopa de pan* es muy parecida a un emplasto de pan y leche. Hay además la *sopa de fideos*, de *arroz*, de *macarrones*, de *leche*, de *tortuga*, e igualmente se puede obtener la sopa *Julienne*, de vegetales.

Los pescados son como en el almuerzo. Para vuestro gobierno y para simplificar las cosas, conviene que tengáis bien en cuenta los significados de las palabras *asado* y *cocido*. La *carne de vaca*, literalmente es nuestro *cow meat*, que cuando asada la llamamos *beef;* hay la *ternera asada* (*roast veal*); el *carnero asado* (*roast mutton*); *pollos asados* (*roast chickens*). Las *lenguas* son invariablemente frescas y bien cocinadas, con alguna sabrosa salsa de tomates, aceitunas o pepinillos, y puede darse uno por satisfecho si las sirven como *entrée*.

El plato nacional es el *bacalao*, alimento al que no fuí muy aficionado en mi propio país y del que por lo mismo no puedo considerarme competente juez; pero en una o dos ocasiones, en casas particulares, tuve ocasión de comerlo a mi entera sa-

tisfacción, pues saben prepararlo con algún arte y con varios condimentos. Sin embargo, en los hoteles y restaurantes, digo siempre: *Para mí, no, señor.* Con todo, si lo deseáis, podéis probarlo como una novedad.

Sobre el pescado colocan pequeños pedazos de limón, cebollas en lonjas muy finas, hojas de laurel, patatas, un poco de manteca, o quizás algún aceite, salsa holandesa, harina, sal, pimienta, yema de huevo, vinagre, y, cuando se va a servir, unas delgadas rebanadas de pan frito en aceite, con algunos pimientos verdes encima de todo. Prúebelo, *amigo mío*, quizás os guste, quizás no.

El número de vegetales en toda la Isla se limita a los *boniatos*, tomates, no muy buenos, plátanos, habichuelas, *guisantes*, más conocidos con el nombre de *petit-pois*. Las *coles* constituyen también un alimento muy usado, y la lechuga aparece en toda comida, junto con el arroz, que puede considerarse en Cuba como el principal alimento de los del reino vegetal. Vienen luego los *pollos*, con ensaladas, sustituídos en ocasiones por *pichones* o algunos pequeños pájaros de varias clases. La comida finaliza con frutas en conserva, flan o natillas, no sirviéndose pastelería más que en las grandes ocasiones en las casas particulares de la gente adinerada, donde se presta especial atención a la *cuisine*. El café, es lo último de toda comida, con el tabaco de universal consumo, para encender el cual os proporcionan el fuego, como si se tratara de un servicio indispensable.

Una peculiaridad en el servicio de la mesa en Cuba, tanto en las casas particulares como en los hoteles españoles, es que todos los platos, excepto los postres, se colocan de una vez en la mesa, como para que el gastrónomo recree la vista y sienta halagado su paladar. Quizás el más refinado *gourmet* sienta que no se le deje gozar los placeres de la anticipación tanto como los de la satisfacción, pensando en lo que le han de servir, en vez de tener ante sus ojos la comida por entero.

José, el mozo que servía la mesa, era una notabilidad en su género. Conocía o deseaba conocerlo todo, y su asiduidad, mientras servía, de estudiar inglés a cambio de español, merecía ser alentada. Era a la vez un humorista, a su modo. De vuelta a la Habana, encontré algunos conocidos que deseaban ir a Matanzas, y por su desconocimiento del español temían hallarse en dificultades al pedir de comer. Escribí una esquela a su favor, recomendándoles a José.

Tres meses después, hallándome de nuevo en Matanzas, pregunté a José si había tratado bien a mis recomendados, respondiéndome:

—Ya lo creo. El caballero bebió todos los días vino de Bonnafou, y la señora no comió más que *tortillas con tomate*, hallándose ambos artículos en la lista y siendo excelentes.

Estando allí tuvimos, un amigo y yo, una divertida ilustración de lo que es la fuerza de la costumbre. Habiendo una cama desocupada en nuestro cuarto, generosamente accedimos a que la ocu-

para un conocido recién llegado, que era excesivamente aficionado a la "esencia de centeno" (1). ¡Cielo santo! Es imposible describir los ruidosos sonidos que emitían las ventanas de su nariz. Bastará decir que no pudimos entregarnos en brazos de Morfeo y, en consecuencia, recurrimos a las almohadas, zapatos, botas, etc., para que nuestro amigo cesara en sus ronquidos, pero sin resultado. Probamos de pasarle fósforos de sulfuro bajo la nariz, con idéntico resultado negativo. De pronto mi amigo—¡oh, felicidad!—tomó una botella vacía de *whisky* que estaba en el estante, y la colocó bajo el apéndice nasal del ruidoso roncador.



LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

Inmeditamente, como por arte de magia, una beatífica sonrisa iluminó el rostro del durmiente, extendió una mano, cesaron los estrepitosos ronquidos, y en medio de la calma de la noche se oyeron estas bien conocidas palabras:

—Dadme un trago.

(1) Se refiere al *whisky*.—(*N. del T.*)



CAPITULO XXI

VIENDO A MATANZAS.—Historia primitiva.—Descripción de la ciudad.—Curiosos edificios.—Arquitectura callejera.—Calzada de Esteban.—Una visita a las cuevas de Bellamar.—Descripción de las mismas.—Comparación con la Cueva Mammoth de Kentucky.—Valle del Yumurí.—Soberbio espectáculo.—Ingenio.—"Denos la bendición, amo".—Abra de Yumurí.—Los Molinos.—Paseo.—Retreta en la Plaza.—Comiendo helados.—Ojo de Agua.

DE cuantas poblaciones de Cuba visitan los viajeros, Matanzas es la que más les satisface, por lo que he podido juzgar. Construída con regularidad y buen estilo, se extiende lindamente al pie de los montes que la rodean, sobre la playa de hermosa bahía, en la que desaguan dos pequeños ríos que corren por entre los límites de la ciudad y que contribuyen a prestarle mayor belleza. Sin la multitud de viajeros que en invierno invade la Habana, Matanzas obtiene una atención menor de la que merece por sus múltiples atractivos, por sus

reales méritos, superiores a los de cualquier otro lugar de la Isla. Sus habitantes son corteses y hospitalarios, y los hay muy acaudalados, en tanto que sus mujeres son notablemente bonitas. Todo esto, junto con las naturales bellezas de la ciudad, hace que sea un lugar grato para el viajero de delicada salud que desee pasar en la Isla algunos meses de descanso.

Matanzas, que puede considerarse hoy como la segunda ciudad de Cuba en riquezas y comercio, está situada en lo último de la bahía del mismo nombre, formada por un brazo de mar, en la cual vierten sus aguas los ríos San Juan y Yumurí. La propia ciudad está limitada al norte, por el río Yumurí, al sur, por el San Juan, en tanto que por su lado este la bañan las aguas de la noble bahía.

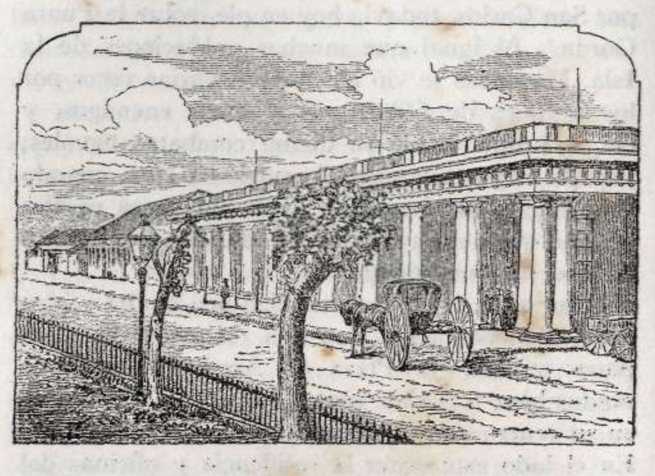
Se asegura que la ciudad se levanta sobre el mismo sitio que ocupaba primitivamente un pueblo indio, conocido por los descubridores por su nombre original de "Yucayo". Unas treinta familias procedentes de las islas Canarias, se establecieron allí o en sus inmediaciones. Manzaneda había comprado a Carlos II unos ciento cincuenta acres de terreno, para establecer una colonia, colindantes a un *corral* conocido como Matanzas, significando el lugar donde se sacrificaban los animales. Este nombre se retuvo hasta hoy, con la adición de los de sus santos patronos, San Severino y San Carlos.

La colonización tuvo lugar el 10 de octubre de 1693, que era un sábado. Al día siguiente, do-

mingo, llegó el obispo Compostela. El lunes, habiéndose previamente marcado el lugar, el obispo puso la primera piedra de la futura iglesia o catedral, celebrándose una gran misa; al mismo tiempo se trazaron las líneas del castillo conocido por San Carlos, todavía hoy en pie, sobre la Punta Gorda. Al igual que muchas poblaciones de la Isla, Matanzas se vió amenazada varias veces por los ataques de filibusteros y otros enemigos, y en su propia bahía se dieron combates navales; pero la mayor calamidad la sufrió en 1845, cuando tuvo lugar, en el mes de junio, una gran conflagración que destruyó propiedades por valor de más de dos millones de pesos.

Con todo, es en la actualidad una bonita y bien construída población, con una realmente hermosa plaza pública—la Plaza de Armas,—dotada de sendas bien trazadas, plantas, flores, y elevándose en su centro una buena estatua de Fernando VII. En el lado este están la residencia y oficinas del *Comandante*, en tanto que en los tres lados restantes se levantan sólidos y bellos edificios, de casas particulares o establecimientos, con uno o dos cafés, ofreciendo en conjunto una bella apariencia. Sólo hay una iglesia, en un edificio antiguo, de vetusto aspecto únicamente notable por la vasta belleza arquitectónica de sus torres, particularmente la mayor, que alcanza bastante altura. Cuenta con un bonito teatro, recientemente terminado, el más hermoso de la Isla. Los demás edificios públicos, no son notables por ningún concepto.

La porción de la ciudad que se extiende al sur del río San Juan es conocida por Pueblo Nuevo, en el cual está situada la estación del ferrocarril y en sus afueras, varias hermosas residencias campestres, cruzando el río varios sólidos puentes de

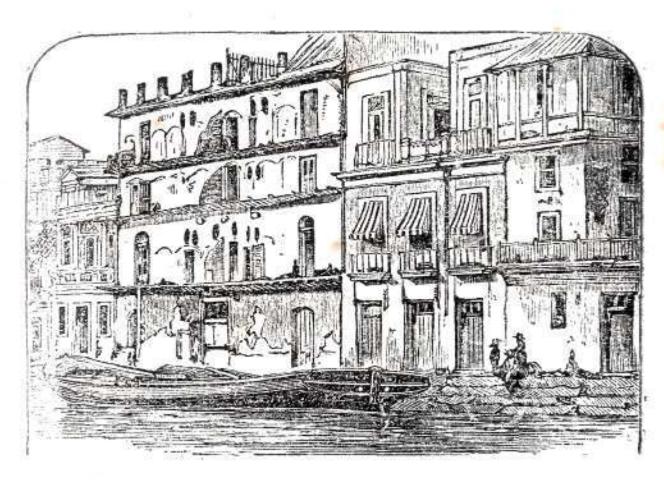


CASA DEL COMANDANTE

piedra, bien construídos. A la parte de población situada al otro lado del río Yumurí, se le da el nombre de Versalles, extendiéndose hasta la misma falda del monte conocido por "La Cumbre", desde cuya cima se ve el maravilloso valle del Yumurí; en tanto que en los montes que enfrentan la bahía están el hospital militar y los cuarteles de Santa Isabel, capaces de contener más de mil quinientos hombres. Cerca de ellos, sobre la extrema orilla de la bahía, se halla el hermoso paseo

de Versalles, el favorito de los matanceros, por los atardeceres. Al fin del paseo se levanta el pequeño castillo de San Severino.

La mayor atracción, sin embargo, para el viajero transeunte, son las "Cuevas de Bellamar", situadas al sureste de la ciudad, como a dos y media millas, y a las que se llega después de un agradable paseo en coche, de una hora, parte de él a

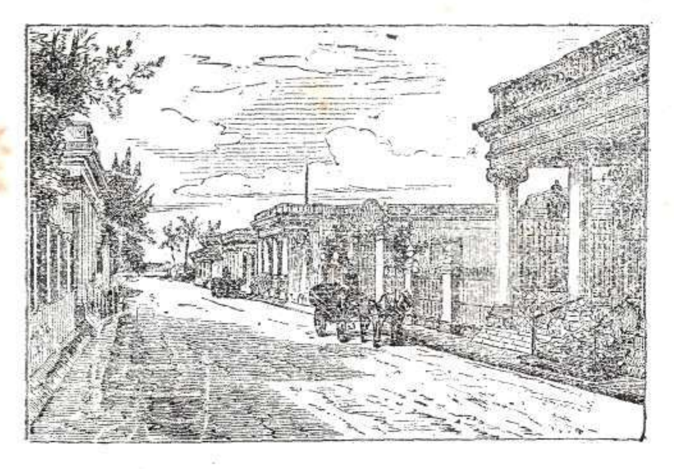


ESCENA EN EL RIO SAN JUAN

orillas del mar. El viaje se hace generalmente por la mañana, y las cuevas son dignas de verse, no una, sino varias veces.

Habiendo ordenado una volanta la noche previa (si sólo se trata de caballeros, lo mejor es ir a caballo), la hallaréis a las seis de la mañana

esperándoos a las puertas del hotel, tirada por dos caballos. El viaje de ida y vuelta os costará seis pesos y treinta y siete centavos. Durante el camino pasaréis por el puente tendido sobre el río San Juan, conocido por el puente de Belén, y atravesaréis el Pueblo Nuevo. Los ríos que pasan por la ciudad en esta parte, le dan una particular



CALZADA DE ESTEBAN

apariencia veneciana, tanto que ciertas vistas fotográficas tomadas en dos o tres cuadras a orillas del río San Juan, podrían confundirse con escenas de Venecia.

En el Pueblo Nuevo hay una hermosa calle por la que el viajero debe recomendar pase la volanta en su ruta a las cuevas. Se la llama "cal-

zada de Esteban", y en una sola cuadra ofrece la colección de casas particulares de apariencia más moderna, bella y artística de cuantas he visto en Cuba. Los edificios son grandes, bien construidos, de imponentes y hermosos pórticos con columnas en sus frentes, teniendo generalmente jardines florecidos, de exuberante vegetación, contribuyendo a su mayor encanto artísticas verjas de hierro con pilares y bases de piedra.

Igualmente observará aquí el feliz uso que se hace de hermosos azulejos de diversos colores en la formación de las terrazas (si así se me permite llamarlas) situadas frente a los pórticos. A menudo me he detenido a estudiar el agradable efecto de este estilo de arquitectura en Cuba. Si el mismo estilo se adoptara entre nosotros, sería calificado de demasiado chillón o churrigueresco (1); en tanto que aquí, debido seguramente a lo peculiar del clima, al cielo perennemente azul y a lo intenso de la luz solar, los fuertes colores usados en la arquitectura se armonizan con los de la naturaleza.

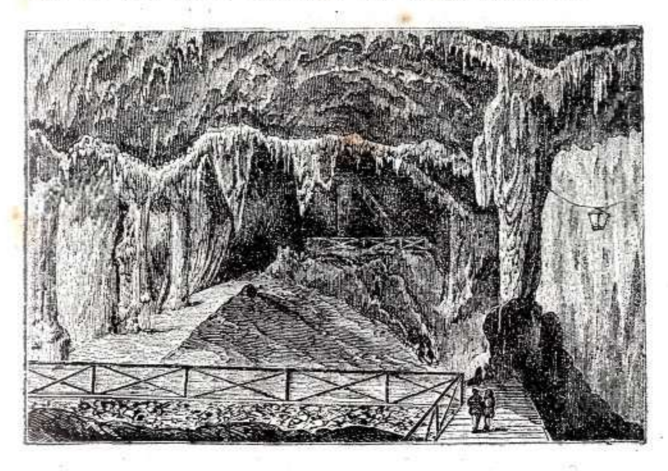
Dejando la ciudad atrás y pasando frente a casas dispersas, seguimos por la orilla del mar, cuyas aguas de un verde esmeralda bañan gentilmente la playa arenosa; llegando hasta nosotros, desde la lejanía azulosa, las frescas brisas marinas de la mañana; y al otro lado de la bahía se destacan los montes llenos de vegetación que dominan

(1) El autor usa la expresión *ginger-bread*, que traducido literalmente es "pan de gengibre".—*N. del T.*)

el magnífico valle de Yumurí. Completan el panorama a nuestra derecha verdes montes y lomas, sombreados por altas y graciosas palmas o por los cocoteros de ramas en forma de abanico. Abandonando la costa y subiendo por un escabroso y pedregoso camino, a alguna distancia de la cima de los montes y sobre una meseta, llegamos a la "Casa de las Cuevas", un gran edificio de madera erigido a la entrada de las mismas—donde los visitantes estampan sus nombres en un libro registro,—que contiene numerosas muestras de formaciones cristalinas. En el centro del edificio se halla la escalera que conduce a la entrada de las cuevas.

Aconsejo a los visitantes que se despojen de cualquier prenda de vestir supérflua, tales como sacos, chalecos, chales, etc., que pueden dejar al cuidado del encargado de la cantina, pues la atmósfera dentro es muy calurosa y con el ejercicio que hay que hacer resulta completamente opresiva. Igualmente deseo advertirle que insista en pedir mayores medios de alumbrar que los que usualmente se le suministran, que se limitan a una gran vela de cera con doble pabilo, que lleva el guia y que no basta para iluminar las cuevas tan brillantemente como merecen las bellezas que atesoran. Debería por lo menos facilitarse una lúz a cada visitante (confio que esta observación llegará a oídos de los propietarios), a fin de que el combinado efecto de las distintas luces sirviera para iluminar las cuevas en una larga extensión a la vez y no un limitado espacio o sólo la parte de

una columna. Manifesté mi deseo de encender en las cuevas algunas luces azules, como se hace en las Cuevas de Mammoth de Kentucky, que producen un efecto tan fantástico y maravilloso; pero el guía no me lo permitió, pretextando que el humo de las luces dañaría las cristalizaciones.



EL TEMPLO GOTICO

Cada visitante paga un peso; el *muchacho* coge su vela, y caminando tras él descendemos las escaleras que nos conducen dentro de las cuevas. A los pocos pasos, cruzamos un pequeño puente de madera, y nos encontramos de pronto en el "Templo Gótico", del cual acompañamos aquí una vista, tomada desde el puente, mirando hacia la entrada. Aun en la semiobscuridad, (no obstante que en dicho lugar hay suspendidas una o dos lám-

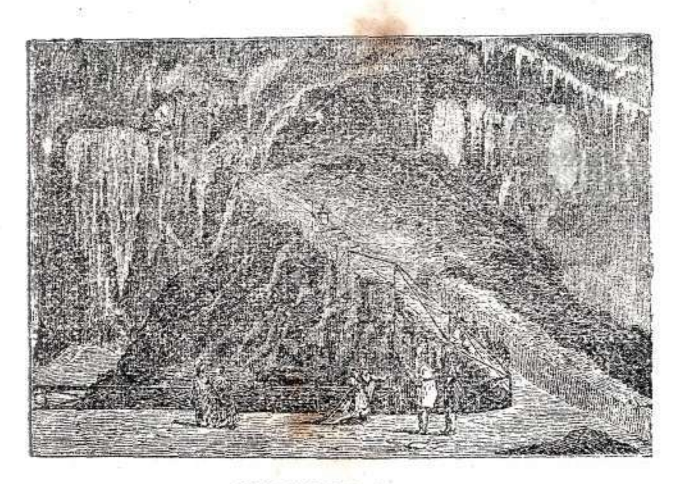
paras) se puede apreciar su grandiosa hermosura, con sus millones de estalactitas, de fantásticas formas, y sus sombríos rincones. Cuando se coloca la vela debajo de algunas columnas o cristalizaciones saledizas, su transparencia produce un magnífico efecto, variando los colores del más puro blanco al ámbar y a los más delicados tintes rosados.

Este templo tiene cumplidamente doscientos pies de largo y setenta de ancho, y se halla a ciento cincuenta pies distante de la entrada de las cuevas. Aun cuando sobrepasa en riquezas y esplendor al templo del mismo nombre de la cueva del Mammoth, no le iguala en tamaño ni en solemne grandeza; pero puede en cambio contemplarse con más comodidad, debido a que el propietario ha sido lo bastante emprendedor para hacer construir fuertes puentes, pasadizos de tablas y, donde era necesario, sólidas barandillas de hierro para impedir una caída.

La cueva del Mammoth deja en el ánimo una impresión de solemnidad, de sombría grandeza, y se ve uno tentado de poblarla de gnomos y demonios. Esta cueva de Bellamar es como un sueño de tierra de duendes, con sus trasgos y bellas hadas en franca diversión al son de suave música; y uno casi espera ver aparecer de las sombras alguna adorable ondina o hermosísima náyade. Me siento inclinado a soñar bajo la influencia de los nombres de algunos de los más impresionantes lugares, aun cuando el *muchacho* me dice que "hay

quienes les llaman de un modo y quienes de otro". Cada columna tiene su gran nombre, por ejemplo, el "Manto de Colón", y cada mole se compara a un "Espíritu Guardián" o a un más sagrado "Altar", en tanto que sin el "Manto de la Virgen" no existiría una cueva en Cuba.

La "Fuente de la Nieve" fué para mí la más encantadora y maravillosa de todas las cuevas



LA FUENTE DE LA NIEVE

de Bellamar, conteniendo ella sola suficientes atractivos para que se vuelva aquí una y otra vez a admirarla. Las cuevas explorables tienen cerca de tres millas de extensión, y su profundidad mayor llega a quinientos pies de la superficie de la tierra, según se me asegura. Hace unos diez años que

están abiertas, habiendo sido descubiertas de manera accidental por uno de los trabajadores del señor don Manuel Santos Parga, que estando trabajando por allí cerca, su barra cayó en un hoyo, que luego vió era la entrada de una cueva.

La primera vez que estuvimos en las cuevas, pasamos en ellas tres horas, saliendo por un pasaje distinto del que entramos, que, sin embargo, desemboca en el mismo Templo Gótico, el único sitio alumbrado por gas, aun cuando me aseguró el muchacho que pronto lo estarían todas las cuevas. "Quien no ha visto las Cuevas de Bellamar, no ha visto a Cuba".

El valle de Yumurí debe procurarse ver a la salida o a la puesta del sol. Para mí es mejor a la *caída del sol*, particularmente cuando se le contempla desde la *Cumbre*, o sea la cima del monte de este nombre, que se levanta algo lejos de la ciudad. Esta excursión debe hacerse a caballo, cuando se trata de gente joven, empleándose toda una tarde subiendo el hermoso camino hasta llegar, en lo alto, al *ingenio* de Mr. Jencks. La ciudad se va dejando atrás, hasta que sólo se ve de ella una masa confusa de edificios. A la derecha se extiende la bahía, con sus buques y sus fuertes; y al otro lado, la brumosa campiña. A poco de ascender, os sorprende una vista espléndida del océano. La cuesta es empinada, pero el camino bueno, particularmente para caballos. Se nota el cambio de atmósfera inmediatamente que se da la primera vuelta al monte. Es seguro que al volver ya de



EL VALLE DE YUMURI

noche, se sienta verdadero fresco, por lo que conviene que las señoras vayan provistas de un chal.

Después de una hora y media de contínua ascensión, el camino repentinamente bordea un herboso precipicio, y allí precisamente, tendido bajo los pies de uno mismo, está el muy afamado, poéticamente descrito y realmente hermoso valle de Yumurí, con sus terrenos de verde y oro y sus grupos de dos y tres graciosas y cimbreantes palmas, en tanto que serpentea por entre hermosas riberas el pequeño río Yumurí, semejando una cinta de plata, excepto donde, aquí y allí, sus aguas adquieren tintes dorados al reflejar los rayos del sol poniente; y por encima de todo esto, un ambiente de perfecta calma, de grande y quieta soledad, de que a menudo se goza en una noble porción de la naturaleza como ésta.

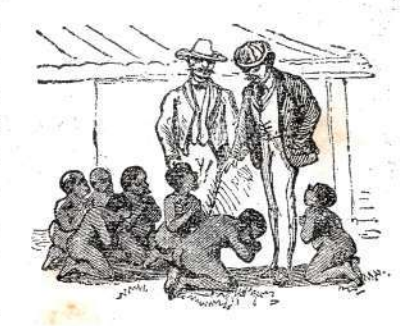
La vez que estuve allí, la atmósfera era tan estimulante con su frescura y pureza, que realmente me sentí "alegremente feliz",—usando las palabras del gran Webster,—de "vivir todavía", y estoy seguro que si hubiera tenido "las alas de una paloma", hubiera emprendido un delicioso "vuelo" sobre el encantador valle, para bañarme, o a lo menos intentarlo, en el maravilloso azul que casi envolvia los montes.

En el *ingenio* de Mr. Jencks (creo que éste es su nombre), donde tienen la costumbre de detenerse todos los viajeros para ver su funcionamiento y gozar del espectáculo que se ve en lo alto de la casa vivienda, se puede adquirir una idea de como

se fabrica el azúcar, aunque en muy pequeña escala, y se puede probar el hirviente *guarapo* sacándolo de la paila, y si se padece de consunción, "olfatear" los aromas del azúcar hirviente, que se asegura son beneficiosos para los pulmones débiles.

Fueron altamente divertidas nuestras conversaciones con los *niños* negros. Al entrar en el patio de las viviendas de la gente de color, una docena de pequeños diablillos negros, de varias edades y sexos, completamente desnudos, se precipitan a nuestro encuentro, y cruzando sus brazos sobre el pecho, cayeron de rodillas charlando y farfullando palabras, entre las que pude distinguir las siguientes:

—Amo, amo, danos tu bendición.



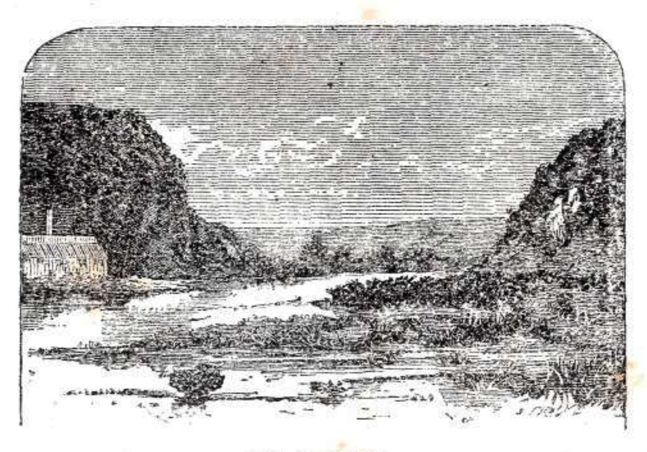
"LA BENDICION, AMO"

Nosotros interpretamos que lo que querían era dinero, y en consecuencia tiramos algunos *medios* entre ellos. ¡Qué cambio más rápido! Los pequeños diablillos negros caían unos sobre otros, luchando, estrujándose, arañándose para conseguir una moneda. El que tenía la suerte de obtener una, se iba asumiendo una actitud de satisfacción digna, con la pequeña y abultada barriga por delante,

semejando un barrilito de cerveza, en tanto su propietario iba gritando:

—*Medio, ya tengo medio.*

Se puede obtener otra vista de este encantador valle de Yumurí desde el oeste de la ciudad, situándose en las alturas de los montes, conocidos por "Abra del Yumurí" y que a veces se le llama



ABRA DE YUMURI

"Boca". Se contempla todo el valle, desde la ribera izquierda del río, con la grande, majestuosa abertura rocosa, como si hubiera sido expresamente hecha para dejar pasar el río a su través.

Desde lo alto del monte se pueden ver las pintorescas torres de la ciudad y las aguas de la bahía, así como los buques en ella anclados; en tanto que por el fondo, hacia el sur, se divisan los distantes

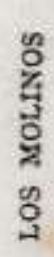
montes que se extienden desde el de San Juan hasta los de Camarioca, semejando nubes azules en un cielo rosado.

Resulta una excursión deliciosa y bastante generalizada, ocupar un bote en agradable compañía de amigos y remontar el río San Juan unas cuatro millas, hasta el lugar llamado "Los Molinos", donde hay un ingenio, para mover el cual se usa la fuerza hidráulica, y cuyos terrenos son sumamente bonitos.

Los establos de lujo de Matanzas disponen de muy buenas parejas de caballos, como también de excelentes caballos de silla. Pueden ordenarse, cuando se necesiten, en el mismo hotel. Las señoras que no están acostumbradas a montar, encontrarán muy fácil hacerlo en los caballitos cubanos, pues tienen un paso de ambladura—que nosotros llamamos *raching* (trasiego)—que nuestras bellas novicias en equitación declaran "divino".

Habiendo previamente ordenado un carruaje de lujo, a las seis de la tarde salimos a hacer un recorrido por El Paseo, situado al extremo de la porción de la ciudad conocida por Versalles, a la orilla misma de la bahía, de la cual no cesan las deliciosas brisas marinas que todo el mundo viene aquí a aspirar, mañana y tarde.

Bello es este paseo, como de media milla de largo, seguido de un camino de parecida extensión que llega hasta el castillo. Está dotado de caminos de grava para los peatones, de hileras de ár-



LOS MOLINOS

boles, y de un parapeto, teniendo a los dos extremos puertas de hierro. Si el extranjero desea ver las beldades y el mundo elegante de Matanzas, es aquí donde debe venir, particularmente un domingo por la tarde, que es el gran día. Pueden verse aquí, en proporción a la población y tamaño de la ciudad, trenes tan elegantes como los de la Habana. Partiendo de la puerta de entrada, se dirigen los coches hasta el otro extremo del paseo, donde dan la vuelta y vuelven al punto de partida para repetir lo mismo; y así durante una hora o más, hasta que hay como una perfecta hilera de carruajes, que se siguen unos a otros alrededor del paseo. Hacia las ocho de la noche, si hay *retreta* (siempre en domingo), tocando la banda en la Plaza, la mayor parte de los carruajes se dirigen allá; y la escena ya descrita en una ocasión similar al hablar de la Habana, se repite aquí en menor escala.

Uno de los más deliciosos placeres que experimentamos durante nuestra estancia en Matanzas, fué el bañarnos en el *Ojo de Agua*, lugar situado en la ribera del río Yumurí, donde brotan algunas fuentes de pura y fresca agua. Allí acuden muchos jóvenes por las mañanas para sumergirse en el precioso líquido. Se nos aconsejó que después del baño bebiéramos la fresca agua de un coco, sin que pudiéramos inquirir los motivos. Al parecer, se trata de *una cosa de Matanzas*.



CAPITULO XXII

EL CARNAVAL EN MATANZAS.—Liceos y Clubs.—Baile de Piñata.—El salón de baile.—Bellas mujeres.—Hombres tímidos.—Función de teatro.—Beldades cubanas y sus "toilettes".—Atractivos de las damas.—Un desconocido.—El baile.—La "danza criolla".—Otros bailes.—La Piñata—Intenso calor.—En busca de aire.—Escenas carnavalescas en la Playa.—Baile de media noche en el Teatro.—Bailes escandalosos.—Costumbres peligrosas.—

FUE para nosotros buena fortuna hallarnos en Matanzas en los tres días de Carnaval. Durante todc este tiempo hubo ruidosas comparsas y máscaras grotescas en las calles. En las postreras ceremonias celebradas el domingo de "piñata" por la noche, tomó parte todo el pueblo, dispuesto a despedirse de aquel período de locura en un *feu de joie*, de placer y diversión.

En casi todos los pueblos de alguna importancia hay una asociación de jóvenes, generalmente conocida con el nombre de "El Liceo", organizada para propósitos artísticos y literarios y para recreo.

En general la asociación ocupa un buen edificio, con amplio espacio para celebrar representaciones teatrales, bailes, etc., disponiendo además de lugares para salones de billar y de lectura, adornados a veces con buenos cuadros. En Matanzas, esta asociación ostenta el nombre de "Liceo Artístico y Literario de Matanzas", y es en realidad excelente, estando compuesto por la *élite* de la ciudad, hallándose instalado en un gran edificio, el que últimamente ampliaron adquiriendo el "Club" espléndidamente situado en la Plaza.

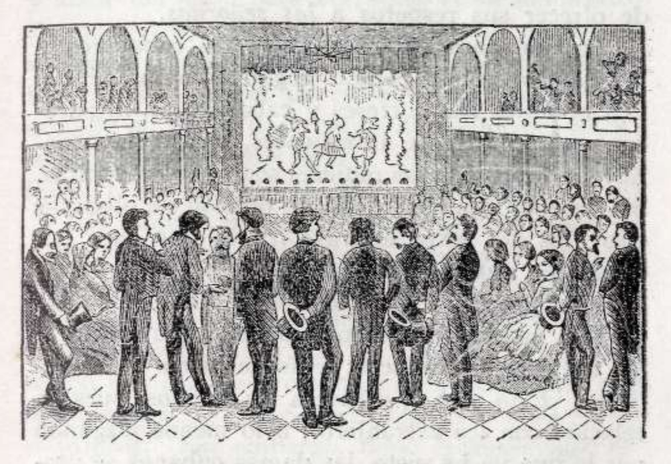
Gracias a nuestra carta de introducción y a las buenas disposiciones de los miembros del Liceo, pudimos gozar los placeres de su gran baile de máscaras llamado de "Piñata", que fué realmente espléndido, celebrándose el domingo por la noche y concurriendo al mismo cuanto de bello y elegante tiene Matanzas.

El baile dió comienzo a las ocho de la noche. Al entrar, todos los concurrentes estaban obligados a presentar su recibo o invitación a una comisión, que efectuaba así una especie de inspección sobre cuantos acudían.

Atravesando el salón principal, que resplandecía prodigiosamente, reflejándose las luces en las paredes de claros colores y sobre el pulido suelo de mármol, penetramos en la *salle a réception*, —que no obstante lo temprano de la hora, ya estaba completamente llena,—después de la cual estaba el salón de baile. ¡Querido lector, qué espectáculo aquél! Cuántos grupos de hermosísimas

mujeres, cuántos bonitos vestidos, cuántas elegantes *coiffures*, en las cuales, debido a la abundancia del cabello propio de las *señoras*, resultan innecesarios los postizos, por lo menos así lo creo, pero no lo juraría, porque nosotros los hombres ¡somos *tan inocentes!*

No recuerdo haber visto nunca tantas mujeres hermosas juntas. El salón de baile era de grandes



SALON DE BAILE DEL LICEO DE MATANZAS

proporciones, más largo que ancho, y a un extremo se levantaba un bonito escenario para las representaciones teatrales; a ambos lados del salón había arcadas sostenidas por columnas, sobre las que estaban las galerías, donde se situaba la orquesta. En una doble hilera de sillas colocadas frente a las columnas, sentábanse centenares de ángeles de

ojos negros, en actitud calmosa, digna, como si actuaran, en su mayoría, como meras espectadoras. No se veía el negro saco de un solo caballero entre ellas. Los hombres, con excepción de unos pocos de los más audaces que se atrevían a hacer frente a todas aquellas beldades, se agrupaban al otro extremo del salón, al parecer sin tener el valor (ya que no podía atribuirse a falta de deseos), de ofrecer sus respetos a *las señoritas.*

Lo que pasa en Cuba entre los caballeros y las damas, no he podido llegar a comprenderlo. Los hombres son corteses y caballerosos, al parecer, suficientemente inteligentes, por regla general; en tanto que las mujeres son serias y bonitas. Sin embargo, jamás he tenido ocasión de observar entre los dos sexos el trato franco que hace tan agradable nuestra sociedad (1).

Me inclino a creer que ello se debe en buena parte a las costumbres prevalentes, que rodean a las mujeres de etiqueta: rejas de hierro y formulismo. Esto sólo se refiere a los nativos, pues en relación con los extranjeros, a lo menos juzgando por lo que yo he visto, las damas cubanas se producen de manera franca, cordial y cortés. Esto se debe quizás a lo que me dijo una señora con

(1) El autor incurre aquí en lamentable contradicción aparte de la incomprensión que a veces demuestra de las costumbres cubanas, cosa que no es de extrañar en un extranjero transeunte. Reconoce en los cubanos cortesía y caballerosidad, y sin embargo parece luego atribuir a la ausencia de ambas cualidades la falta de un trato franco entre los dos sexos.—(*N. del T.*)

quien tuve ocasión de hablar sobre este asunto:

—Es diferente con los extranjeros, señor, y particularmente con los norteamericanos, que se distinguen por su caballerosa galantería con las damas.

Permitidme aceptar esto como un cortés cumplimiento nacional.

Cogido del brazo de mi amigo, paseamos arriba y abajo del salón para ver, como él me manifestó, "a quien debía presentarme". Y a fe, que puesto a escoger entre aquellas beldades, no habría sabido a cual preferir, tal era su abundancia; pero después de una o dos vueltas alrededor del salón, se va uno acostumbrando a sentirse en un lugar familiar y dispuesto a gozar de la fiesta.

Las mujeres cubanas, como clase, no tienen la reputación de ser ilustradas. Puedo decir que en todos mis viajes no ví a una señora abstraída en la lectura de un libro, ni siquiera en disposición de hacerlo; menos he tenido oportunidad en conversación con ellas, salvo muy raras excepciones, de convencerme de que conocen algo acerca de libros y autores. Sin embargo, debo confesar que en un sentido u en otro, saben hacerse muy agradables. Hablan abundantemente sobre pequeños asuntos, disponen de una profusión de cumplimientos y tienen una bonita manera de expresarse, haciendo un feliz uso de sus grandes, expresivos y negros ojos, y moviendo graciosamente sus abanicos.

Cuando se tiene la fortuna de encontrar señoras (y las hay en bastante número) que han sido edu-

cadas en el extranjero, bien en los Estados Unidos o en Europa, se nota que poseen altos conocimientos y que saben interesar. Tuve ocasión de relacionarme con algunas que hablaban francés perfectamente, otras inglés y una o dos que poseían ambos idiomas, en adición al nativo.

He notado una peculiaridad, y aun podría añadir defecto, contra el cual, a tener influencia entre estas beldades, expondría mi solemne protesta, y que consiste en el uso inmoderado que hacen de la *cascarilla* para blanquearse el cutis. Es un cosmético que hacen de cáscaras de huevo pulverizadas, que se ponen sobre la cara, cuello y hombros, después que los han humedecido con un poco de aguardiente, frotándose luego con una toalla. Imagínate, ¡oh, lector! los sentimientos de un ardiente admirador del bello sexo, que después de ver a distancia una aparentemente adorable criatura, que cree tendrá quince o diez y ocho primaveras, al acercarse para ser presentado, se encuentra con una masa de polvos, y en lugar de una jovencita de bello cutis perlado o amelocotonado, se le aparece un viejo adefesio con una viudedad de cincuenta años. Rodea con tu brazo la hermosa y delgada cintura de una de estas beldades, en los graciosos movimientos del vals, y en diez ocasiones contra una, tu "inmaculado negro" hombro, sobre el que ha inclinado tu compañera su graciosa cabeza, será una masa de blancos polvos. De hecho, aun las porciones de esas cintas revoloteantes y decorativas (que ignoro el nombre que les dan),

cuyos extremos tocan a intervalos su cuello, cambian enteramente de color.

Pero volvamos al baile, que ha alcanzado su más grande *éclat*. Da comienzo con la aparición sobre el escenario de una docena o más de jóvenes, que bajo la dirección de *ellos*, vistiendo todos trajes de fantasía muy bien confeccionados, después de saludar a la concurrencia, ejecutan alguna nueva danza. Los ejecutantes son todos miembros del *Liceo*, y se les da el nombre de *comparsas*, y tienen por misión entretener a la concurrencia en los intervalos del baile general.

El programa consta de galops, cuadrillas y valses; pero el baile que prevalece aquí, como en todos los lugares de la Isla, es la danza criolla o vals llamado "La Danza" (1), una danza lenta, graciosa, y la única a la que, dado lo caluroso del clima, los aficionados al baile pueden dedicarse sin fatigarse. La siguiente descripción de la danza, escrita por un autor cubano, dará una mejor idea de ella:

«Aun cuando se conocen y ejecutan en la Isla todos los bailes modernos, el preponderante entre ellos y al que todos eclipsa es la irresistible *Danza Criolla*, genuinamente cubana. No es otra cosa que la anticuada contradanza española, modificada por el ardiente y voluptuoso carácter del clima tropical. Su música es de un estilo peculiar, tanto, que cualquiera que no la haya oído tocar por alguien ya iniciado en sus misterios, intentará en vano interpretarla, aunque tenga delante la música perfectamente escrita.

---

(1) El autor escribe *La Lansza*. Nótese igualmente el error de llamarla vals.—(*N. del T.*)

»Consiste de dos partes, cada una con ocho compases, de dos por cuatro, formando por su repetición el número de treinta y dos. A cada ocho compases corresponde una figura en la danza, a las que se da el nombre de *paseo, cadena, sostenido* y *cedazo.*

»En los dos primeros, música y baile tienen menos expresión y movimiento, como si el espíritu y el cuerpo se mostraran obstinados contra el placer; pero en el *sostenido* y *cedazo*, que corresponden a la segunda parte de la música, son vivos y picantes, ya tristes, ya alegres, pero siempre apasionados. Las parejas se mueven entonces con encantadora coquetería y danzan con el corazón tanto como con los pies. En conclusión, la danza cubana puede sentirse, mas no describirse. El que la ha bailado una vez, la prefiere a todas las demás».

Aquí está mi graciosa compañera, cuyos brillantes ojos me han fascinado durante media hora, al través de las aberturas de su antifaz, mientras bailábamos a los vivos pasos del galop, intrigándome su velada personalidad.

Pretextando el calor, persuadí finalmente a mi bella desconocida a ir en busca de las refrescantes influencias de un *helado*, con la esperanza de que durante la ingestión de éste pudiera descubrir algo que me permitiera identificarla. Ruegos, protestas y requerimientos fueron vanos, y tuve que contentarme con ver como llevaba las cucharadas llenas de helado a lo que yo distinguía ser una adorable boca, bajo la sombra del ligeramente levantado antifaz. ¡Que Dios confunda esos bailes de máscaras! Resultan una decepción, particularmente cuando no podéis llegar a saber quien es la *innamorata* que tenéis al lado.

Gracias, sin embargo, a los generosos impulsos de la adorable mujer, que ni aun en broma deseaba prolongar mis tormentos, levantó suficientemente el antifaz para permitirme descubrir las encanta-



UNA BELLEZA CUBANA

doras facciones de la señora..., apareciendo a mis ojos, como un verdadero *ángel caído del cielo*.

Se va haciendo tarde y en los salones predomina una atmósfera horriblemente caliente. Los

abanicos de las señoritas sentadas en la doble hilera de sillas, se mantienen en constante movimiento; y lo único que ya se desea es aspirar aire fresco y librarse de la incomodidad del traje de etiqueta; pero el gran acontecimiento de la noche, me dicen, todavía no se ha producido, y determino esperar, hasta que finalmente nos vemos todos recompensados por la gran ceremonia de la *Piñata*, que da nombre al baile. Dificilmente puedo explicar el significado de la palabra tal como se aplica en la aludida ceremonia, que consiste en tener pendiente del techo algo con cintas y flores, estando aquéllas numeradas y pendiendo de éstas. El derecho de tirar de cada una de las cintas se sortea como los premios en una lotería. Una de las cintas está atada a una hermosa corona de flores, que, cuando se tira de dicha cinta, cae en las manos de la afortunada persona que tiene el privilegio de colocarla sobre la cabeza de la dama que estime digna de tal honor, que queda así coronada como "Reina del Baile", a quien todos los concurrentes están obligados a rendir homenaje, obediencia y admiración. A la vez se ofrece a las damas la oportunidad de nombrar un rey. La ceremonia toda resulta realmente bella y da motivo a gran diversión y alegría.

Terminada la ceremonia, siendo ya media noche, salimos a tomar el aire fresco. Pero entonces, ¡santo cielo, qué espectáculo nos ofrece la plaza! Hay tal profusión de luces que nos dan la sensación de estar en pleno día; música y baile por doquier,

cantos, júbilo, diabluras; gentes del pueblo de todas edades, sexos y colores, mezclados en una inextricable confusión, han tomado posesión de la plaza y se divierten a su modo al aire libre, en tanto que sus amos y señores tratan de hacer lo



ESCENA DE CARNAVAL

mismo bajo techo. Esta es, desde luego, una escena del carnaval, que sólo puede verse en un país tropical.

Alguien nos sugiere que deberíamos ir al teatro, donde comenzaba el baile a media noche; y allá nos dirigimos, pasando ante uno o dos soldados de guardia, para ver una nueva fase de la vida cubana en la forma de un baile de máscaras de las clases bajas, conocido por la *Cuña*, al que acuden gente de todos colores y sexos, y a la que

no se exige la presentación de certificados de buena conducta (ni los podrían presentar caso de pedírselos), estando sólo obligados a pagar un peso oro, que entregan a la entrada.

Realmente lo que allí se congrega es populacho, un populacho ansioso de baile y ruído, que en medio de gritos, del estrépito de la música y de los pies de los concurrentes, ejecutan *todas* las figuras de la *danza criolla*, muchas de las cuales son completamente desconocidas por las mujeres decentes admiradoras de la danza. Amigo, que te aventuras a ir a este lugar, pon la mano sobre tu bolsa y abróchate el saco para proteger la cadena de tu reloj mientras estés entre esa gente; y sobre todo, no le pises a nadie los talones, a menos que estés preparado para "pegar fuerte" con más rapidez que el relámpago, pues esta *canaille* tiene una manera nada agradable de usar el cuchillo, que *no es buena para la salud.*



CAPITULO XXIII

LA VECINDAD DE MATANZAS, MADRUGA, ETC.—Sillas de montar cubanas.—Visitando los ingenios de las cercanías de Matanzas.—Amabilidad de los administradores.—Ingenio "Concepción".—Arados de vapor.—Confiscación de la propiedad.— El Saratoga de Cuba.—Manantiales de Madruga.—Su apariencia y sus caminos.—Hermosas vistas.—La Playa.—Entierro campesino.—Los entierros de los ricos.—Bello viaje, vía Güines, hasta la Habana.—Panorama desde el monte del Paraíso.—Limonar.—

EL viajero que visita Matanzas, en adición a los encantos de la ciudad, halla además gran interés en sus alrededores, donde están algunos de los más productivos y hermosos ingenios de la Isla. Por ejemplo, puede tomar los carros del ferrocarril de Matanzas a Baró, deteniéndose en el pequeño pueblo de Unión, alrededor del cual hay cierto número de buenos ingenios, que fácilmente pueden visitarse bastando dirigirse a la casa de azúcar y preguntar por el *maquinista*, que generalmente es inglés o norteamericano y se mostra-

rá encantado de hablar con quienes entienden su idioma. Hay un tren por la mañana que sale a las 8.20 y llega a Unión a las 9.40, que sale otra vez para Matanzas a las doce del día, quedando bastante tiempo para ver un ingenio. La manera más agradable de excursión, es salir de Matanzas a caballo, detenerse en los lugares que resultan más atrayentes, y en los ingenios, preguntar por el *Administrador* o el maquinista. Muy gratas excursiones pueden hacerse a caballo, sin necesidad de ser un buen ginete. Aun los no acostumbrados a montar, pueden hacerlo sin miedo, pues con los pequeños caballos criollos de suave andar y las grandes y admirables sillas que aquí se usan, un niño puede ir a caballo con comodidad y seguridad.



SILLA DE MONTAR CUBANA

Como un ejemplo de la cortés hospitalidad de estos hacendados, referiré lo que nos ocurrió a un amigo y a mí mientras estuvimos en Matanzas. Hallándonos comiendo, trabamos conversación con un caballero que estaba en la misma mesa, y en el curso de la misma, se nos acudió informarle que habíamos enviado por correo ciertas cartas de presentación que teníamos para cierto señor que habitaba los alrededores, y esperábamos el resultado, pues estábamos ansiosos de visitar un ingenio. Nos

dijo que precisamente él se dirigía a visitar una de sus propiedades, de la vecindad de Matanzas y que tendría mucho placer en que le acompañáramos durante los pocos días que iba a permanecer en ella. Le expliqué cual era nuestra situación: que había enviado mi tarjeta personal con las cartas y esperaba la contestación de un momento a otro. A lo que respondió:

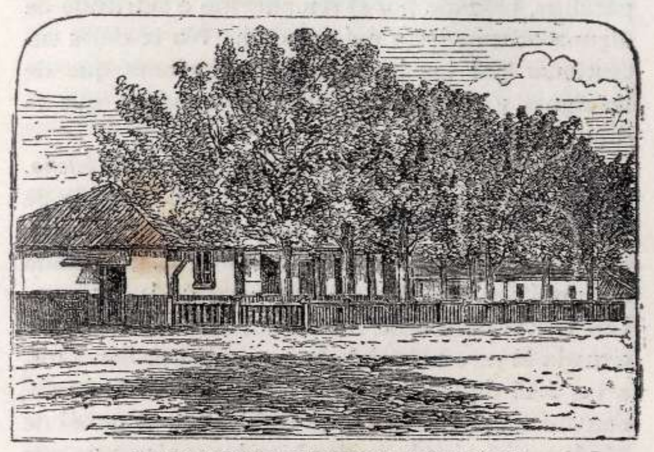
—Si ustedes quieren venir conmigo esta tarde, bien; si no, les enviaré mi carruaje mañana por la mañana; y si se deciden a pasar conmigo, aunque sólo sea un día, vengan, que *francamente* tendré mucho placer en verlos a ustedes. De todos modos mi carruaje irá a esperarlos, y si no pueden venir, nada habrán perdido.

Cambiamos nuestras tarjetas, y a la mañana siguiente fuimos a su posesión, donde pasamos un día y noche de la manera más grata, en compañía de nuestro hospitalario conocido. Residía habitualmente en la Habana, poseyendo una propiedad en las cercanías de Matanzas, con grande y buena casa, de amplia galería, frescos salones, sala de billar y una *cuisine* con que sostener la laboriosa (?) vida que se hace en Cuba.

Gracias, por otra parte, a nuestras cartas de presentación, tuvimos la oportunidad de visitar uno de los ingenios modelos de la Isla, el "Concepción", propiedad, como otros más, de la familia de Aldama, del cual era competente administrador el señor C... Nada más agradable que la manera como fuimos atendidos por caballero tan

cumplido como cortés. El señor C. . . es un noble ejemplar del hombre progresista de nuestra edad. Se hizo cargo del ingenio que administra, cuando otros lo habían dejado por improductivo y la familia propietaria sólo lo mantenía por un puntillo de honor. Recurriendo a los conocimientos científicos aplicados prácticamente, convirtió el ingenio en uno de los que pueden servir de modelo, y el mejor por su sistema, distribución y producción de cuantos he tenido ocasión de ver en Cuba. Aun la invención yanqui de un arado movido a vapor, se ha traído y aprovechado para vencer obstinadas dificultades del suelo, y durante mi visita lo ví funcionando frecuentemente y de manera satisfactoria. Algunos de nuestros plantadores del sur, con su sistema descuidado en la administración de sus haciendas de algodón, podrían tomar provechosas instrucciones de la manera sistemática y ventajosa con que es dirigido el ingenio "Concepción" Los barracones de los negros están construídos de manera que forman un cuadrángulo, en cuyo centro hay una fuente, en la que se pueden bañar; hay un limpio y bien organizado hospital, donde los enfermos son cuidadosa y científicamente tratados, y un interesante y divertido departamento destinado a los niños, donde los "pequeñines" a cargo de dos o tres viejas arrugadas, están en lugar seguro, fuera de peligro, en tanto sus padres trabajan. Atrajo también nuestra atención el cuidado que se tiene con el jardín, dotado de bosques de naranjos y sendas fragantes; así como

la manera científica con que se elabora el azúcar; y, si puedo decirlo sin desdoro de las leyes de hospitalidad, la mesa espléndida en la que pasamos tan gratas horas de conversación agradable, contribuyó



CASA DE VIVIENDA DEL INGENIO "CONCEPCION"

a grabar en nuestra memoria aquellos breves días que pasamos en el "Concepción" como los más placenteros de nuestro viaje.

¡Cómo cambian las cosas en este mundo! Desde que escribimos lo anterior, los acaudalados y cultos propietarios de aquel hermoso lugar, se han visto obligados a salir de su país, debido a la parte que tomaron en la "nueva causa", y todas sus valiosas propiedades han sido confiscadas por el Gobierno.

Si el viajero durante su estancia en Matanzas, desea visitar un balneario—de hecho la Saratoga

de Cuba—puede fácilmente hacerlo, cualquier día, tomando pasaje para Madruga. Hablando *entre nous, ¡oh, viajero!* te recomiendo que no lo hagas a menos de ser un inválido, aquejado de parcial parálisis, baldado por el reumatismo o sufriendo de alguna otra molesta enfermedad. No te dejes sugestionar por las brillantes descripciones que de las aguas y el lugar te hagan los cubanos, que te dirán:

—*Son magníficas; está en un lugar muy bueno.*

Madruga es un pequeño pueblo, al suroeste de Matanzas, a dos horas de viaje por ferrocarril, y a donde se puede ir dos veces al día, estando en una línea que sale directamente de la Habana. Los trenes parten de Matanzas, desde la estación situada al otro lado del río conocido por San Luís, a las 5.45 de la mañana y a las 2.30 de la tarde, empalmando en Sabana de Robles con el ramal de Madruga, debiendo cuidar bien los viajeros de que los billetes que adquieran sean para dicho lugar.

Madruga es simplemente un balneario y como tal es celebrado por sus aguas minerales, que ciertamente son muy beneficiosas, y aun maravillosas, si es verdad cuanto se dice de sus efectos. La temporada para el mundo elegante comienza a mediados de Abril, aun cuando durante todo el año acuden a tomar los baños gentes del pueblo y extranjeros.

Los hoteles por ningún concepto pueden ser clasificados entre los de primera clase, y son completamente distintos de aquellos a que estamos

acostumbrados; pero cualquiera que desee probar las aguas, puede hallar bastantes comodidades en el hotel conocido por "Depósito de Don Cidra".

A menos que existan motivos relacionados con la salud que puedan inducir al viajero a hacer allí una prolongada visita, de nuevo aconsejo a los que deseen ir que no se muevan de Matanzas con su equipaje, sin pensarlo bien "antes de dar el salto".

El doctor Wurdiman, considerado como una competente autoridad en materias de salud, dice en sus *Notes on Cuba* que Madruga, por su alta situación goza de aires mucho más frescos y agradables que el de las llanuras durante la primavera, cuando los vientos del suroeste son tan molestos; y que por lo mismo en dicha época del año es una buena residencia para los enfermos.

El pueblo es como todos los del campo siendo su mejor parte la que rodea la Plaza. Está situado en terreno alto, en un lugar bellamente ondulado, notable por sus condiciones sanas. Aparte de los baños, que son públicos, su único edificio notable se reduce a una pequeña y limpia iglesia. Los baños son propiedad del Municipio, habiéndole concedido tal merced don José O'Farrill, gobernador general, en 1820, a condición de que los mantuviera en orden y los atendiera debidamente. Están bajo la directa supervisión del capitán del distrito y sus reparaciones corren a cargo del Municipio, que tiene interés en conservarlos para atraer visitantes al pueblo.

Los baños están todos impregnados de más o menos cantidad de azufre, algún hierro y magnesia y potasa. Se asegura que obran maravillas en la curación del reumatismo, parálisis, dispepsia, escrófula y otras dolencias.

El baño "La Paila" es el más impregnado de las sustancias minerales y por lo mismo el de aguas de efectos más poderosos. El "Templado" es el más usado por los que empiezan a tomar los baños, haciéndolo luego en "La Paila". Es conveniente consultar a los médicos allí residentes antes de tomar los baños, pues un mismo tratamiento no es aconsejable para todas las personas o enfermedades.

Los baños se toman con placer, pues las aguas son casi frías. Las horas de la inmersión son por la mañana y después de la *siesta*, al mediodía, bebiéndose un vaso o dos de agua después de cada baño. Enfermos de todas las partes de la Isla acuden aquí, y no es muy agradable a veces el espectáculo que se ve cuando uno va a bañarse ante los casos de parálisis, reumatismo, etc., que nos impresionan dolorosamente.

Con agradables compañeros se puede, no obstante, pasar días gratos en Madruga, bañándose, paseando a caballo y subiendo hasta las cimas de los montes vecinos, desde las cuales se obtienen magníficas vistas. La del "Valle de la Gloria" desde la cima del monte "Copey", es muy hermosa, y sólo una de tantas que pueden interesarnos, gozándose en aquellas alturas de una muy agradable temperatura.

Hasta donde los ojos alcanzan, se ven los ondulantes cañaverales, obscurecidos aquí y allí por bosques o grupos de palmas; en tanto que en el primer plano se levantan las altas y blancas chimeneas de los ingenios empenachadas de negro



LOMA DE LA GLORIA

humo que se deshace en la atmósfera. En la lejanía, se divisa débilmente el mar, con el que parecen confundirse los distantes montes y montañas.

Hay ocasión de observar mucho de la vida primitiva en un pueblo como este, distante de las principales rutas de comunicación y alejado de las influencias del "gran mundo". Mientras estuve allí hubo dos entierros, que me dieron de "la

más triste de todas las escenas", una diferente idea de la que había recibido presenciando similares cecemonias en la Habana. Delante iban tres muchachos llevando túnicas de lienzo blanco sobre sus trajes, lo bastante cortas para dejar al descubierto sus destrozados pantalones y sucios zapatos; el del centro sostenía un largo palo, en cuyo extremo estaba una cruz de plata parcialmente cubierta



UN ENTIERRO

con un paño, en tanto que los otros dos llevaban grandes candelabros. Detrás venía el sacerdote, vistiendo hábitos desaseados, llevando en una mano su libro de oraciones, que leía cantando de vez en cuando, mientras en la otra mano, seguramente por calentar mucho el sol, sostenía una abierta sombrilla. Seguía al sacerdote, un venerable an-

ciano, de paso vacilante, personificando al antiguo acólito, el campanero, el sacristán o cualquier otro funcionario de la iglesia, que iba cantando con triste voz, haciendo como de *segundo* a los cantos del sacerdote, a la vez que agitaba arriba y abajo un incensario encendido. Luego hizo su aparición el sarcófago, formado de toscas tablas, cubiertas con lustrina negra, descansando sobre los hombros de cuatro vecinos, a los que seguían buen número de personas del pueblo. Aquí, al igual que en todos los países católicos, los espectadores se descubren al pasar el cortejo fúnebre. Seguí a éste hasta dentro de la iglesia, donde se efectuaron las consiguientes ceremonias de lectura de las oraciones, con velas encendidas, y rociamiento del sarcófago con agua bendita; después de lo cual el sacerdote emprendió la marcha, seguido de todo el cortejo, dirigiéndose al ruinoso y descuidado cementerio, donde el sarcófago fué depositado sin más ceremonia en una fosa recién abierta. Ninguna mujer asistió a las descritas ceremonias del entierro.

Este humilde entierro era bien diferente de los que se pueden ver en las grandes ciudades de la Isla, particularmente en la Habana, con la ostentosa colocación del cuerpo del fallecido sobre un suntuoso catafalco o colocado dentro de una urna de cristal, sus llorosas y chillonas mujeres, su larga fila de carruajes y sus distintas ceremonias, que se encarga de organizar y efectuar una "agencia funeraria".

Cuando una familia en Cuba está de luto, no

sólo se viste con ropas negras sobre las que no puede haber nada que brille, sino que además se mantienen cerradas las ventanas de la casa durante seis meses. En la actualidad, por una disposición de las autoridades, se prohibe exponer a la vista del público los cadáveres tendidos en las casas, debiéndose cerrar las ventanas y puertas que desde la calle puedan permitir la vista de aquéllos.

El viajero puede salir de Madruga, en dirección a la Habana o Matanzas, dos veces al día, mañana y tarde. Camino de la Habana se pasa por el pequeño y hermoso pueblo de Güines, donde acostumbran veranear bastantes personas. No hay allí ningún atractivo particular, excepto el que ofrece la natural belleza del pueblo y sus alrededores, que se pueden visitar a caballo o en coche. El camino hasta la Habana atraviesa muy hermosos lugares y en medio de un paisaje espléndido, que hace grato el viaje.

Cerca de Matanzas, en el camino de Bemba, se encuentra el pequeño y bonito pueblo del Limonar, uno de los lugares más agradables de la Isla, muy propio para los delicados de salud, por su aire fresco y vigorizante. Desde allí puede fácilmente irse a los baños sulfurosos de San Miguel, que durante los meses de primavera se ven muy concurridos por los habitantes de aquel distrito.

Desde Matanzas pueden hacerse varias gratas excursiones a lugares cercanos, en los que siempre se goza de espléndidos panoramas; y a esto principalmente se debe que la agradable estancia en

la ciudad de Matanzas sea tan popular entre los extranjeros.

Después del Yumurí, una de las más extensas y atractivas vistas, es la que se obtiene desde la loma del Paraíso, contemplándose el valle de la Magdalena. Ofrecemos al lector una ilustración de tan magnífico panorama.

Imaginad un espacio de unas quince millas de extensión, rodeado de veladas montañas, en un



VALLE DE LA MAGDALENA

terreno levemente ondulado con montes cubiertos de vegetación, que sirven como de lugares de descanso para los ojos; graciosos grupos de palmas y otros árboles, y los pintorescos edificios de un inmenso número de ingenios; todo limitado en la lejanía por la ciudad de Matanzas, con su bahía

y embarcaciones, más allá de la cual se divisa un casi atmosférico mar que se une con el azulino cielo.

Si el viajero, estando en Matanzas, desea visitar Cárdenas o Sagua la Grande (y si atiende mi consejo no visitará ninguna de las dos, a menos que los negocios le obliguen a ello), puede escoger dos rutas: por ferrocarril o por vapor. No es recomendable esta última, por ser los buques pequeños y sucios y los viajes irregulares.

En Cárdenas el único hotel digno de tal nombre es el de Mr. Woodbury. Aun cuando su mesa es sencilla, resulta confortable por sus nuevas camas y limpias habitaciones.



CAPITULO XXIV

CARDENAS, SAGUA Y VILLACLARA.—Contados atractivos para merecer un viaje.—Rogativas para las almas del Purgatorio.—Camino.—Cárdenas.—Historia, negocios y apariencia.—Camino de Sagua.—Descripción de Sagua.—Camino a Villa Clara.—Descripción de la misma.—Magnífico lugar azucarero.—Flor de Cuba.—Descripción de la misma.—Camino de Cienfuegos.—Descripción de la misma.—Niños que hablan inglés.—Singular manera de conseguir un almuerzo.—Desplumando pollos.—Hoteles.—Camino de la Habana.—

El viajero que venga a Cuba observará en casi todas las iglesias un cepillo de pobres,—parecido al que aparece a la cabeza de este capítulo,—con una inscripción en la que se solicitan "limosnas para las almas del Purgatorio"; y si está a punto de visitar Cárdenas, Sagua la Grande o Villa Clara, lo mejor que puede hacer es depositar una pequeña contribución en cualquier cepillo en beneficio de su propia alma.

Cárdenas, calificada de ciudad americana, está



CARDENAS

situada directamente frente al mar, aunque se ve protegida por una lengua de tierra que se extiende hacia el noroeste de la población, formando en cierto modo una bahía, en cuyas aguas siempre hay más o menos buques. La ciudad tiene unos treinta mil habitantes, y en cuanto a los negocios, puede considerarse una plaza bastante floreciente, siendo el depósito y el lugar de embarque del gran distrito azucarero que la rodea. Está construída con regularidad, siendo sus calles anchas, y presume de su apariencia, teniendo una gran plaza en el centro de la población, en la cual se levanta una estatua broncínea de Cristóbal Colón. Fué fundada en 1828, y no obstante lo reciente de la fecha, es una de las poblaciones más prósperas de la Isla, debido, se me asegura, a un buen número de norteamericanos que aquí se dedican a los negocios y que forman una gran proporción de la comunidad mercantil.

La ciudad se enorgullece de poseer una iglesia, varios cafés y un número de bien construídos muelles, algunos de los cuales se extienden hasta gran distancia dentro del mar, para facilitar la carga de los buques, pues en muchas partes de la llamada bahía las aguas son poco profundas. Es la cabecera del distrito militar y está unida a la Habana por el ferrocarril de Matanzas y por una línea de vapores, con dos salidas a la semana. Se asegura que la ciudad es generalmente un lugar fresco, gozando del beneficio de las brisas del océano que la baten directamente; pero mi experiencia y la

cajas de azúcar de la mejor calidad, y mil quinientos bocoyes de *mascabado*.

Corren trenes diarios en la línea de Coliseo desde Cárdenas a Matanzas, empalmando en aquel lugar con los trenes de la tarde para la Habana. Hay además un tren especial, si no estoy mal informado, que sale a las seis de la mañana, que llega a Matanzas a tiempo para tomar el tren que sale para la Habana a las 10.30.

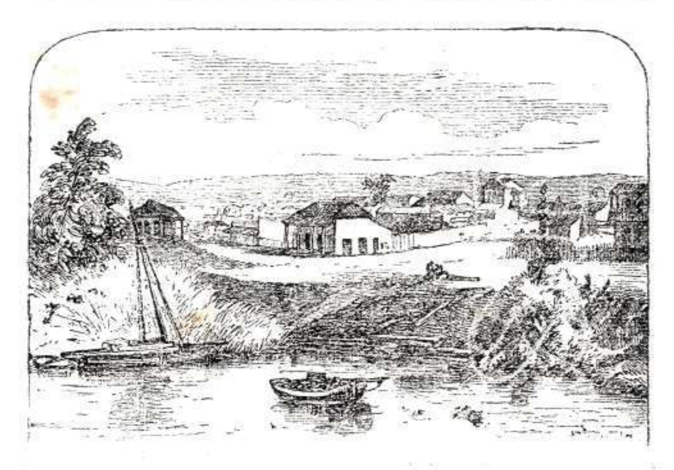
Hay igualmente varias líneas de vapores que salen de Cárdenas para distintos puntos. Para la Habana, los miércoles y los sábados a las 7 de la noche, llegando a la capital al amanecer del siguiente día, costando el pasaje cuatro pesos veinticinco centavos. Los buques son pequeños y sucios, sin camarotes ni comodidades.

Para Sagua la Grande salen los vapores los miércoles y domingos a las 8 de la noche; y como constituyen el único medio de comunicación con dicho lugar, no cabe escoger.

Sagua la Grande es lo que llamamos un pueblo grande, con una población de siete mil almas, situado a alguna distancia del mar y a siete leguas de la desembocadura del río de su nombre. La separan de la Habana setenta y seis leguas. Es un mísero lugar, con un hotel bien malo. Está en comunicación por ferrocarril con Villa Clara y Cienfuegos, y tocan en su puerto varias líneas de vapores, a intervalos irregulares.

El hotel "Las Cuatro Naciones", está muy mal dirigido; pero hay una especie de Club de

comerciantes y hombres de negocios que tienen allí un comedor y un cocinero propio y comen bien. Si el extranjero tiene la fortuna de tener amistad con alguno de sus miembros y se le permite tomar asiento en su mesa, se verá bien servido. De todos modos, aconsejo al infortunado viajero



SAGUA LA GRANDE

que se haya aventurado hasta los límites de aquel pueblo, que salga de él lo más antes posible, lo que puede hacer en el primer vapor que se dirija a la Habana, o cruzando la Isla en dirección a Cienfuegos, si desea visitar esta parte de Cuba. Los trenes para Cienfuegos salen diariamente, al mediodía, llegando a las seis de la tarde. Lo mejor es inquirir antes la hora de la salida, pues a veces varía.

Santa Clara o Villa Clara, como es ahora más comúnmente llamada, está situada en el interior de la Isla, a setenta y dos leguas de la Habana, y en la línea férrea que va a Cienfuegos. Es un pueblo muy antiguo, habiendo sido fundado en 1689, contando en la actualidad unos once mil



VILLA CLARA

habitantes, bastantes de los cuales son personas de gran riqueza. Sus mujeres son celebradas por su extraordinaria belleza. Para los extranjeros que en sus andanzas llegan hasta él, resulta de escaso interés. El terreno que lo circunda es algo llano, y sus ingenios no son tan grandes como en otros lugares de la Isla. No encuentra el viajero lugares apropiados de alojamiento, excepto en las

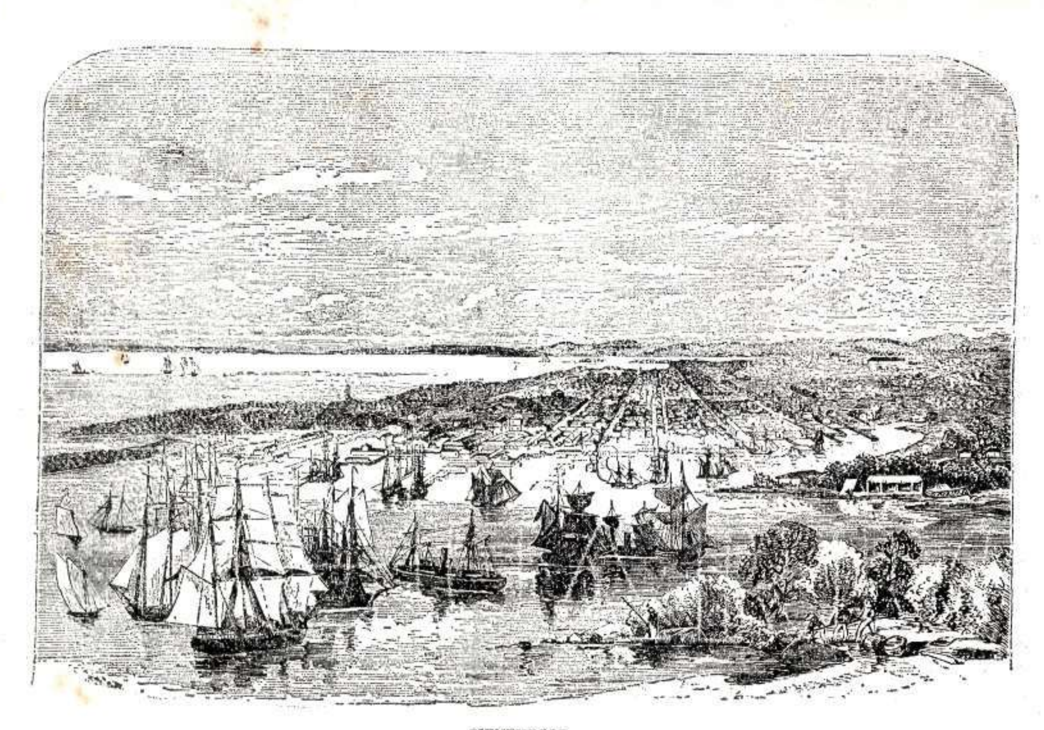
usuales *fondas* pueblerinas, la mejor de las cuales allí es "El León de Oro".

Entre Villa Clara y Cienfuegos hay dos trenes diarios, saliendo el de la mañana a las seis y el de la tarde a las 3.30.

Si el viajero que ha llegado a Villa Clara desea visitar Cienfuegos o la costa Sur durante su estancia en la Isla, lo mejor es que tome la línea transversal en vez de volver a la Habana; en primer lugar, porque ahorra tiempo, y en segundo porque evita recorrer de nuevo la poco agradable ruta de Sagua y Cárdenas. Una vez en Cienfuegos, puede de manera bastante fácil y placentera volver a la capital utilizando los buenos vapores que navegan por la costa sur hasta Batabanó, tomando en éste el tren que en pocas horas le conducirá a la Habana.

El camino de Villa Clara a Cienfuegos atraviesa una magnífica sección del país, cuyos ingenios son los que rinden mayor producción de azúcar y mieles, que van a sus respectivos mercados por la vía de Cienfuegos.

La población, en algunos aspectos, se asemeja a Cárdenas. Radican en ella cierto número de comerciantes americanos y es celebrada por el celo y espíritu emprendedor de sus hombres de negocios. Está situada en la hermosa bahía de Jagua, una gran extensión de agua, con magnífica entrada y suficiente profundidad para que dentro de ella anclen los buques de mayor tonelaje. Aumentan su belleza las cordilleras de montes que la rodean.



CIENFUEGOS

Trazada regularmente, con calles que generalmente forman ángulos rectos unas con otras, y con buenos edificios que se extienden desde la playa de la bahía, la ciudad ofrece una bonita apariencia vista desde la cubierta del buque. Sus habitantes se elevan a once mil, posee una antigua iglesia, un buen edificio que ocupa el comandante del distrito, algunas hermosas casas particulares y la mayor Plaza, según creo, de cuantas existen en Cuba. A cada extremo de la avenida principal de esta Plaza, se han erigido bellas estatuas, en cuyos pedestales hay inscripciones alusivas a las mismas. La que está en el extremo oeste nos informa que este es el *salón* (paseo) del capitán general Serrano; la del otro extremo, nos entera que el señor brigadier general don Luis de Clouet, fué el fundador de Cienfuegos, quien al parecer, fué un coronel *emigré* de la Louisiana.

Paseando por la plaza, encontré algunos niños con los libros de colegio bajo los brazos. Como sólo eran las siete de la mañana, les pregunté a donde iban tan temprano. Una viva niñita de ojos negros me replicó:

—Vamos a la escuela. Tenemos clases de siete a nueve de la mañana y de cuatro a seis por la tarde, porque no podemos estudiar cuando hace mucho calor.

—¿Y qué es lo que aprendéis?—inquirí.—¿Os enseñan algo acerca de los Estados Unidos?

—¡Oh, si, señor! Yo sé mucho de los Estados Unidos, y también puedo hablar inglés.

Acto seguido me preguntó en inglés si yo era americano. Nadie, excepto el que lo ha experimentado, puede darse cuenta del placer que causa oir hablar su lengua nativa en un país extranjero, y por boca de una inocente criatura.

Relativamente, poco hay de interesante para un extranjero en Cienfuegos, y las comodidades en los hoteles son muy limitadas (1).

Nunca me ví tan fuertemente impresionado por la peculiaridad del carácter español, que cuando estuve en el hotel "La Unión" de Cienfuegos. Debo decir a los viajeros que visitan Cuba, que si desean algo, o cualquier información, de diez veces, nueve tendrán que enseñar al hombre que les sirve lo que desean. He aquí un ejemplo: Mi amigo y yo habíamos salido de paseo temprano por la mañana, y no deseando esperar desde las siete hasta las once que era la hora regular del almuerzo, determinamos ir a "La Unión" y comer algo para sostener nuestros vacios estómagos. A la puerta estaba el *mozo*, que nos introdujo en el salón de manera digna y graciosa, diciéndonos:

—Buenos días, *caballeros.*

—Lo mismo le deseamos, *mozo.*

—¿Qué es lo que desean tomar los señores, café o chocolate?

—Nada de eso; deseamos almorzar.

(1) Desde que esto fué escrito, me entero de que cuenta ahora Cienfuegos con un buen hotel, llamado "La Unión", que ocupa un edificio expresamente construído para él.

El mozo, con una expresión de extrañeza en su semblante, contesta:

—¿Almorzar, señor? ¡Si no son más de las siete!

—Esto no importa. ¿Qué es lo que hay para almorzar?

—Nada, señor; es demasiado temprano.

—No le hace, hombre. Puede usted servirnos algo. ¿No es eso? Estamos hambrientos.

—No, señor, es *imposible.* No tenemos nada.

—¡Nada! Veamos. ¿No hay pan?

El mozo rompe a reir a la idea de que no haya pan, y replica:

—¿Pan? Ya lo creo, y en abundancia.

—¿No hay huevos?

—Desde luego, señor (algo amoscado). Siempre hay huevos.

—Bien, entonces, suponed que se batan para hacer una tortilla. ¿No puede hacerse?

—Oh, sí, señor; el cocinero hace muy buenas tortillas.

Empecé a sentirme feliz y tomando valor me atreví a insinuarle:

—Entonces, mi amigo, no me sorprenderé si usted nos manda hacer una tortılla con guisantes.

—Cieıtamente, señor, si tal cosa es su deseo.

Vase el hombre para dar la orden, mientrıs comentamos divertidos el proceso de "sacacorchos" a que he tenido que recurrir para obtener algo que comer, y determinamos perseverar en él para obtener algo más.

Vuelve el mozo.

—Oiga, mozo, las ostras de aquí son muy buenas. ¿No habrá algunas dentro de sus conchas?

—¡Oh!, sí, señor, tenemos magníficas ostras, frescas, sacadas del mar esta misma mañana, y conservadas sobre el hielo, señor.

—Sin embargo, ¿no será demasiado temprano para comerlas ahora?

—¡Oh, no, señor! A *todas horas* puede comer ostras, si lo desea.

—Bien, nos agradaría disponer de algunas, si además puede conseguirnos una botella de Sauternes; pero. *desde luego* no habrá vino tan temprano por la mañana, ¿no es eso?

El mozo, completamente desorientado, pero a la vez dándose cuenta del juego, replica:

—Puede usted tener todo lo que desea, señor.

Y ¡por Júpiter! que a los pocos minutos nos hallábamos sentados frente a un pequeño *dejeuner* tal como podían apetecerlo dos jóvenes hambrientos. Estaba yo sentado de espaldas a la ventana. Mi amigo, que no entendía español, me dijo de pronto:

—¿No ha ordenado usted también un pollo?

—No—contesté—¿por qué?

—Bien, mire tras de usted; llegué a figurarme que *ese* pollo era para nosotros.

¡Madre de Dios! Había allí un muchacho negro, con un hermoso y grande pollo, al que fríamente le arrancaba las plumas, estando el pobre animal todavía vivo y pataleando. *¡Cosa de Cuba!*

El agua de la bahía es notable, por el hecho de tener un hermoso color verde transparente, a

través del cual puede verse el fondo cubierto de fina y blanca arena, no obstante su gran profundidad. La carga y descarga de los buques se hace fácilmente poi medio de un ferrocarril circular que recorre el muelle. Los buques atracan a éste, cerca del almacén, el vagón de carga llega hasta allí, y después de lleno se lleva a un gran tinglado o almacén, donde los descargan trabajadores medio desnudos, al resguardo de los rayos solares.



¡COSA DE CUBA!

Los trenes salen de Cienfuegos en dirección a Villa Clara y Sagua la Grande, dos veces al día. Lo mejor es tomar el de las 6.20 de la mañana, que llega a Cruces a las 7.28. De allí el mismo tren se dirige a Villa Clara y vuelve a Cruces antes de que los pasajeros tengan oportunidad de seguir viaje a Sagua, lo que implica una demora de tres horas en dicho lugar.

Varias líneas de vapores hacen escala en Cienfuegos, y están en conexión con los trenes de la Habana a Batabanó, Trinidad, Santiago de Cuba, Isla de Pinos, etc. Todos son muy buenos buques, grandes, rápidos y con comodidades.

través del cual corre el [illegible] de vino y blanca arena, con objeto de darle gran profundidad. La carga y descarga de los buques se hace fácilmente por medio de un ferrocarril circular que recorre el muelle. Los buques atracan a este través del almacén, el vagón de carga llega hasta allí, y muchas de llenos se lleva á un gran tinglado ó almacén, donde los descargan trabajadores muchas veces, al resguardo de los rayos solares.



[illegible] EN CIENFUEGOS

Los trenes salen de Cienfuegos en dirección á Villa Clara y Sagua la Grande dos veces al día. Lo mejor es tomar el de las 5.20 de la mañana, que llega á Cruces á las 7.28. De allí diariamente tren se dirige á Villa Clara y Sagua, á fin de que los pasajeros tengan oportunidad de seguir viaje á Sagua, lo que implica una demora de tres horas en dicho lugar.

Varias líneas de vapores hacen escala en Cienfuegos, y están en conexión con los trenes de la Habana á Batabanó, Trinidad, Santiago de Cuba, Isla de Pinos, etc. Todos son muy buenos buques, grandes, rápidos y con comodidades.



CAPITULO XXV

Vuelta Abajo, Guanajay.—Descripción de la Vuelta Abajo. —Ruta.—Guanajay.—Destrozo del equipaje.—Hospederías cubanas.—Cultivo del tabaco.—Hermosos cafetales.—Cabañas de negros.—El "plátano".—San Antonio de los Baños.—Las volantas en el campo.—Palmeras, sus variedades y usos en Cuba.—

Cuba se divide, de manera casi indefinida, en dos porciones desiguales: la de "Vuelta Arriba", o valle alto, y la de "Vuelta Abajo", o valle bajo (1). Parece ser que el uso es el que ha fijado los términos, comprendiendo la "Vuelta Abajo" todo el fértil terreno bajo que se extiende al oeste de la Habana. Sea como quiera, es lo cierto que sólo de esta sección proviene el verdadero tabaco de Vuelta Abajo, y es allí donde no sólo crece caña sino que también se cultiva el café.

---

(1) El autor, como ya habrá observado el lector, aplica aquí erróneamente la palabra "valle".—(*N. del T.*)

Para el viajero que desee ver alguna porción del tan afamado valle, los mejores lugares son Pinar del Río, cerca de los baños de San Diego, o Bahía Honda, en la misma localidad, los cuales son los únicos fácilmente accesibles en vapor.

Una idea del país y de las producciones de peculiares localidades, puede obtenerse de manera más agradable tomando el tren de la Habana que se dirige a la bonita villa de Guanajay, que es un centro desde el cual, con la ayuda de un buen caballo, puede cualquier día recorrerse el terreno circundante y observar directamente el cultivo del tabaco, las plantaciones de café y los ingenios de azúcar.

Los trenes salen de la Habana, de la estación de Villanueva, extramuros, cada mañana a las 6.45, llegando a Guanajay a las 8.45, disponiéndose allí de amplio tiempo para almorzar. El tren de la tarde abandona la Habana a las 3.40, para llegar a las 5.45 a Guanajay.

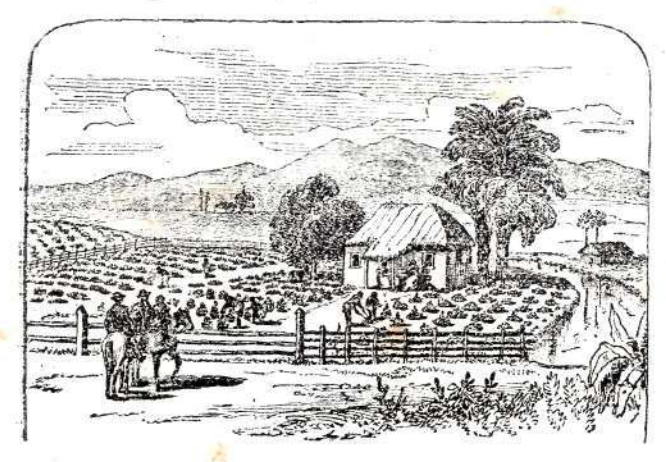
No habiendo que escoger, nos alojamos en el hotel de Carrera y compañía, cuyo exterior parece responder a la idea de inspirar confianza, sentimiento que se desvanece cuando se nos introduce en la *salle á manger*. Con todo, no te desanimes, mi amigo querido, "no es tan malo como parece" es una apropiada frase muy usada en Cuba. Así, después de hacer entender al hostelero que deseáis una buena habitación, una buena mesa y todo lo demás en excelentes condiciones, os llevará más arriba de donde se aloja la demás *gente*,

a las regiones aéreas del edificio, pasando durante la ascensión al través de un establo y de una cocina, hasta dejaros en una espaciosa sala del segundo piso, donde os veréis agradablemente sorprendidos al encontrar una limpia mesa, un pórtico fresco con vistas a una bonita galería, y un tolerable dormitorio. Por todo lo cual, y disponiendo de vuestras comidas en privado, cuando las deseéis, con la añadidura de una botella de buen vino francés en cada comida, os cobrarán dos pesos y medio por día.

Guanajay es una pequeña y lindísima villa situada en la gran vía de comunicación que atraviesa la Vuelta Abajo. Tiene una población de unos cuatro mil habitantes, posee una muy bonita plaza pública, alrededor de la cual están algunos imponentes edificios. Ocupa el corazón de una hermosa porción del país, a doce millas del mar. Al norte, entre ella y el mar, hay varios ingenios de importancia, bellamente situados en terrenos ondulados que se extienden hasta los mismos bordes del océano, sobre los que están los pueblos del Mariel y Cabañas, en bahías de los mismos nombres, y con una población de un millar de habitantes cada uno.

Decid a vuestro complaciente hostelero que deseáis ver un *ingenio*, *cafetal* o *vega* y que para ello queréis disponer de una buena volanta y de un cochero que conozca los caminos. Para evitar disputas ulteriores, estipulad por anticipado *cuánto* tendréis que pagar.

Las mejores *vegas*, o sea fincas donde se cultiva el tabaco, están comprendidas dentro de una estrecha área en la parte suroeste de la Isla, de unas setenta leguas de largo por siete de ancho, cerrada



VEGA DE TABACO

en el Norte por montañas y en el suroeste por el océano. Pinar del Río es el principal lugar del distrito.

Las *vegas* se encuentran generalmente en las márgenes de ríos, o en terrenos bajos y húmedos, ocupando ordinariamente no más de una *caballería*, que viene a ser teinta y tres acres. La mitad del terreno se dedica también frecuentemente al cultivo de la planta conocida por *plátano*, que puede decirse es el pan de las clases bajas. Cultívanse además frutos menores.

Los edificios que se construyen en dichos lugares son: una casa para vivienda, una casa para secar el tabaco, y quizás una o dos cabañas, a las que se denomina *bohíos* hechos de la manera más primitiva, donde se cobijan los trabajadores, que en las vegas mayores ascienden a veinte o treinta, no siempre negros, pues a esta clase de trabajo parece que se dedican las clases inferiores blancas. En algunas de las vegas más grandes hay un *mayoral*, un hombre que tiene por misión vigilar a los negros y dirigir los trabajos agrícolas. Pero por regla general el *veguero*, que no es siempre el dueño de la tierra, sino un simple arrendatario, vive en el lugar y dirige personalmente las labores.


PLATANO

Guiado por los resultados de una larga experiencia, transmitida por sus antecesores (dice un escritor español), el agricultor conoce, sin que se lo sepa explicar científicamente, la manera de aumentar o disminuir la fortaleza o la suavidad del tabaco. Su mano derecha, como si fuera guiada por un instinto, sabe qué brotes hay que arrancar para poner un límite al desarrollo o crecimiento

de la planta, o qué poda es necesario hacer para dejarle sólo las hojas de mejor calidad. Pero el principal cuidado, al que dedica la mayor parte de sus horas de vida, es el exterminio de los voraces insectos que atacan a la planta. Uno de estos insectos, llamado *cachaga*, elige por domicilio la parte inferior de las hojas; el *verde* la ataca por los extremos de la hoja; el *rosquilla*, roe el corazón de la planta y todos causan más o menos daño.

El veguero pasa noches enteras, provisto de luces, librando a los brotes que comienzan a abrirse de los destructivos insectos. Todavía tiene que librar una más ruda batalla contra peores enemigos, las *bibijaguas*, una especie de hormigas de gran tamaño, propias del país, que son para el tabaco lo que la langosta para el trigo. Esta plaga es tan grande a veces, que se ofrecen rogativas y especiales adoraciones a San Marcial para que se digne exterminar a tan temibles hormigas.

La planta del tabaco, cuyo nombre original fué *cohiba*, crece a una altura de seis a nueve pies, según se le permita, con hojas oblongas y anchas. El tabaco resulta más fuerte cuando se le dejan menos hojas a la planta. Las hojas tiernas tienen un color verde obscuro y una apariencia suave, pero con el tiempo adquieren un color verde amarillento.

Los cubanos dividen las hojas en cuatro clases: primera, *desecho*, o *desecho limpio*, que son las inmediatas al remate de la planta y que constituyen la mejor calidad, por el hecho de que son

las que más se benefician de los rayos solares durante el día y del rocío durante la noche; segunda, *desechito*, que son las próximas a las anteriores; tercera, la *libra*, *inferior* o *pequeña*, hojas cercanas al remate de la planta; y cuarta, *injuriado*, o sean las más próximas a la raiz.

El tabaco de mejor calidad, tal como se produce en las vegas escogidas de Vuelta Abajo, se conoce por su tinte de un rico castaño obscuro, libre de manchas, quemando perfectamente cuando se le elabora en tabacos, dejando una ceniza blanca de tanta persistencia, que a veces perdura hasta casi consumirse el tabaco.



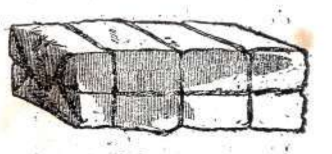
COHIBA

De la clase llamada *injuriado* hay de tres calidades, siendo la mejor el llamado *injuriado de reposo*, y a las otras se las distingue con las palabras *primeros* y *segundos*. En el tabaco de las clases *desechito* y *libra*, cuyas hojas no son perfectas, hay el llamado *injuriado bueno*, y el resto, de tan mala calidad y con tales roturas que no puede utilizarse como envoltura, se le llama *injuriado malo*. En el comercio, las diferentes calidades de tabaco se

designan simplemente con números, en vez de usarse los nombres antes mencionados.

Después de la recolección y preparación del tabaco, se forman lo que se llaman *gavillas*, reunión de treinta o cuarenta hojas del *injuriado* y de unas veinticinco del *libra*, atadas juntas; las gavillas, en número de cuatro, se juntan para formar los *manojos*, atadas aquéllas con tiras de *guano* (hojas de palma); la unión de cincuenta a





MANOJO GAVILLA TERCIO

ochenta manojos componen el *tercio*, o bala, en cuya forma se transporta el tabaco a los carros de carga de los trenes a lomo de mulas, llevando cada mula dos tercios, que por término medio pesan cada uno doscientas libras.

Ciertos terrenos cercanos a la Habana tienen el honor de haber sido el primer lugar en que se cultivó el tabaco. Este cultivo comenzó en 1580, aun cuando no empezó a usarse el hoy afamado nombre de Vuelta Abajo hasta 1790, y se desarrolló muy rápidamente en la Isla. Se asegura, de buena autoridad, que en 1827 había cinco

mil quinientas treinta y cuatro plantaciones de tabaco, que ascendieron en 1846 a más de nueve mil y en 1859 a unas diez mil, lo que pone de manifiesto un notable y progresivo aumento. Se estima que en la actualidad, la cosecha en la pequeña porción de la Isla dedicada al cultivo del tabaco, tiene un valor de dieciocho a veinte millones de pesos anualmente.



CONDUCIENDO LOS TERCIOS

Una *caballería*, o sean treinta y tres acres de terreno, produce unas nueve mil libras de tabaco, en las siguientes proporciones en cuanto a la calidad: cuatro cientas cincuenta libras de *desecho*, o sea el mejor; mil ochocientas libras de *desechito*, o de segunda clase; dos mil doscientas cincuenta libras del *libra*, o de tercera; y cuatro mil quinientas libras del *injuriado*. Por las anteriores cantidades, y considerando que la bala o *tercio* contiene cien libras de tabaco, vendiéndose al precio medio de veinte pesos el tercio (estimando por

lo bajo, pues las cosechas de ciertas vegas se venden, a veces, hasta a cuatrocientos pesos por tercio), se obtendrá una idea aproximada del provecho que rinde una gran plantación, en un buen año.

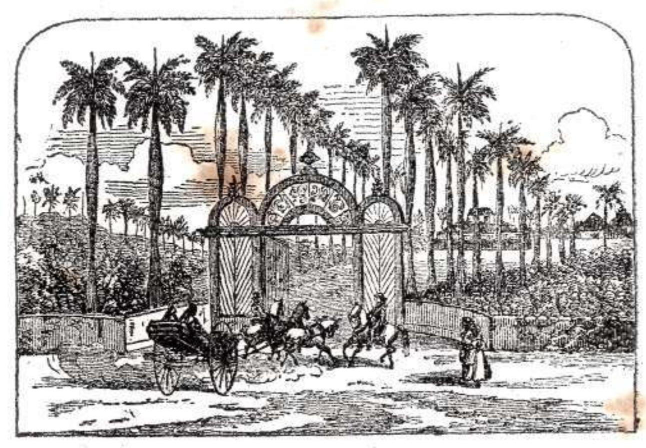
San Antonio de los Baños es un bonito pueblecito, dotado de buenas casas y con una población de cinco mil habitantes, situado a una distancia de veintitrés millas de la Habana, y en comunicación con ésta por el ferrocarril de Guanajay. Cuenta con aguas minerales y baños, siendo frecuentado como un lugar de veraneo por los habaneros. Cerca está el distrito de Alquizar, celebrado por sus excelentes cafetales, que el extranjero puede visitar alquilando una volanta en San Antonio, y diciendo al cochero que le lleve al *cafetal más próximo*.

El grabado que ilustra la siguiente página dará una idea del aspecto general de uno de esos cafetales, con su soberbia entrada y avenida de *palmas reales*, y, a regulares intérvalos, sus hileras de naranjos, plátanos y otros árboles, cuyos dorados frutos forman un fuerte y notable contraste con las hojas verdes del café.

La volanta con tres caballos es la manera peculiar de viajar en el campo; montando el *calesero* en uno y guiando a los otros dos, pero los tres en el mismo frente. Las señoras van reclinadas, a su gusto, en el coche, escoltadas por su montado y siempre atento *caballero*.

La palmera es probablemente el más útil a la vez que el más bello árbol de la Isla de Cuba, y

se encuentra en cualquier porción de ella, prestando carácter y encanto al paisaje. La llamada *palma real* es sólo una de las veintidos variedades conocidas de esta majestuosa familia en los trópicos. Sus pencas se doblan airosa y graciosamente desde la copa de un tronco cilíndrico de quince



UN CAFETAL

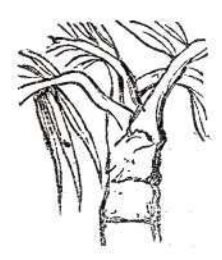
a veinte yardas de altura; en el centro de las pencas se halla el *cogollo*, que se eleva perpendicularmente, con su afilado extremo parecido al de un pararrayos. Dentro de este cogollo, que envuelve hojas blancas y tiernas, se encuentra el *palmito*, con el que se hace una muy deliciosa y nutritiva ensalada; también se cocina, al igual que la coliflor y se sirve con una delicada salsa blanca. De las dos maneras es un manjar agradable y su-

culento. Las pencas, en número de veinte a veintidos, están aseguradas al tronco por una especie de escama llamada *yagua*. Al pie de las pencas salen pequeños botones, que se abren en delicados haces de diminutas flores, seguidas del fruto o semilla, que se utiliza como alimento para las piaras de cerdos; igualmente lo usan como substituto del café las clases más pobres en algunas partes de la Isla.



COGOLLO

El tronco de la palma es un cilindro o tubo, lleno de fibras lechosas, que rasgadas en tiras desde la cumbre a la base, y debidamente secadas, se hace con ellas unas estrechas y delgadas tablas que utilizan los campesinos para formar las paredes de sus rústicas viviendas; en tanto que las pencas les sirven para techos de las mismas. Para este último propósito también usan las hojas de *guano*, nombre genérico que se da a todas las palmas, exceptuando la *palma real*, el *corojo* y el *coco*.



EXFOLIACION

Las *yaguas* sirven para techos y para forrar las paredes de los bohíos, y su uso es general entre los campesinos, para formar toda clase de cobertizos. Se utilizan igualmente para cubrir los tercios de

tabaco, así como otros productos. Rasgada la yagua en estrechas tiras, sustituye al cordel para atar los paquetes.

El *yarey* es otra de las palmas que amerita especial atención, pues con sus hojas se hacen excelentes sombreros, cuyo uso es muy común entre la gente del campo y aun la que vive en los pueblos. La elaboración de los mismos constituye una importante industria, a la que se dedican principalmente las mujeres, que ganan de uno a dos pesos por sombrero.

Todavía hay otra palma muy útil: la conocida por *miraguano*, de la que se obtiene una especie de musgo que en el campo se usa para rellenar almohadas y colchones, donde se conocen tales artículos.

[illegible] naranja. [illegible]
[illegible] para
[illegible].

[illegible] de las palmas [illegible]
[illegible], pues con sus hojas se hacen [illegible]
[illegible] es muy común entre
[illegible] y [illegible] en los [illegible].
[illegible] una im-
portante industria, á la que se dedican [illegible]
[illegible] de uno á dos [illegible]
[illegible].

Todavía [illegible] es muy útil. [illegible]
[illegible] una [illegible]
[illegible] en el campo se usa [illegible]
[illegible] y [illegible]
[illegible].



CAPITULO XXVI

La vida en un Ingenio (1).—Contratando caballos.—Nuestro guía.—Viajando de noche.—Tempestad tropical.—Azúcar a lo cubano.—Los Ingenios de noche.—Domando el caballo.—Una nueva historia de Colón.—"Soy americano".—Un cielo para descanso.—Hospitalario recibimiento.—Hacendados cubanos.—Residencias campestres.—Vida en el campo.—Peculiaridades.—Cómoda existencia.—Baños de mar por la mañana.—Agradables escenas.—Nuestra vida diaria.—Oliendo azúcar.—Un día de fiesta con el Mayoral.—Ginete corpulento.—Bellos paisajes.—Tomando por asalto una casa.—Valle de las Delicias.—Ingenio San Martín.—A casa a comer.—Diversiones nocturnas.—Ponche de guarapo.

Armado con las cartas de presentación del propietario de un hermoso ingenio, dirigidas a su *administrador*, e igualmente con una esquela privada para el primer maquinista, decidimos, una bella noche, presentarnos a los aludidos en persona,

(1) Las experiencias a que se hace referencia en éste y el siguiente capítulo, son el resultado de visitas a varios de los mejores ingenios, en diferentes partes de la Isla.

para una visita de algunos días. Preparados convenientemente, suplicamos a nuestro hostelero nos procurara coche o caballos.

—¿Esta noche, señor?—nos objetó.—Es imposible; será mejor que esperen a mañana.

—No, debe ser esta noche, para aprovechar las horas de fresco. Partiremos a las seis.

—Pero, ¡por todos los santos del cielo, caballeros! Son cinco horas de recorrido, por un mal camino, y por añadidura la noche se presenta fea.

—No nos preocupa. Podemos andar diez leguas si es necesario. Tendremos luna, y aunque llueva un poco, no le hace.

Creyendo seguramente que nuestra partida disminuiría el monto de la cuenta que pensaba cobrarnos por una más prolongada estancia, añadió:

—Les costará muy cara una volanta, caballeros.

—No importa. Envíenos el hombre y trataremos con él de los precios.

A la media hora vimos llegar una especie de coche tirado por dos caballos, que oscilaba y se inclinaba de tal manera, que llegamos a tener dudas de que pudiéramos llegar a nuestro destino en tan desvencijado vehículo.

—¿Conoce el cochero el camino?—inquirimos.

—¡Oh, sí! De día.

—¿Y de noche no?

—Puede que dé con él, pero es muy malo, señor; hay *mucho* fango, *muchos* riachuelos. Quizás fuera mejor ir a caballo.

—¿Cuánto hay que pagar por el viaje en este viejo y destartalado vehículo?

—*Una onza.*

Esto es, diez y seis pesos, el doble del precio usual.

—*¡Pícaro!* Usted sabe bien que esto es mucho.

—¿Y que quiere, señor? Aquí nadie viaja de noche. El camino es malo, y peor en la obscuridad, y no tendría nada de particular que mi volanta se atascara en algún riachuelo.

—Y en este caso, ¿cuándo llegaríamos a nuestro destino?

—*¡Dios lo sabe!*—contestó con irresistible levantamiento de hombros.

—Entonces, será mejor que hagamos el viaje a caballo.

—¡Ah, señor!—exclama muy humildemente,—puedo proporcionarles excelentes caballos.

—¿Cuánto nos cobrará por ellos? Sea prudente ahora, pues podemos recurrir al otro establo del pueblo.

El hombre pone por testigo a todos los santos del cielo de la verdad de sus palabras y añade:

—Los tendrán ustedes casi por nada; caballos *espléndidos* y con un buen guia, todo por media onza.

Pareciéndonos razonable la cantidad por un recorrido de quince millas, cerramos el trato, pagamos la cuenta y esperamos la aparición de los equinos.

¡Por la sombra de Bucéfalo, qué divertido lote

de animales! Eran exactamente iguales a los pencos que se destinan a las corridas de toros. ¡Y el guia! Un viejo, abatido ya por la edad, que alcanzaba los setenta, según luego nos dijo, que vino montado sobre algo que era como un caballo enano, que no levantaba más que hasta nuestra cintura, con un saco de paja por montura, y sobre éste dos serones de estera, encima los cuales se sentaba el viejo, con los pies proyectados a cada lado de la cabeza del caballo, armados los talones con tremendas espuelas.

Riéndonos de corazón ante todo aquello y determinados de todos modos a hacer el viaje, aceptamos las espuelas que el dueño nos ofrecía y montamos sobre nuestros *Rocinantes* en medio de un curioso grupo formado de muchachos, criados negros y uno o dos soldados, que hablaban y discutían la locura de *los americanos*.

Abandonamos el pueblo, siguiendo a nuestro guía, quien iba montado todavía un poco más alto que antes, por las maletas que había colocado sobre los serones, y también por un sorbo de *aguardiente* que se había metido dentro del cuerpo. A poco estuvimos en campo abierto, haciéndonos ir el guia por un camino de herradura, para ganar tiempo, según nos dijo.

Era realmente un verdadero guía, siempre dispuesto a hacer un cuento o historia, bien enterado de todo cuanto se refería al país y a su gente, conocedor de los caminos, que había recorrido durante toda su vida, tan bien como la palma de

su mano. Varios fueron los tópicos de que hablamos, en los que de hecho se mostraba entendido: la *crianza* de su caballo, la manera de hacer el azúcar, comercio del carbón, contrabando de africanos, etc.; pero la verdad es que acabó por marearnos con su charla.

—¿Ha oído usted hablar de Colón?—le preguntamos.

—¡Oh!—contestó riéndose,—le conocí muy bien.

—¡Es posible! ¿Usted le conoció? ¿Qué clase de hombre es?

—De primera. Tiene mucho dinero. ¡Oh!, le conozco bien.

—¿Vivirá quizás por estos alrededores?

—Si; precisamente estamos ahora muy cerca de donde vivía.

—¿Entonces, ya no vive aquí?

—Creo que no. Paréceme que murió hace algunos años.

—Dejó familiares, desde luego.

—No, creo que no. Era un hombre muy raro.

—Me figuro que está usted engañado, que no es el hombre de quien yo le hablo. ¿Cuál era su primer nombre?

—Es el mismo. el mismo. Le conocí bien. Se llamaba Cristóbal.

Y así, entretenidos por la narración de las prodigiosas hazañas del gran descubridor; alumbrados en nuestro camino por los espasmódicos rayos de la luna, oculta a veces por las nubes, o por la encendida chimenea de algún ingenio; obligados

por frecuentes chubascos a buscar refugio en los cobertizos, cuyas pilas de tallos de caña nos servían de temporales lechos y nos permitían a la vez ingerir azúcar *a lo cubano;* divertidos por la desaparición ocasional de nuestro guía; detenidos por ríos crecidos y por traidoras ciénagas, ciertamente no nos apesadumbramos al oír a nuestro guía que nos comunicaba habíamos llegado al "Ingenio Asunción", nuestro punto de destino.

Pronto descubrimos que nos hallábamos en un ingenio que no estaba en operación. En los edificios no había luz ni signo alguno de alma viviente. Sólo oíamos los ladridos de los perros. Sin preocuparnos de importunar a la familia a aquella hora, despertamos al guarda, que nos informó que todo el mundo se había retirado, excepto el maquinista, para quien teníamos una carta, y que precisamente se iba a acostar cuando llamé a la puerta de las habitaciones que ocupaba en el ingenio.

—¿Quién es?—preguntó.

—Un americano.

—Bien, esto es cosa bastante común, y para que vea que yo también lo soy, le voy a dejar entrar.

Abrióse la puerta ante nosotros, y después de darnos a conocer, fuimos tratados por el maquinista de la manera más hospitalaria y cordial; y para mayor fortuna nuestra, hallamos en sus habitaciones una cama desocupada.

El maquinista era un joven de Filadelfia, in-

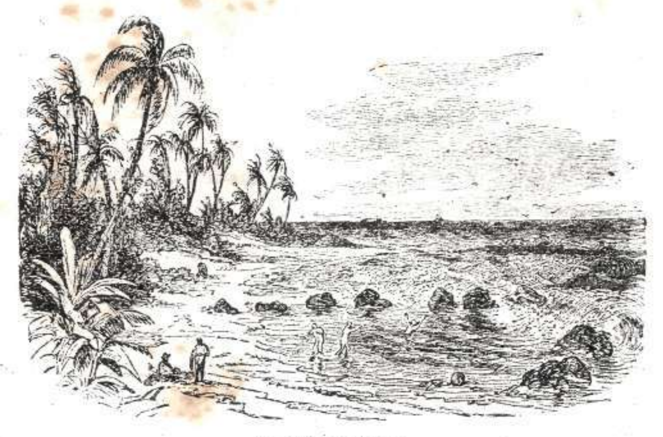
teligente, activo, que tenía a su cargo uno de los mejores ingenios de la Isla, cuya maquinaria, según nos contó, había sido instalada por la bien conocida casa de Merrick e hijos, de Filadelfia.

¡Qué preciosa joya es la hospitalidad! ¡Cuánto placer proporciona el ser recibido por un extraño, sin formalidad ni rigidez, doblemente apreciado por un viajero en tierra extranjera!

Al levantarnos por la mañana, nos enteramos que nuestras cartas habían sido entregadas por el maquinista al administrador, que ya las había leído y estaba preparado para recibirnos y considerarnos como sus huéspedes. Inmediatamente hallamos todas las apetecibles comodidades en aquella espaciosa mansión; y en corto espacio de tiempo, por la manera cordial y grato trato del administrador, nos sentimos allí como en un hogar propio. Mientras charlábamos sentados tomando nuestro *café con leche*, no pudimos menos que reirnos al recordar las molestias, detenciones y aventuras de la noche anterior.

Nuestra vida diaria en aquel lugar fué como sigue: A las seis de la mañana los criados entraban en nuestra habitación, trayéndonos el café. Nos levantábamos y vestíamos. Paseábamos por los terrenos cercanos hasta que nuestros caballos estaban ensillados, y luego, aspirando el delicioso aire de la mañana, galopábamos hasta llegar a la orilla del mar, y en alguna quieta caleta o abrigada bahía tomábamos nuestro vigorizante baño matinal en las espumosas rompientes.

Imaginad una estrecha faja de dorada arena, que de un lado se ve adornada por la vegetación exuberante de los trópicos, y del otro bañada por las espumantes olas; pintad de esmeralda el agua cercana y de intenso azul la que a distancia llega a confundirse con un cielo maravillosamente claro



EL BAÑO MATINAL

y transparente; aspirad con fuerza el delicioso aire, a la vez embalsamado y vigorizante, y os formaréis una débil idea de ese glorioso baño matinal.

Esparcidas a lo largo de la playa hay millares de hermosas conchas, pedazos de coral, esponjas de rara forma y extrañas hierbas. De muchas de las conchas se hacen hermosos ornamentos en forma de aretes, broches, prendedores, etc., que tan ricos son en su delicadeza de color, pulimento y graciosa forma.

Volviendo a montar nuestros caballos después del baño, recorremos la costa hasta alguna distancia, y luego volvemos al ingenio variando siempre de rutas, atravesando bosques, subiendo y bajando montes, pasando por hermosos valles, deteniéndonos a veces un momento en algún ingenio para charlar un rato con el maquinista, o posiblemente en un rural *bohío* para estudiar el carácter negro. Una vez llegados a la casa vivienda, con buen apetito, procedemos a vestirnos convenientemente para el resto del día, listos para el almuerzo, que usualmente se sirve entre diez y once de la mañana y en el que se emplea en conjunto unas dos horas.



TRABAJADOR DEL CAMPO

Un almuerzo cubano no es cosa de poca importancia, yo os lo aseguro. La taza de café, al levantarnos, seguida de un largo ayuno, contribuyen a aguijonear el apetito; y necesariamente tendría que ser un hombre muy enfermo el que no hiciera justicia a la comida que a la hora del almuerzo se le ofrece, que consiste casi siempre en huevos y arroz blanco, pescado, carnes, aves, vegetales, ensalada, queso y jalea, un cigarrillo, seguido del imprescindible *café* acompañado de un tabaco.

En Cuba, las casas vivienda de los ingenios,

son, por regla general, mansiones grandes, de muchas habitaciones, construídas de piedra, los suelos con mosaicos de colores o losas de mármol, de acuerdo con la riqueza o el gusto de los propietarios; las puertas y ventanas son inmensas como las que ya describimos al hablar de las casas de las ciudades, y las ventanas enteramente sin cristales.



INTERIOR DE UNA RESIDENCIA CAMPESTRE

No están provistas las casas de hogar o chimenea para calentarlas, y por mi experiencia en uno o dos *nortes* que pasé en la Isla, estimo que no hay necesidad de la calefacción artificial; sin embargo, me han asegurado que en algunos inviernos, cuando sobrevienen *nortes* de extremada crudeza, un hogar encendido resultaría muy agradable por un día o dos, en tanto soplaran los vientos fríos.

Las casas tienen generalmente galerías delante y atrás, muy espaciosas y frecuentemente usadas como comedor y lugares de descanso o charla, estando cubiertas por los lados con cortinas de lona, desde el borde del techo al suelo. Rara vez tienen estas casas más de un piso, y están construídas con la mira de proporcionar fáciles comodidades y ambiente fresco. Tienen un gran salón, generalmente tan espacioso como uno de nuestros salones públicos, a ambos lados del cual hay una o dos series de cuartos, usados por la familia como dormitorios y estancias. Después del salón suele haber el comedor o la galería trasera de que hemos hablado, con cortinas o en su defecto persianas, y dando sobre un lado del *patio;* a cada lado de éste se extienden hacia atrás las dos alas del edificio, utilizada una para oficinas, cuartos de criados, etcétera, y la otra, a veces, como establos, unidas las dos alas, en el fondo por un muro, formándose así un cuadrángulo cerrado, dentro del cual se da de comer a los caballos, juegan los niños negros y charlan los criados.

En algunos de los más modernos ingenios, esos patios están convertidos en hermosos jardines, donde crecen naranjos, limoneros, granados y otros árboles frutales, a la vez que los jazmines y heliotropos y otras plantas añaden fragancia y belleza a la escena. La mención de las citadas flores, me recuerda ahora que me sorprendí al hallar tan pocas en la Isla. Aunque algunas de las que ví eran de un color intensamente brillante, me pa-

reció que no había una variedad de bellas rosas y de otras flores como las que tenemos en los Estados Unidos. Aun en regiones de vegetación tan exuberante como las montañas dedicadas en Guantánamo al cultivo del café, observé escasez de hermosas flores. En mi libro de notas tengo apuntados varios encargos de semillas de flores de los Estados Unidos que me hicieron señoras cubanas.

Terminado el almuerzo y consumido ya el tabaco, buscamos un lugar fresco de la casa, y perezosamente reclinados en las cómodas mecedoras que en todas partes se encuentran, dormimos, aun a pesar nuestro, una *siesta*, y hacemos un agradable pequeño peregrinaje, de una o dos horas, por el país de los ensueños. Al despertar, damos un paseo por los terrenos del ingenio, nos enfrascamos en una partida de billar, gozamos del más quieto placer que nos proporciona la lectura de un libro, o encontramos todavía más grata ocupación conversando con las señoras. Al sexo bello, sin embargo, no le gusta la vida que se lleva en los ingenios, y por esta razón no hacen en ellos largas estancias y los visitan a largos intervalos, generalmente por Navidad, cuyos días son de diversión y retozo, o en verano durante unas semanas. En algunos de los ingenios propiedad de personas muy adineradas, cuando están presentes las damas se observa mayor etiqueta y criado con librea para el servicio de la mesa, presentándose ésta de manera lujosa, y tanto las damas como los caballeros *en grande toilette*. Este caso se da particularmente

entre los hacendados que con sus familias han estado en el extranjero. Generalmente, sin embargo, en un ingenio cada cual parece tomar la existencia diaria de la manera más quieta, fácil y agradable, y con el menor número posible de preocupaciones.

Generalmente dedicábamos las tardes, antes de la comida, a un paseo a caballo. Pero el paseo que no he de olvidar es el que dimos una mañana, a través de paisajes hermosísimos de la más encantadora porción de Cuba occidental, hasta más allá de Cabañas, lindo pueblecito de la costa. Partimos apenas clareaba el día, pues el recorrido que teníamos que hacer era largo, llevando por guía al *mayoral*, con traje de fiesta. Su apariencia no dejaba de ser imponente. Imaginad un atezado cubano, vistiendo bonito traje de limpio lienzo de rayas azules; tocado con un sombrero de paja de inmaculada blancura cuyas anchas alas le protegían perfectamente de los rayos solares; cubiertos los pies con limpios y blancos calcetines y metidos dentro de bajos escarpines de luciente cuero, sobre los que brillaban pulidas hebillas de plata, en tanto que sujetas a los tacones tintineaban el más vistoso par de espuelas mexicanas igualmente de



EL MAYORAL

plata; alrededor de un cinturón una faja de seda escarlata, de la que sobresalía el puño de una hermosa daga, que llevan todos los cubanos en alguna parte de su persona. Y luego, su caballo, con hermosos arreos, la cola cuidadosa y primorosamente trenzada, cuyo extremo estaba sujeto a la grupa de la silla, en tanto que la crin, cortada con todo arte, era un modelo de pulcritud.

Partimos a galope tendido, ya pasando rápidamente ingenio tras ingenio, en completa operación en aquella temprana hora; ya cruzando por entre lomas cubiertas de ondulantes cañaverales, ya corriendo por caminos de arcilla roja, pero dura, en cuyas orillas crecía la hermosa *Piña de Ratón*, en tanto que una y otra vez se ofrecía a nuestra fascinada visión algún nuevo y maravilloso paisaje.


PIÑA DE RATON

Esta planta, la *Piña de Ratón*, es, dicho sea de paso, la única cerca de uso general en Cuba, si exceptuamos el uso ocasional del conocido *maguey* mejicano, que se ve aquí y allá, con sus anchas hojas parecidas a la vez a un sable y a una sierra. El nombre botánico de la otra planta es *Bromelia Pinguin*, generalmente conocida por su vulgar nombre de *Piña de Ratón* o *Maya*. Crece hasta con-

siderable altura, muy espesa y fuerte, y se parece algo al citado *maguey.* Sus hojas son dentadas, terminando en una punta aguda; las hojas exteriores, generalmente de un hermoso verde, pero algunas de las interiores son de un intenso color bermellón parecidas exactamente a largas y delgadas tiras de coral; en tanto que la flor, que aparece como una especie de corazón de la planta, está muy bellamente formada y es de delicados tintes, semejando un exquisito trabajo en cera. Es una delicia para los ojos contemplar durante millas enteras estos caminos bordeados por ambos lados de estas curiosas y brillantemente coloreadas plantas.



FLOR DE LA PIÑA DE RATON

Por el camino se nos unieron dos o tres guardias civiles, gente alegre, uno de ellos de gran corpulencia, con algo de Falstaff, y una cabeza redonda enorme que me recordó el tipo honrado, recio y leal de Sancho Panza, que he visto en algunos cuadros que reproducen escenas del Quijote, sólo que éste es un Sancho vestido de *soldado.* Fraternizó conmigo y me informó que había sido *carlista* en España, lo que es considerado tan malo como el ser un rebelde. Yo montaba un espléndido caballo, y en cambio el del fanfarrón y vo-

luminoso guardia era un esquelético y nervioso penco, tan debilitado, que varias veces estuvo a punto de tumbar a su ginete, lo que no impedía que éste elogiara sus buenas cualidades. Queriendo seguir los pasos acelerados de mi cabalgadura, el pobre hombre llegó a un estado deplorable; su rostro estaba empurpurado, sus ojos echaban chispas y su cuerpo se bamboleaba en la silla de tal modo, que al fin se vió obligado a detener al caballo, con fuertes y altas maldiciones contra su ahora *maldito caballo*, y no dudo que también dedicó algunas a su maldito compañero *yanqui*.

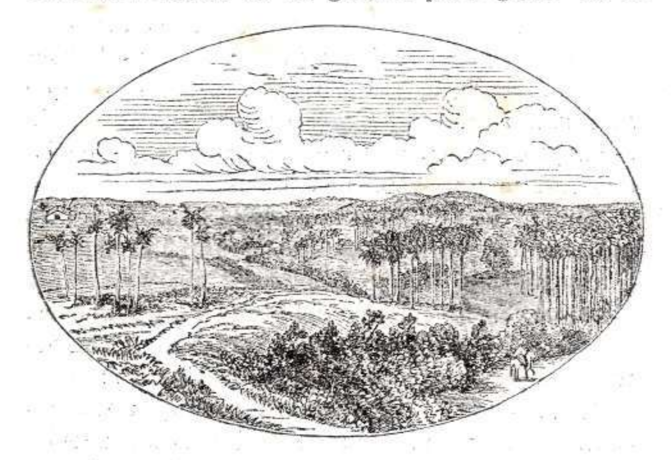
Alcanzamos el objetivo principal de nuestra excursión cuando llegamos al "Valle de las Delicias". Si el mencionado por Bunyan en su "Progress", era tan hermoso como éste, no me maravilla que el "Peregrino" deseara vivir allí, particularmente si halló un huésped como el que nosotros tuvimos ocasión de encontrar en aquel lugar.

El paisaje es el más poético que jamás mis ojos vieron. Aunque quizás no tan grande como el Valle de Yumurí, es aún más hermoso para mi gusto, por tener un aspecto no tan apacible, ofreciendo un paisaje que tiene algo de la salvaje grandeza de la naturaleza de Norte América, combinada con las peculiaridades de los trópicos.

Continuando la jornada, nuestra partida, que había engrosado hasta ser de doce personas, llegó al Ingenio San Claudio, celebrado por fabricar el mejor azúcar en esta parte de la Isla, y por las muestras que de él ví, igual en ciertos aspectos

al azúcar de pilón refinado de los Estados Unidos. En este ingenio se fabrica ron, azúcar y mieles, siendo uno de los más productivos, por estar situado en terrenos sumamente fértiles.

La noche nos encontró de nuevo en la casa, a buena hora para comer; después de lo cual nos reunimos todos en la galería para gozar de la



VALLE DE LAS DELICIAS

brisa nocturna, de nuestros fragantes habanos y de los placeres de una grata conversación. Una partida a las cartas o un paseo por los terrenos del ingenio para inhalar el fragante olor del hirviente azúcar, o viendo como los trabajadores desmenuzan la caña en las trituradoras, contribuían a hacer más placenteras las horas en espera de las de dormir. Antes de acostarnos era nuestra costumbre (que

se recomienda a todos los delicados de salud, y en este caso nos considerábamos) beber ponche de caliente *guarapo*, excelente para los enfermos del pecho y de los pulmones, y que es muy grato al paladar, para mi gusto. Este ponche se hace batiendo un huevo con "suficiente cantidad" de ron, whisky o coñac, a lo que se añade el hirviente jugo de la caña, recién sacada de las calderas, al que se da el nombre de *guarapo*, y después de bien mezclado todo, agitándolo fuertemente hasta que se produce una abundante espuma, se bebe. Y le aseguro al lector, por mi frecuente experiencia, que resulta una bebida *muy buena*.

Con la diaria vida aquí descrita y las frecuentes visitas a los ingenios que detallamos en el siguiente capítulo, el tiempo transcurrió sin sentirlo; y si se trata de un enfermo del pecho y los pulmones, éste es el género de vida que, a mi juicio, le conviene, a tal punto, que en muchos casos ha proporcionado una curación completa. En semejantes casos es aconsejable que el que se radica en un ingenio, procure estar el mayor tiempo posible en la atmósfera de los lugares donde se hierve el azúcar, y aun le resultará grato, mientras respira la fragante atmósfera, sentarse por horas leyendo un libro.

En todos los ingenios observé que los negros que trabajaban en o cerca de los lugares donde se hierve el azúcar, eran sin excepción hombres musculosos, con pechos extraordinariamente desarrollados; resultado, según se me informó invariable-

mente, del buen efecto del fragante vapor. Llegué a envidiar a un anciano de ochenta años, el espléndido desarrollo de sus músculos y la expansión de su pecho, quien, a despecho de su edad avanzada, se mostraba tan fuerte y activo como la mayoría de los jóvenes que trabajaban con él en las calderas.



CAPITULO XXVII

FABRICACION DEL AZUCAR.—Variedades e historia de la caña de Cuba.—Lo que es un ingenio.—Su gente.—Los edificios.—Los trapiches.—Casa de purga.—Secadero.—Envasando el azúcar.—El barracón.—El mayoral.—Los trabajadores.—Cultivando la caña.—Cortando la caña.—Transportando la caña.— Alimento y trituración de la caña.—Haciendo el azúcar.—Mejoras en los procesos.—Merrick & Sons, Filadelfia.—Maquinistas.

UN libro acerca de la Isla de Cuba sin un capítulo a la fabricación del azúcar, resultaría incompleto. Los datos que a continuación expongo me fueron facilitados en diferentes ocasiones durante mi estancia en los ingenios; y he creído que una simple relación del proceso que se sigue en la elaboración del azúcar, desprovisto de todas las peculiaridades técnicas, sería de interés para mis lectores, como lo fué para mí el ver las operaciones que paso a describir.

En el mismo lugar en que se cultiva la caña, y por cuenta del mismo propietario, se efectúa la

elaboración del azúcar. A tales lugares se les da en Cuba el nombre de *ingenios*, cuya creación y sostenimiento requiere un cuantioso capital, gran conocimiento del negocio y mucha habilidad mecánica.

Los *ingenios* varían en extensión de terreno de quinientos a diez mil acres, aun cuando los resultados de las cosechas siempre están en proporción al número de sus acres, dependiendo más de la naturaleza del suelo o de la particular localidad en que están situados, y del grado de inteligencia y cantidad de trabajo que en ellas se emplee. Cada ingenio es, en cierto modo, un pequeño pueblo, y aun un pueblo grande cuando se trata de los mayores, en el cual hay edificios de importancia, muchas viviendas y una costosa maquinaria, siendo numerosos sus habitantes y contándose con los funcionarios necesarios para su administración y gobierno, que vienen a representar a los funcionarios civiles, dotados quizás de un mayor poder.

Los edificios de un ingenio de primera clase son generalmente una *casa de vivienda*, que por su tamaño, estilo y costo puede a veces calificarse de palacio, poseyendo algunas, aparte de otras muchas comodidades, pequeñas capillas en las que se celebran los servicios religiosos. Ocupa la casa el propietario y su familia, si vive en el mismo ingenio, y en caso contrario el *administrador*, que tiene a su cuidado la dirección en ausencia del dueño, y que de hecho es el que gobierna el lugar. Hay también la casa ocupada por el *mayoral*, que

es el jefe de los trabajadores negros, cuya misión es vigilar a éstos en sus labores del campo, para que hagan el trabajo de manera propia y corten la suficiente caña para que haya siempre bastante material que moler. De hecho ejerce una supervisión general en los trabajos agrícolas del ingenio recibiendo sólo órdenes del propietario o del administrador, según los casos. Los *mayorales* son generalmente hombres muy rudos, sin educación, cuya inteligencia se limita a la larga experiencia adquirida en su especial ocupación.



EL MAYORAL

El *maquinista* es realmente la persona más importante del lugar, pues de él depende la molienda de la caña y el cuidado de las labores anexas y de la maquinaria, que debe mantener en buen orden y constante movimiento, para que no se sufra ninguna interrupción durante la época de la molienda. Habita generalmente un buen lugar del ingenio, que procura hacer lo más confortable posible. Los maquinistas son en la mayor parte jóvenes americanos, y algún que otro inglés o alemán. Observé que eran preferidos los Americanos por su superior inteligencia y asídua atención a sus deberes. La paga que reciben es de mil doscientos a dos mil quinientos pesos por zafra.

que empieza por Diciembre y termina casi siempre en o antes de Junio. La mayor parte de los maquinistas van a los Estados Unidos a pasar los meses de verano, y tener allí, como ellos dicen, "un buen tiempo"

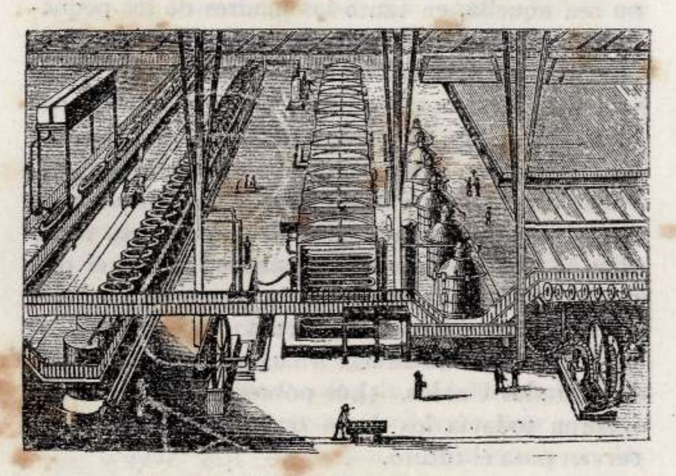
El Hospital es siempre un edificio importante en los ingenios, por ser el único lugar donde los enfermos pueden estar debidamente atendidos y propiamente tratados. Generalmente bien dispuestos y muy limpios, dividiéndose el edificio en diferentes departamentos para hombres y para mujeres, así como para enfermedades infecciosas. Un mayordomo está al frente del hospital, que tiene a su cargo casi toda una farmacia y que está a las órdenes del médico, que atiende, además de aquel ingenio, otros varios de la misma localidad, que los visita diariamente, recibiendo una retribución anual. Por la propia conveniencia de los dueños, aparte del natural sentimiento humanitario, los enfermos son bien tratados y no vuelven al trabajo hasta que están completamente restablecidos, si bien, en la convalecencia, se les encomiendan trabajos ligeros, tales como hacer cestos, sombreros, etc.

El departamento destinado al cuidado de los niños, es un lugar importante y que resulta altamente divertido visitar. Allí se cuida a los futuros trabajadores del ingenio. Aquellos pequeños diablos negros, desnudos, corren y se tumban unos a otros con gran algazara. Generalmente se les tiene recluidos en un gran salón, con hileras de cunas o

camitas a cada lado, en las cuales se acuesta a los niños por la noche. Cuidan de ellos mujeres ancianas demasiado débiles para otra ocupación que no sea aquella, en tanto las madres de los pequeñines trabajan en los campos, permitiéndose a aquellas que todavía crían, que dos o tres veces vayan al departamento aludido a amamantar a sus hijos. Es muy divertido entrar en uno de esos lugares cuando se alimenta a los pequeños, observando sus juegos y travesuras y la expresión de sus vivos ojos cuando ven al amo blanco, como ellos le llaman, que va a visitarlos y con el que están "en buenas relaciones". Se muestran alegres y felices y hacen tanto ruido y tantas diabluras, como para satisfacer a cualquier "radical" de los Estados Unidos. ¡Los pobrecitos! Felizmente ignoran todavía los duros trabajos que se les reservan para el futuro.

El más importante de todos los edificios es, desde luego, el dedicado a la fabricación del azúcar, que generalmente consiste en la casa de máquinas, donde, como su nombre indica, está toda la maquinaria y se produce la fuerza motriz para moler la caña, hervir el jugo, etc., y las casas de purga y secadero. La casa de máquinas es generalmente un extremadamente espacioso cobertizo sostenido con pilares y postes, enteramente abierto por todos lados. De hecho no es más que un bien construído tinglado para proteger la maquinaria del sol y de la lluvia, con el suelo pavimentado de ladrillos, siendo de sólida piedra las escaleras que

permiten ir a las diversas secciones del edificio. Un ingenio de primera clase ofrece realmente una hermosa apariencia, por el escrupuloso orden y



INTERIOR DE UN INGENIO

limpieza que en él preside, que pueden compararse a los que se tiene en los buques de guerra.

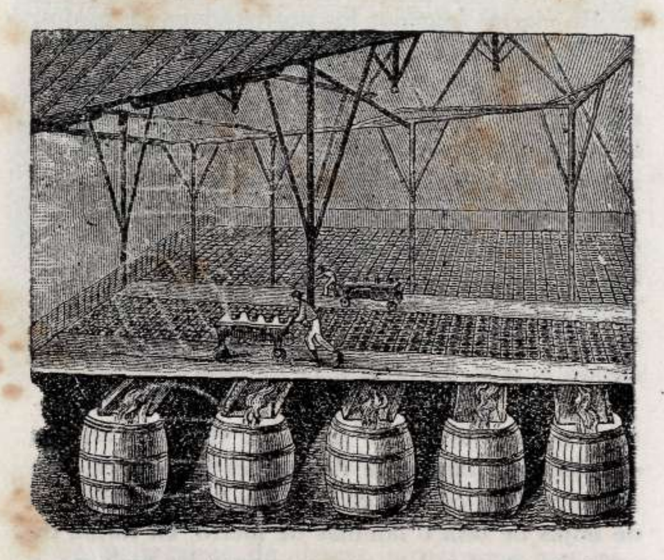
En los ingenios de alguna importancia hay los llamados *barracones*, lugares que sirven de albergue a los esclavos. Son grandes edificios de piedra, construídos en forma de cuadrángulo, en cuyo interior y a ambos lados están los cuartos de los negros, teniendo cada cuarto una sola entrada. Esta se cierra de noche cuando los negros están todos recogidos. En lugar separado, y mucho mejor construídas están las viviendas ocupadas por los

blancos empleados en el ingenio. Igualmente es fácil ver una larga hilera de establos para los numerosos caballos que usualmente se emplean en los ingenios, tanto para el trabajo como paia el recieo.

En ciertos ingenios los negros viven en *bohíos*, simples cabañas construídas de cañas y ramas bardadas con hojas de palma o hierba, de la manera más tosca, y sin ninguna comodidad, sirviendo solamente como resguardo de la lluvia. En mis excursiones por los Estados sureños de la Unión Americana, llegué a creer que las construcciones llamadas cabañas que allí ví, eran de lo más malo; pero he de confesar ahora que hay aquí algo peor. Verdad es que en un clima como el de Cuba, no hay que preocuparse mucho en cuanto al albergue, siendo lo esencial estar a la sombra.

La *casa de purga* es generalmente de gran extensión, de dos pisos. El suelo del piso alto es simplemente una serie de fuertes bastidores, con agu eros para colocar en ellos las *hormas*, cilindros de hojas de lata o láminas de hierro, en forma de embudo, dentro los que se ponen las melazas a colar, cayendo en las cubetas colocadas debajo. Un lado de la casa está abierto, para permitir a las *gavetas*, o grandes cajones colocados sobre ruedas en las cuales se coloca el azúcar, entrar y salir con toda facilidad. En estos cajones, que son inmensamente largos, se desmenuza el azúcar y se le expone al aire y al sol, con el propósito de que se seque completamente. El número de estas

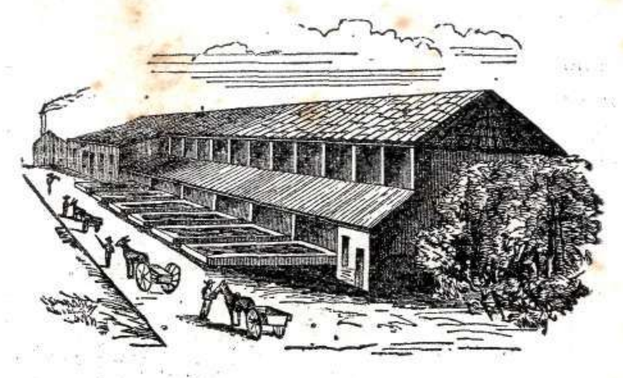
hormas es algo maravilloso, al extremo de que en algunos ingenios pueden contarse hasta veinte mil. Debajo del piso alto hay un número de cubetas, cada una con un declive hacia la cubeta principal. Sobre las cubetas menores están las bocas de los



SECCION DE LA CASA DE PURGA

antes citados embudos, que permiten que las melazas, colándose de las pailas de azúcar situadas arriba, corran dentro de las cubetas, que de nuevo las conducen a grandes cubos llamados *bocoyes*, cada uno de los cuales tiene capacidad para mil doscientos o mil quinientos galones. Es en este proceso que se hace la distinción de las diferentes

clases de azúcar: *blanco, quebrado* y el común, de color obscuro, llamado *cucurucho*. Al elaborarse estas tres clases de azúcar, se coloca una capa de tierra húmeda o de arcilla sobre el jugo cristalizado. Al colarse constantemente el jugo, se libra de todas las impurezas, quedando las pailas llenas de azúcar seco en forma sólida y generalmen-



SECADERO

te de tres colores: blanco el más cerca de la parte superior, menos blanco el que está en el centro y de un color obscuro el del fondo. Si sólo se desea elaborar azúcar *mascabado* que es de un fueıte color pardo, y no requiere el tiempo ni el trabajo que las otras clases de mejores calidades, entonces el jugo es puesto en los grandes bocoyes ya descritos, dejando que se cuele de manera natural, sin el proceso de "clarificación". Así se logra una mayor cantidad de azúcar de grado inferior, que

pesa más por contener la melaza, siendo esta clase de azúcar, según tengo entendido, el que prefieren los refinadores.


PAN DE AZUCAR


HORMA

Además de los edificios citados hay otros de diferente índole, necesarios para llenar ciertas necesidades de estos grandes ingenios, tales como los dedicados a talleres de tonelería, carpintería, herrería; y en los más perfeccionados ingenios hay también plantas de gas que proporcionan el alumbrado general, que resulta más limpio y económico que el alumbrado por medio del petróleo.

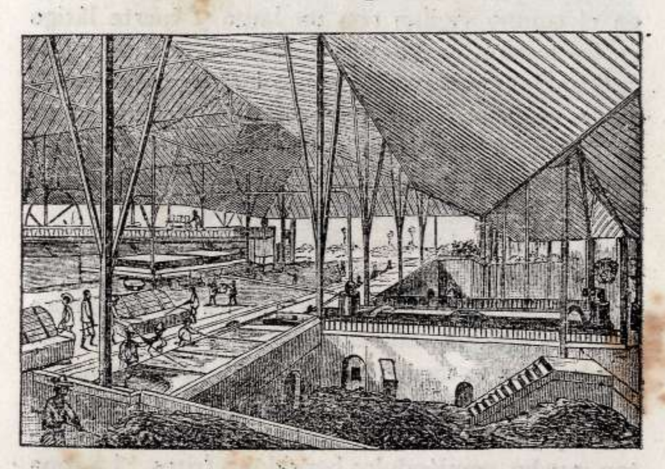

TONELERIA

En cada ingenio hay una o dos personas especialmente encargadas de inspeccionar y dirigir la cocción y refinación del azúcar, a quienes se da el nombre de maestros de azúcar, recibiendo por sus servicios de ochocientos a mil pesos por año.

Se calcula que para producir un millar de cajas de azúcar, de cuatrocientas libras cada una,

son necesarios de cincuenta a setenta y cinco trabajadores; y desde luego, cuanto mayor es su número, son más las probabilidades de obtener un azúcar de superior calidad. La mayoría de los trabajadores son negros contándose además en todos los ingenios cierto número de peones chinos. A los trabajadores se les divide en clases, de acuerdo con la especial labor a que se les dedica.

Los *guardieros* están situados en pequeñas cabañas a la entrada de los ingenios, actuando como



FORNALLAS

porteros. Generalmente son ancianos que no pueden realizar un trabajo rudo, y las cabañas que ocupan están hechas de hojas de palma. Los fogoneros tienen por misión alimentar las fornallas, que generalmente ocupan una cavidad o especie

de subterráneo, a un lado de la casa de máquinas, con un amplio espacio frente a las fornallas, en el cual las carretas vacían su cargamento de *bagazo* o resíduos de la caña molida, que es el único combustible usado para generar el vapor. Las carretas son vehículos construídos de manera primitiva, invariablemente tirados por una o dos yuntas de bueyes enyugados.

Los *contra-mayorales* son los jefes de las cuadrillas en que se divide a los negros, cuyo trabajo en el campo vigilan con un largo y fuerte látigo en las manos, que hacen restallar a menudo y que aplican inhumanamente sobre las desnudas espaldas o piernas de los negros cuantas veces, en su ignorancia y estupidez, lo creen necesario. Tienen igualmente la misión de aplicar los castigos que las más altas autoridades les ordenan.

A los trabajadores dedicados a las labores generales del ingenio, tales como cortar la caña, preparación de la tierra, etc., se les da el nombre de *gente*. Se les alimenta bastante bien, sino en calidad, por lo menos en cantidad; se les da *tasajo* o sea la carne de buey secada al sol, *boniatos*, arroz y plátanos, que sustituyen al pan, y les gustan mucho, comiéndolos hervidos o fritos. La ropa que usan es muy limitada en cantidad y de calidad inferior; los niños andan generalmente completamente desnudos; las mujeres llevan un simple vestido de percal y los hombres sólo pantalones. Es un espectáculo enteramente nuevo ver a esa gente, a las once de la mañana, cuando interrum-

pen el trabajo y se reunen para engullir sus raciones, que sólo les sirven una vez al día.

Cada ingenio tiene un *potrero* o corral donde está reunido el ganado que se usa para el transporte y también para proporcionar la carne con que se alimenta a la gente.



EN ESPERA DE LA COMIDA

En Cuba hay varias especies de caña. La *criolla*, o caña indígena, es la más antigua, siendo de la misma clase de la que llevó muestras a España Cristóbal Colón, en su segundo viaje, cogiéndolas

en Canarias; pero es delgada, pobre, de escaso jugo; la de Otahite, que es gruesa, dura, y la preferida para hacer azúcar, introducida en la Isla por el año 1795; la Cristalina, últimamente introducida, que cultivan muchos hacendados con preferencia a la de Otahite, una carretada de la cual da una paila y media de azúcar, cerca de sesenta libras. Por término medio las cañas alcanzan una altura de seis a ocho pies, y algunas veces hasta veinte. La separación de sus nudos, el color y otros varios particulares, varía en las diferentes especies, así como según sea la naturaleza del terreno y el cultivo que se adopte. Los tallos están divididos por prominentes nudos anillados, en cortas longitudes, estando adheridas a cada nudo estrechas hojas, que al acercarse las cañas a la madurez van cayendo de los nudos más bajos. La parte externa de la caña es dura y brillante, pero la interna consiste en un meollo suave que contiene el jugo dulce, que se elabora separadamente en cada nudo. Este jugo es muy nutritivo, y lo comen los negros en grandes cantidades, a quienes se



CAÑA DE AZUCAR

les da generalmente un buen pedazo de caña para que lo chupen en sus momentos de ocio, separando previamente la corteza representando cada buen pedazo de caña casi un sólido terrón de azúcar.

La caña se siembra por vástagos o pedazos pertenecientes a la parte superior, con dos o tres nudos despojados de las hojas. Estos pedazos se plantan bien en hoyos que se abren a mano o en surcos que se hacen con el arado, de ocho a diez pulgadas de profundidad, apilonándose la tierra en los bordes, debidamente abonada. Dos o más pedazos se colocan longitudinalmente al fondo de cada hoyo, y se cubre con la tierra de las orillas hasta una profundidad de dos o tres pulgadas. Dentro de los siguientes quince días los vástagos empiezan a germinar por encima de la tierra, y entonces se pone en el hoyo un poco más de tierra de las orillas, y a medida que la planta crece, se va añadiendo tierra, hasta que, a los cuatro o cinco meses, los hoyos quedan enteramente cubiertos.

La plantación tiene lugar en los intérvalos de la época de las lluvias, que comienza regularmente en junio y termina en octubre o noviembre. El corte empieza inmediatamente después de las fiestas de Navidad y continúa sin interrupción, hasta mayo en algunos casos.

Son indicaciones de que la caña ha llegado a su madurez, el que su corteza se presente seca, lisa y brillante, adquiriendo más peso, el meollo se obscurece y su jugo es dulce y pegajoso. Es la

costumbre obtener varias cosechas en sucesivos años de las mismas raíces, siguiéndose el plan, según tengo entendido, de plantar un tercio de los terrenos cada año.

Cuando la caña está madura para el corte, se



CORTANDO LA CAÑA

pone el ingenio en completa operación, y los trabajadores, bajo la dirección del *mayoral*, se dirigen a los verdes cañaverales, armado cada negro, hombre, mujer o niño, de un *machete*, cuchillo de forma peculiar, algo parecido al que usan los carniceros, muy fuerte y afilado. Desparramándose por los cañaverales, empiezan a cortar la caña, primero dando un machetazo al extremo superior, para despojar-



EL MACHETE

las de las hojas largas y de la parte que sólo es aprovechable para alimento del ganado; en seguida le aplican un segundo corte lo más cercano posible a la raíz, cayendo la caña al suelo, de donde se las recoge cuando es necesario. Un cañaveral en la época del corte, ofrece un curioso espectáculo, con sus trescientos o cuatrocientos



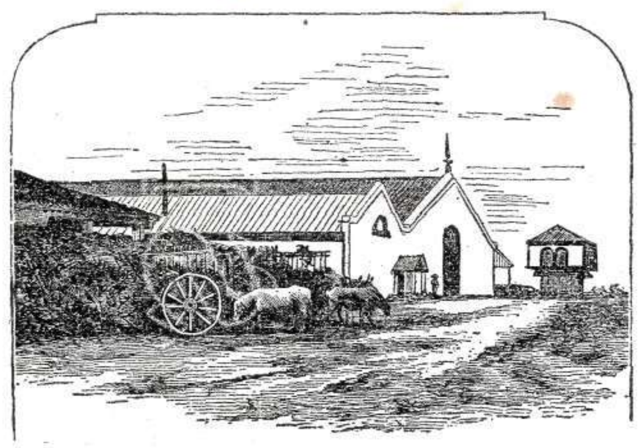
CARRETAS CARGADAS DE CAÑA

trabajadores, vigilados por el *mayoral* a caballo, el suelo cubierto enteramente de cañas caídas y la larga hilera de carretas en tardo movimiento, con sus gritones conductores, en tanto que el mar de enhiestas cañas se mece gentilmente a impulsos de la brisa, en ondulantes y verdosas olas.

Llenas las carretas de caña, dejándose el forraje sobre el terreno para ser transportado más

tarde, se mueven perezosamente formando una larga hilera hasta el ingenio, donde son descargadas de su contenido en un gran cobertizo, cercano al lugar donde las cañas han de ser trituradas.

La pila que forman las cañas llega a ser generalmente inmensa, pues las carretas continua-



DESCARGANDO LA CAÑA

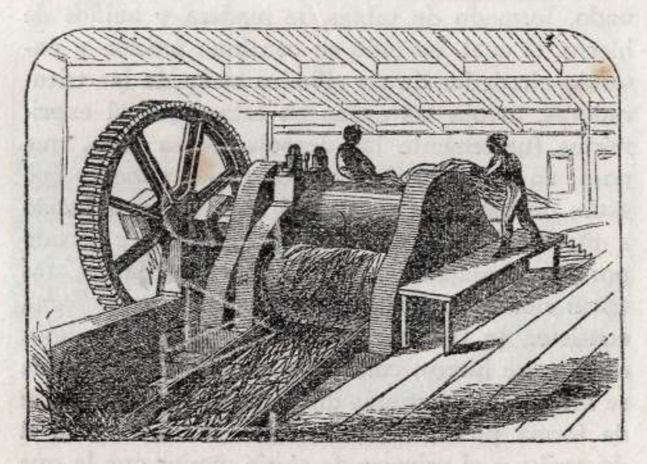
mente la traen en mayor proporción de lo que las trituradoras consumen al día. El trabajo en los campos de caña cesa por la noche. Una parte de los trabajadores descansa en las primeras horas de la noche, mientras otra parte se ocupa en alimentar el ingenio de caña. Por la mañana ha bajado la pila, pero los negros están ya de pie y vuelven de nuevo al campo para seguir cortando y tener siempre abundante caña de repuesto, pues las má-

quinas no cesan de moverse noche y día, a menos de sobrevenir un accidente, durante toda la época de la molienda.

Depositando previamente la caña en suficientes cantidades bajo el cobertizo, se echa a andar la maquinaria. La caña es tirada por los trabajadores sobre un conductor sin fin, flexible e inclinado, formado de tablas de madera y anillos de hierro, el cual, estando en contínua moción y pasando alrededor de un cilindro cerca de las trituradoras, arroja las cañas en éstas, que al exprimirlas fuertemente las despoja de su jugo, que pasa, en un contínuo chorro, en las cubetas que están debajo en tanto que el bagazo es conducido a otro recipiente de madera, del cual es sacado por los trabajadores y llevado a las fornallas. Estas trituradoras o *máquinas de moler*, como se les llama consisten en tres inmensamente grandes y sólidos rodillos de hierro, colocados horizontalmente, que se mueven en opuestas direcciones, en una especie de forma piramidal, siendo la abertura entre el de arriba y el primero de abajo mayor que la que hay entre aquél y el segundo de abajo, a fin de formar así una mayor boca por la que se introduce la caña del alimentador.

El jugo extraído corre en forma de líquido opaco, de color pardo o verde oliva, de sabor dulce, agradable, al que se da el nombre de *guarapo*. Es muy espeso y contiene en suspensión partículas de caña y bagazo, que son separadas por medio de filtros. Este líquido es tan excesivamente fermen-

table que es necesario clarificarlo inmediatamente. Corre por entre conductores, pasando durante su curso poi entre vasijas de cobre, llenas de agujeros, semejantes a coladores, en las que el líquido deja las materias de desecho, que un hombre que hay allí constantemente se encarga de separar de la superficie de dichos coladores. Por medio de bom-



MAQUINAS DE MOLER

bas, se hace dirigir el líquido al interior de grandes tanques, de los cuales va luego, por medio de conductores, a los clarificadores, que son grandes pailas calentadas por vapor. En éstos, tiene lugar el proceso de defecación, que es activado por la adición de cuatro o cinco onzas de cal por cada cuatrocientos cincuenta galones de hirviente líquido contenido en cada paila. A veces se requiere

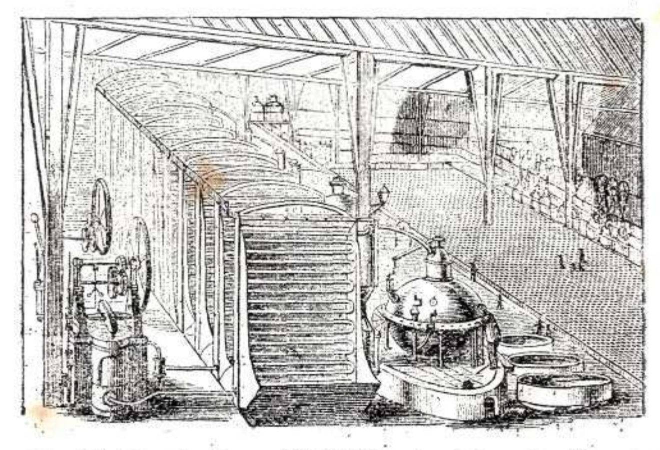
el uso de más cantidad de cal, dependiendo esto de la mayor o menor densidad del líquido.

Con relación a estas pailas, a las que se da el nombre de clarificadores, generalmente se usa un papel de prueba, llamado *tornasol*, por medio del cual se conoce el grado de acidez que tenga el líquido. Se trata simplemente de un papel preparado químicamente, de color azul, que al ser introducido en el líquido se vuelve de un rojo más o menos intenso, según el grado de acidez que dicho líquido contenga.

De los clarificadores, una vez el líquido asentado, es fi trado al través de pailas que se llenan hasta cerca los topes ncon egro animal, que generalmente se usa dos o tres veces, o hasta que el jugo camb a de color o no corre bien. Se me aseguró que en la duración del tiempo que se usaba el negro animal, estribaba el real secreto de la diferencia en algunos azúcares; y como prueba de ello, puedo citar que en los ingenios donde mejor azúcar se elabora, se cambia el negro animal cada ocho horas; en tanto que en aquellos donde resulta el azúcar de inferior calidad, sólo se cambia cada dos o tres días.

De estos clarificadores parten tres conductores, uno para la melaza, otro para el jugo de la caña y otro para las mieles. Estos tres conductores terminan en grandes tanques que son simples receptáculos donde se acumula el material. A su vez de estos tanques el líquido es conducido a pailas tubulares o tachos, que en su mayor parte son de

patente Rillieux, y construídos por Merrick & Sons, de Filadelfia. En ellos se aplica el principio del calor latente para la evaporación del jugo de la caña. Estos tachos son tres en número, el primero es para el jugo, el segundo para la miel y el tercero sirve para dar punto y granular. El tacho consiste



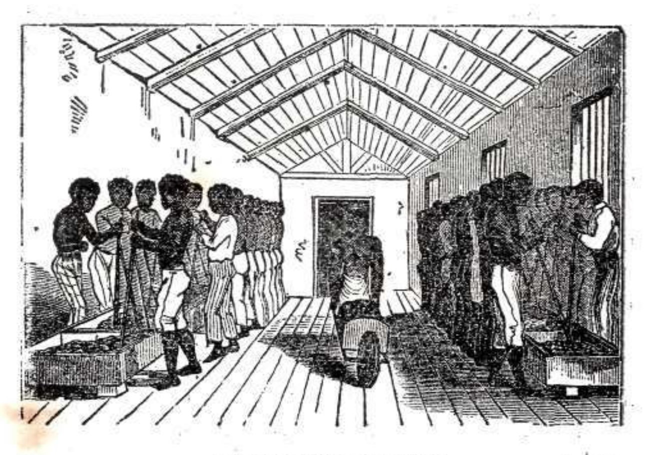
LOS TACHOS

en una paila de cobre, perfectamente cerrada al aire, su porción del centro es cilíndrica y de seis a siete pies de diámetro; la porción alta es convexa en forma de cúpula, y el fondo igualmente convexo, pero menos que la parte superior. El fondo es doble, la cavidad entre la parte de delante y la de atrás formando un receptáculo para el vapor; y hay también allí una cañería de vapor en forma de serpentín, como en la parte superior.

Existe una cañería de comunicación con la paila de la miel clarificada, otra con la paila que recibe el azúcar cristalizado y otra con una bomba neumática, y además numerosas válvulas, graduadores, etc. Al ponerse en operación el tacho, se introduce en él cierta cantidad de azúcar líquido poniéndose en movimiento la bomba neumática para extraer el aire interior a fin de que el contenido pueda hervir a una baja temperatura. Para que la persona que dirige el proceso pueda darse cuenta cuando el jugo se ha suficientemente evaporado, el tacho tiene un ingenioso apéndice llamado palo de prueba, por medio del cual se puede sacar una pequeña cantidad de azúcar, cerciorándose de su estado por medio del tacto. Algunas de las pailas tienen una pequeña ventanilla con cristal, al través de la cual puede verse como el líquido hierve.

El jugo clarificado, es bombeado del tanque antes mencionado al primer tacho, de éste al segundo, adquiriendo en éste una densidad de veintiocho grados; entonces es bombeado a los clarificadores, luego se le quita la espuma, y en seguida va a los filtradores de negro animal, pasando de éstos a un conductor y luego al tanque antes mencionado. Entonces está en condiciones para ir al tercer tacho, elevándolo dentro por medio de la bomba neumática a voluntad del maestro de azúcar, y cuando el tacho está lleno, se descarga su contenido, por medio de una válvula, al calentador, una caldera de doble fondo con la suficiente cantidad de vapor para mantener caliente el azú-

car y provocar un cierto grado de cristalización. De esta caldera pasa a las *hormas* antes descritas. Las *hormas* son transportadas por una pequeña vía a la *Casa de purga*, sometiéndose a los procesos antes descritos al hablar de la misma. Las melazas que se obtienen en la casa de purga, son más



DEPARTAMENTO DE ENVASE

tarde vueltas a hervir para obtener cierta clase de azúcar inferior, conocido por azúcar de melaza. Las mejores melazas provienen del azúcar *mascabado*, por el hecho de no haber pasado por tantas operaciones purificadoras y contener por lo mismo más substancia sacarina.

Después de que el azúcar ha sido debidamente secado, clarificado y pulverizado, es llevado al departamento de envase, donde, algo elevadas del

suelo, se hallan las cajas vacías, capaz cada una de contener cuatrocientas libras de azúcar. Cuadrillas de negros o de chinos, en hileras a ambos lados de las cajas, van llenándolas de azúcar, apretando éste con grandes y pesados pisones, haciéndolo todos a un tiempo y al compás de sus cantos.

Una vez llenas las cajas, bien apretado el azúcar, se las cierra y se las amarra con estrechas tiras de cuero en pelo, quedando listas para ser transportadas al mercado.

El descrito proceso de la elaboración del azúcar difiere, desde luego, en algunos aspectos, en los diferentes ingenios; pero el método general es el mismo, debiéndose las diferencias a determinadas variaciones en la maquinaria usada. Algunos ingenios, por ejemplo, todavía siguen el anticuado método de hervir el azúcar en pailas abiertas, con el que se desperdicia mucho azúcar; y otros no poseen los mejores medios para su refinamiento.

Como conclusión a este capítulo, puede interesar al lector conocer que por primera vez se intento elaborar azúcar en Cuba en fecha tan remota como el año de 1535, preparándose para tal propósito una buena porción de terreno en lo que hoy es conocido por el Cerro, inmediato a la Habana; si bien otras autoridades en la materia aseguran que fué dentro de la misma Habana y en Regla, al otro lado de la bahía, en el año de 1598, donde se establecieron los primeros ingenios.



CAPITULO XXVIII.

Baños de San Diego.—Camino a los mismos.—Testimonio universal de sus beneficios.—Su maravillosa historia.—Sus milagrosas curaciones.—Descripción de los baños.—Hoteles y vida en los mismos.—Etiqueta y modas cubanas.—Cómo gozan de los baños.—Bellos paisajes de las cercanías.—Cuevas curiosas.—Buena caza.—Peleas de gallos.—El corazón de la región tabacalera.—Retorno agradable a la Habana.—

Decid a un residente de la Habana que padecéis de reumatismo y en seguida os recomendará que vayáis a San Diego; consultad a un médico de la Habana con referencia a la misma obstinada enfermedad, y os dirá que probéis las aguas de San Diego, preguntad a vuestro amigo cubano si alguna vez sale de la capital, y os contestará:

—¡Oh, sí! Suelo ir a San Diego.

Con todo esto, empieza uno a creer que debe haber algo así como una panacea para los males del cuerpo en las aguas minerales de un balneario del que tanto se habla.

Cuba se ve especialmente favorecida por manantiales de aguas minerales, uno de los cuales, el de San Diego (como el de Santa Fé en la Isla de Pinos) tiene, sin disputa, las más prodigiosas propiedades curativas. Hay en los Estados Unidos millares de enfermos para quienes estas aguas obrarían como un soberano remedio, a la vez que en los dos lugares tendrían oportunidad de observar nuevas fases de la vida cubana. San Diego particularmente, por su posición, su hotel y el carácter de sus habitantes, puede ser considerado como el Saratoga de los trópicos.

Aquí tendrá el extranjero una excelente oportunidad de estudiar los hábitos y etiqueta de las mejores clases de la sociedad cubana; y el interesado en aprender español tendrá contínuas ocasiones de practicar el idioma en las formales salutaciones de las que rara vez o nunca se prescinde, aún entre amigos íntimos, tales como:

—A los pies de usted, señora.

—Beso a usted la mano, señor.

—¿Cómo está usted, señor?

—A sus órdenes, señor. Gracias.

—Señor, tengo el honor de presentarle a, etc.

—Celebro mucho el conocerle, señor.

Los baños de San Diego están situados en la Vuelta Abajo, sobre la orilla izquierda del río Caiguanabo, al pie de los montes de La Güira, donde el río es conocido por San Diego. Dista de la Habana, en línea directa por el suroeste, unas noventa millas. El clima es templado y agradable,

prevaleciendo los vientos del sur. Las aguas de sus baños gozan de la reputación de obrar milagros, a tal extremo que un escritor cubano, en el colmo de su entusiasmo, se expresa casi de manera impía cuando dice: «En esta nueva laguna, rivalizando con la cercana al Templo de Salomón, juzgando por lo que vimos y sentimos, tal parece que a ella descendió el ángel divino y la dotó de las aguas de Bethesda, en Jerusalén, de las que nos habla el Evangelista San Juan cuando se refiere a la curación del paralítico por el Hijo de Dios vivo».

A estos baños se llega, desde la Habana, por el ferrocarril de Batabanó, al lado sur de la Isla, saliendo de la capital a las 5.45 de la mañana de los jueves, por conectar en dicho día de la semana los trenes con el buque que va de Batabanó a Dayaniguas. Los pasajeros de Batabanó deben cambiar de tren en San Felipe, y, al llegar, dirigirse directamente a bordo del vapor "General Concha", que está en conexión con el tren de la Habana, saliendo inmediatamente para Dayaniguas, donde llega a la mañana siguiente, antes de amanecer. Allí salen a poco los carruajes, escoltados por un destacamento montado de la guardia civil, llegando a Paso Real a las siete de la mañana, donde se detienen para que los pasajeros almuercen y descansen, a la vez que cambian de caballos los carruajes. A las nueve y media se llega a San Diego.

Los gastos de viaje para cada pasajero son:

de la Habana a Batabanó, en tren, dos pesos ochenta y siete centavos; Batabanó a Dayaniguas, en vapor, cinco pesos treinta y siete centavos; Dayaniguas a San Diego, en carruaje, ocho pesos cincuenta centavos.

Antes de salir de la Habana, el pasajero que quiera ir a San Diego debe tomar un billete para



HOTEL CABARROUY

el pasaje completo en las oficinas de la Compañía situados en la calle de la Cuna, número 2, pues de lo contrario el pasaje en el vapor le costará más; y además puede sucederle que si hay un número crecido de pasajeros que hayan sacado billete directo, tenga que quedarse en Dayaniguas esperando la vuelta de los carruajes.

El mejor hotel de San Diego es el de Cabarrouy, que es el más grande, situado en el centro del pueblo y dotado de jardines. Es el preferido de

la buena sociedad cubana. Como dependencias del hotel hay pequeñas quintas para familias en particular. Todos los hoteles hacen el cargo singular de diez y siete pesos por la cama, cualquiera que sea el tiempo que se use. Presumo que lo harán debido a que, por temor a cualquier enfermedad contagiosa, la cama en que duerma cada huésped, ya no se utiliza más. Para las demás atenciones cargan desde dos pesos y medio por día.

Por la mañana, después del baño, sirven café, té o leche. La hora del almuerzo es a las nueve y la de la comida a las cuatro de la tarde. Se puede disponer más tarde de una ligera cena. Fuera de la época regular de los baños, que es de enero a junio, el cargo es de dos pesos cincuenta centavos diarios, cubriendo todas las atenciones. Después del Cabarrouy, el mejor hotel es el de "Bardino", situado en la esquina de Amistad y Recreo, que cobra lo mismo que aquél.

Están envueltos en el misterio los particulares referentes a la fundación del pueblo y al descubrimiento de sus aguas. Sólo se sabe, por algunos registros parroquiales, que el 22 de marzo de 1793, se celebró la primera misa en el pueblo. Sin embargo, como sucede siempre, la tradición da una romántica relación del descubrimiento de las aguas, según la cual ocurrió así: Aconteció que, en las cercanías del río, vivía un hacendado que viendo que uno de sus esclavos estaba atacado de lepra, hizo construir para éste una cabaña en los montes, prohibiéndole se acercara al lugar habitado ni que

de éste fuera nadie a la cabaña del leproso; ni aun para llevarle provisiones. El negro vivió así solitario, hasta que cansado de permanecer en el mismo lugar sin ver a nadie (pues las gentes le huían por miedo al contagio), salió a vagabundear por los campos en busca de aventuras. Dirigiéndose hacia el Norte, en busca de aire puro, acertó a pasar cerca de una cueva (que no dejan de mostrar todavía hoy al visitante), y la convirtió en su residencia, alimentándose de raíces y frutas silvestres. Cierto día, en que sufría más de lo usual debido a su dolencia, se dirigió al río para tomar un baño, y al pasar por una laguna, le pareció que el agua tenía algo peculiar y que procedía de un manantial caliente. Se bañó en ella y se halló tan bien y sus sufrimientos se aliviaron tanto, que continuó bañándose allí por un largo tiempo, hasta que su enfermedad desapareció por completo, recuperó la perdida salud y volvió a casa de su amo. Es fácil imaginar la admiración de éste y de su familia al ver al antes leproso negro en perfecta salud. Al preguntarle cómo se había curado, replicó con la simplicidad de su raza:

—Ha sido un milagro de nuestro santo padre, San Diego.

El amo le dió la libertad y lo mantuvo a su lado.

La noticia de tan maravillosa curación, se extendió por todo el país y personas de todas clases, colores y condiciones acudieron a probar las milagrosas aguas de los nuevos "Baños de San Diego".

Al principio se levantaron simples chozas de hojas de palma en las orillas del río, y ricos y pobres sufrían por igual toda clase de incomodidades llevados del propósito de tomar las aguas.

Ahora, sin embargo, hay allí un pequeño pueblo con hermosas casas, una pulcra iglesia y varios



BAÑOS DE SAN DIEGO

hoteles, donde se reunen, durante la temporada de los baños, hasta dos mil visitantes.

El gobierno, con sus funcionarios y el trabajo de los presidiarios, ha contribuido a la erección del pueblo, en tanto que el "Credit Mobilier" lo ha tomado a su cargo como una pecuniaria especulación. Los baños, por lo mismo, están en excelentes condiciones, grandes y muy numerosos, habiéndose construído un *malecón* que es un hábil trabajo de

ingenieria, por el que se mantienen separadas las aguas del río de los manantiales conocidos por el "Tigre" y "Templado".

El baño del Tigre se compone de un tanque, de forma circular, construído con una especie de concreto, conocido por *mampostería*, y tiene unos treinta pies de diámetro, aunque no es de gran profundidad. Recibe el agua del principal manantial del cual toma el baño su nombre, y de otros más pequeños, proporcionando todos en conjunto un buen caudal de agua.

La temperatura media del agua de estos manantiales es de noventa grados Fahrenheit, en cualquier parte del tanque, emitiendo una gran cantidad de ácido sulfúrico. En una plataforma de madera hay una caseta que sirve de cuarto para los bañistas, que sólo tienen que bajar luego por una escalera para introducirse en el baño, que en toda su extensión está techado y cerrado por muros de piedra. El agua corre contínuamente, incorporándose al río.

El *Baño del Templado* contiene más abundante caudal de agua y es el mayor. Es un tanque casi cuadrado, de veintiocho por treinta pies, con dos y medio pies de profundidad. El suelo es de piedra y tiene un gran cuarto para cambiar de ropa los bañistas. Está igualmente techado. El agua tiene casi la misma composición que la del Tigre. Todos los manantiales y la misma agua del río, contienen ácido sulfúrico, ácido carbónico, sulfato de cal, bicarbonato de magnesia, aluminium, ácido

silícico, carbonato de hierro, oxígeno, nitrógeno, etc.

El *Baño de la Paila* está formado por las aguas del río después que los manantiales del Tigre y del Templado se han unido a él. El cuarto destinado a los bañistas, para cambiar de ropa, es muy espacioso, partiendo de él una escalera que conduce al baño. Durante la temporada de los baños, se tiende allí un toldo, que convierte el lugar en un delicioso salón de baño, fuera del cual el agua alcanza la suficiente profundidad para que se bañen los que deseen nadar, aún cuando allí las aguas no poseen tantas cualidades medicinales.

El manantial de Santa Lucía se asegura que es bueno para las enfermedades de los ojos.

Todas estas aguas, tomadas previa consulta facultativa, son buenas para las siguientes dolencias: reumatismo, debilidad muscular, tumores, sífilis, gota, catarro, bronquitis, leucorrea, diarrea crónica y disentería. Las aguas son, conjuntamente, de uso externo e interno, y en ciertos casos se prescribe, antes de beber las aguas, tomar ciertas medicinas preparatorias. El paciente, con el consejo del médico, puede ser el mejor juez acerca del efecto que en él hagan las aguas, pues en algunos casos no parecen dar resultado satisfactorio.

Las horas de baño para los hombres son de las seis y media a las ocho y media por la mañana, y de doce a dos por la tarde. Cada baño cuesta veinte centavos, adquiriéndose los billetes en los hoteles; no recibiéndose dinero a la entrada.

Un grupo de amigos, haciendo juntos un viaje a San Diego, pueden pasar allí algunas semanas bastante agradables, teniendo la previsión, sin embargo, de llevar con ellos algún libro de grata lectura, pues en el pueblo, ni en español ni en inglés hallarán nada para leer. Los alrededores son muy pintorescos y, al igual que en los otros lugares de Cuba, atrayentes por el carácter nuevo de su paisaje y vegetación. Hay además numerosos lugares interesantes en los alrededores que merecen una visita. Desde luego, en un pueblo como éste, si el viajero no habla español, se ve obligado a depender enteramente de sus propios recursos, a menos que trabe conocimiento con personas que hablen inglés, lo que procurará hacer sin duda alguna.

Una de las excursiones que pueden hacerse a lugares cercanos, es la de "Arcos de Caiguanabo", que es el nombre oficial dado a las "puertas" o cuevas formadas por el río San Diego, al pasar por entre una peculiar formación natural rocosa, que imita un magnífico e imponente arco dividido por un gran pilar. El arco tiene unos cien pies de ancho, cien pies de largo y sesenta pies de altura, corriendo silenciosamente el río debajo de él.

Bajo este portal y al mismo nivel del río, sobre la orilla derecha, se halla la primera cueva, cuya entrada es estrecha y rocosa, pero repentinamente se ensancha presentando un espacioso salón cubierto de estalactitas y de diversas petrificaciones; columnas grandes y pequeñas, y cien figuras con las formas más fantásticas y caprichosas que una

fértil imaginación puede concebir. Este salón recibe la luz por dos aberturas, que permiten a la vez salir a ambos lados del monte.

Más allá del arco está situada la segunda cueva, a la que se llega por un estrecho y corto sendero hecho al pie de la hilera de montes. Presenta las mismas características de la primera. Se desciende, desde esta cueva, siguiendo la base de los montes, por una distancia de unos ciento ochenta pies, ascendiéndose luego por una senda que conduce a la tercera cueva, llamada "Catedral", para ver la cual es necesario llevar antorchas encendidas, pues la luz natural no alumbra más allá de la entrada. Las dimensiones de esta cueva son mayores que las de las otras. La universal costumbre de inscribir nombres, se observa también aquí.

La visita a estas cuevas se hace generalmente a caballo y se ha convertido en costumbre venir aquí a pasar un día de campo, en medio de estos agrestes y pintorescos paisajes. Los que han tenido la fortuna de visitar las cuevas de Bellamar, cerca de Matanzas, no apreciarán mucho estas de San Diego.

La cueva del "Taita Domingo", que se dice es la auténtica que habitó el infeliz negro leproso que descubrió los baños, se halla al noroeste del pueblo, y es una gran caverna sombría todavía no explorada.

Con un buen guía y mucho trabajo el viajero puede ascender hasta la cresta de la "Loma de la Güira", desde la cual podrá gozar del espléndido panorama que ofrece aquella región, contemplando

los mares del norte y del sur, el primero distante unas diez y ocho millas y el segundo unas veinticinco.

Un paseo a pie o a caballo a la "Casita de la Loma", o como más propiamente se designa, "Hermosa Vista", que es el monte que se ve al norte de la plaza de Isabel II, es un buen ejercicio y una agradable ocupación.

En el caserío de Hato se puede observar el cultivo del tabaco. Se halla situado a no más de media milla y hay allí un cortés *administrador* siempre dispuesto a atender a los extranjeros.

En adición a la caza, que abunda en los montes, hay las usuales diversiones en forma de bailes, a los que asisten frecuentemente muy bonitas muchachas, y hay además, de vez en cuando "peleas de gallos", para los que gusten de semejante espectáculo.

Al dejar a San Diego, si el viajero ha hecho el viaje de ida por la ruta descrita al comienzo de este capítulo, lo mejor es que retorne por la vía del ferrocarril occidental. Puede hacerlo de manera muy placentera y rápida viajando a caballo o en volanta hasta San Cristóbal, tomando allí el tren que lo conducirá a la capital.



CAPITULO XXIX

UN VIAJE A LA ISLA DE PINOS.—Agradable jornada.—Maravilloso color y transparencia del agua.—Canal estrecho.—Primeras impresiones de Santa Fe y su Plaza.—Buena apariencia del hotel.—Nuestra habitación.—Sólo una araña.—Cucarachas a granel.—Descripción de los baños y aguas.—Sus beneficios.—Maravillosas curaciones.—Billar barato.—Una fiesta en el Cerro de los Cristales.—Saboreando un almuerzo.—Soberbio panorama.—Visita a una casa de campo.—Manera cómoda de recibir a los invitados.—Hacienda de piñas.—Un "bonito" animal.—Grandes caimanes.—Abandonamos la Isla.—Equipaje por expreso.

HALLANDOME en la Habana sufriendo de una severa afección bronquial, me informaron, "oficialmente", que debía hacer una de las dos siguientes cosas: o dejar de fumar o dirigirme a la Isla de Pinos y tomar los milagrosos baños de sus aguas minerales. Considerando lo último el menor de los males, hice mis preparativos y en compañía de mi *compagnon de voyage*, me dispuse a pasar allí el tiempo suficiente para obtener una curación completa de la mencionada dolencia.

Habiendo obtenido de mi estancia en la desierta Isla mucha y muy variada experiencia, la expongo aquí en beneficio de los futuros viajeros.

La Isla de Pinos, o, como todavía es llamada, *Reina Amalia*, (1) tiene una extensión de quinientas cuarenta millas cuadradas, estando situada directamente al sur del extremo occidental de la Isla de Cuba. Su largo de este a oeste es sesenta y cinco millas y su mayor anchura de norte a sur es de cuarenta millas. Dista de la Habana algo más de noventa millas, y sólo cincuenta y cuatro millas desde el embarcadero de Batabanó, donde el viajero toma el vapor que lo conduce a la isla en línea recta. Sin embargo, debido a los numerosos cayos e islitas que rodean la Isla de Pinos, el canal por donde han de navegar los buques es muy intrincado, lo que hace que la navegación sea más larga de lo que sería sin tales dificultades.

Cristóbal Colón dió a dicha isla el nombre de *La Evangelista*, habiendo llegado a ella el 24 de junio de 1494. Se halla ahora casi tan deshabitada como cuando fué descubierta, pues si bien es cierto que hay en la isla dos pueblos, el número de sus habitantes es muy reducido, llegando sólo a dos mil siete. Fué en esta isla donde la expedición de Drake, de vuelta de Costa Rica, fué atacada por el almirante español Avellaneda, quien consiguió capturar uno de los buques de aquél.

(1) Se le dió el nombre de "Colonia de la Reina Amalia", en 1830, en obsequio de la tercera esposa de Fernando VII.—(*N. del T.*)

En su forma, ofrece la exacta representación de una volanta vista de perfil. Tiene dos grandes cadenas de montañas, conocidas una por *Sierra de la Cañada*, de mil quinientos pies de altura, y otra por *Sierra de la Daguilla*, de mil seiscientos cincuenta pies de alto. Además de la fama que goza por sus aguas medicinales, es celebrada por sus canteras de mármol y sus bellos ejemplares de cristal de roca.

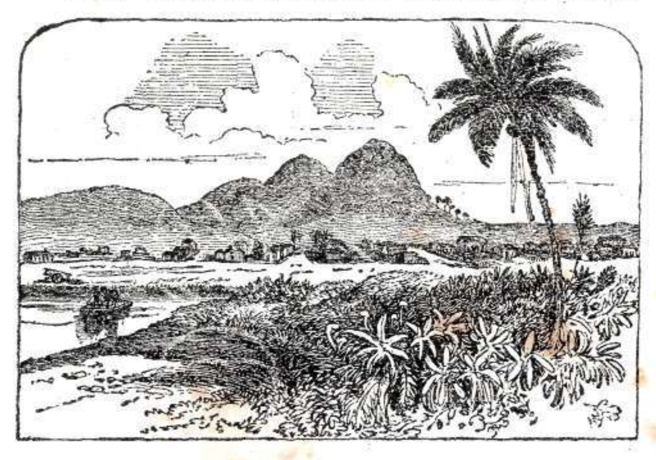
Es realmente grande la reputación de que goza la Isla de Pinos por poseer los más excelentes manantiales minerales del mundo, que han producido, siu duda alguna, extraordinarias, por no decir milagrosas, curaciones, lo que ha motivado que acudan aquí pacientes de todas partes de la Isla de Cuba, de los Estados Unidos y aun del Viejo Mundo, deseosos de probar la eficacia de sus aguas.

Hay comunicación con la Habana una vez a la semana. Se toma en la capital el tren de las 5.45 cualquier jueves por la mañana, en la estación de Villanueva, extramuros, con destino a Batabanó, teniendo cuidado el viajero de cambiar de tren en San Felipe. Batabanó es un pequeño y pobre pueblo, sin comodidades para los viajeros; pero éstos, a su llegada, pueden dirigirse directamente al pequeño y bonito vapor "Cubano Nuevo" que zarpa inmediatamente en dirección a la Isla de Pinos. El buque va directamente al desembarcadero de Santa Fe, que es el lugar a donde aconsejo que se dirijan los viajeros.

Los buques hacen escala, además de Santa Fe,

en Nueva Gerona. Este último es un muy pequeño pueblo situado al pie de unos montes, rodeado de palmares, y a orillas del "Río de Sierra de Casas", y a cierta distancia de su desembocadura. Las principales autoridades de la isla radican allí y cuenta con una pequeña guarnición de tropas que ocupan un cuartel.

Desde Santa Fe puede irse fácilmente a Nueva



NUEVA GERONA

Gerona, en volanta o a caballo. Como hospedaje sólo hay el "Hotel de Fargas", muy mediano.

Santa Fe, que es el lugar preferido por los viajeros, no pasa de ser una misérrima congregación de casas, a orillas del río del mismo nombre, a alguna distancia de su desembocadura, así como del desembarcadero del vapor. Este desembarca-

dero es un tosco muelle de madera donde se estacionan los coches y diligencias que van a Santa Fe.

Al desembarcar se nos dice que estamos en Santa Fe y se nos señala la Plaza, que de hecho parece ser todo el pueblo, pues a su alrededor están todas las casas del mismo, o por lo menos, la ma-



PLAZA DE SANTA FE

yoría. La plaza misma es una extensión de terreno ocupada por montones de polvo, pilas de desperdicios, asnos sueltos y perros de hambriento aspecto.

Con extraños presentimientos de lo que nos pueda reservar la suerte hasta que el próximo vapor salga, nos dirigimos a cruzar un pequeño puente de madera, bajo el cual nos aseguran que hay varios

manantiales; y al ascender una loma al otro lado del pueblo, nos sorprendemos agradablemente al ver frente a nosotros dos o tres edificios de piedra de imponente aspecto, que nos dicen son los hoteles. Nos dirigimos al que nos afirman ser el mejor, llamado "Hotel de Santa Rita".

Encontramos que sus habitaciones son grandes, limpias las camas y los propietarios amables y corteses. Dirige el establecimiento un cubano, el doctor Díaz, que vive en el mismo con su esposa e hijos.



SOLO UNA ARAÑA

Sin embargo, la primera experiencia en nuestra habitación no fué todo lo satisfactoria que hubiéramos deseado, pues al proceder a hacer uso del lavabo situado en una esquina, instintivamente retrocedí con horror al aparecer ante mi vista un tremendo insecto, con una especie de cuerpo giboso y larguísimas patas aplastadas, armado en diferentes lugares con peculiares dardos membranosos, en conjunto un horrible objeto viviente adherido a la pared. No logrando persuadir a mi amigo que diera buena cuenta de él, pues se

mostró decidido a ni siquiera "tocarlo", y deseoso de aumentar mis conocimientos de historia natural, llamé al hostelero y le pregunté a nombre de quien y con qué derecho había un ocupante en nuestro cuarto, respondiéndome al darse cuenta de lo que se trataba.

—*No es nada;* es sólo una araña.

Y sin más preámbulo le dió un manotazo para arrojarla al suelo y acabó su existencia aplastándola con su bota,

—Voy a utilizar la gaveta de esta mesa—dijo mi amigo egoístamente, a la vez que tiraba de ella.

En mala hora lo hizo, pues perturbó a todo un nido familiar de cucarachas, a lo menos en número de cincuenta, de gran tamaño, que cayeron al suelo junto con la gaveta, al soltarla inmediatamente mi amigo, desparramándose las cucarachas en todas direcciones, en tanto aquél procuraba vanamente detenerlas en su huida.



CUCARACHAS A GRANEL

Con semejantes experiencias, llegamos a creer que nuestro cuarto había sido algún tiempo atrás

un jardín zoológico, y resolvimos, como medida de precaución, examinar cuidadosamente el interior de las camas y todos los rincones, afortunadamente sin otro ulterior resultado malo.

El clima de la Isla de Pinos es perfectamente delicioso, el aire puro, seco, balsámico, y los vientos, que vienen del mar y pasan por bosques de pinos, suaves y vigorizantes.

En la actualidad sólo uno de los manantiales se usa para los baños, y es el denominado "Templado", sobre el cual se han erigido las casas de baños con dos compartimientos, uno para hombres y otro para mujeres. Cada compartimiento tiene veinte por seis pies de extensión, son sólido piso de piedra y una profundidad de agua de tres y medio pies. El agua tiene una temperatura de unos ochenta y dos grados Fahrenheit y está impregnada de oxígeno, acido carbónico, cloruro de sodio, sulfato de cal, carbonato de cal, hierro, magnesia, cloruro de calcio, nitrato de cal, sílice y extractos de materias orgánicas.

Por mi personal observación y experiencia, estoy en situación de certificar acerca de los beneficios de dichas aguas, tanto en su uso externo como en el interno.

Había estado sufriendo por algún tiempo de una afección bronquial, que me obligaba a someter mi garganta a frecuentes toques con cáusticos y sales de cobre, sin que me produjeran ningún beneficio material o permanente. Al venir a la Isla de Pinos, en ningún respecto cambié mi género de

vida, cuidando solamente de tomar mis dos baños y beber unos cuatro vasos de agua al día. Con este solo régimen a los diez días, cuando abandoné la isla, me sentí completamente curado y desde entonces a la fecha no he vuelto a sufrir de dicha dolencia. Probablemente contribuyeron materialmente a la curación la excelencia de los aires y el cotidiano ejercicio.

La rutina general es tomar el baño antes del almuerzo, bebiendo previamente un vaso de agua, permaneciendo en el baño durante un cuarto de hora; al salir de él se vuelve a beber otro vaso de agua, y se retorna al hotel. Por la tarde se repite lo mismo. Cuando yo estuve allí, había un buen número de americanos, algunos de los cuales llevaban bastante tiempo de tratamiento y casi todos derivaron un gran beneficio de las aguas. Un caballero de sesenta años de edad, estaba tan débil al salir de los Estados Unidos, que tuvo que ser conducido en una litera al vapor, en Nueva York. Cuando le conocí en Isla de Pinos, paseaba solo a caballo.

No es Santa Fe un lugar recomendable para los que sólo viajan por placer; pero cuando la salud está en peligro, y quizás la vida misma, se sufren sin protesta muchos inconvenientes ante la esperanza de curar. Así y todo, una partida de amigos puede pasar allí el tiempo agradablemente, teniendo la precaución de llevar consigo libros y algunos condimentos y objetos útiles que pueden ser fácilmente adquiridos en la Habana. Si estos

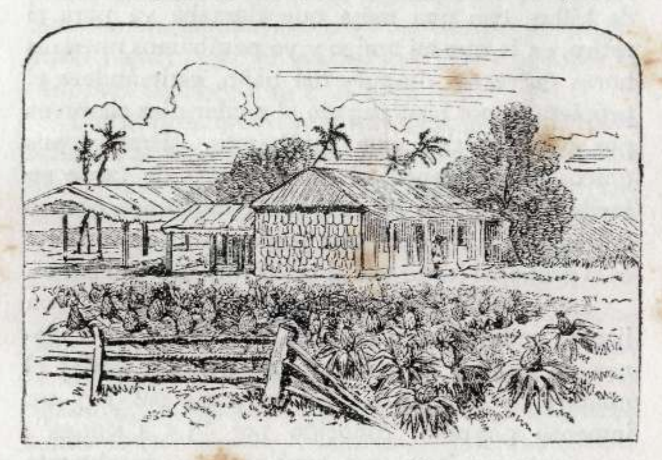
manantiales, y el clima delicioso que los rodea, estuvieran en cualquier lugar de los Estados Unidos, Santa Fe llegaría a ser un gran lugar de reunión para los enfermos, con el cual ni Saratoga ni Sharon podrían rivalizar.

Los gastos de vida allí, al presente, son razonables, cobrando el hotel diariamente dos pesos veinte centavos, siendo contados los extras que hay que abonar. Los caballos se alquilan a precios muy baratos, un peso o peso y medio por una tarde. Hay también algunos buenos carruajes de dos caballos, que se pueden utilizar todos los días excepto aquellos en que llega el vapor.

En la vecindad de Santa Fe, y de hecho en casi toda la isla, el terreno es casi llano; pero hay hermosas sendas y caminos que conducen a lugares algo distantes, donde el suelo se presenta más ondulado y aun montañoso. Está tan poco poblada la isla que sólo a grandes distancias se encuentran haciendas dedicadas a la cría de ganados y al cultivo de algunos vegetales. Con todo, aquí vi la mayor plantación de piña, de que ya me habían hablado antes de venir, y creo hay otras más en esta isla, así como en Baracoa. La piña se cultiva de diferente manera a como estamos acostumbrados a ver en nuestros invernaderos. Aquí se cultiva la piña, de la misma manera que nosotros las coles, y a cierta distancia, la apariencia de un campo de la primera pudiera confundirse con un campo de las segundas. Cada planta no produce más que una piña a la vez, y cuando

ésta está madura, se arranca y la planta se poda, no dejándole más que el tallo. Retoña luego por tres o cuatro lugares y de nuevo da fruto. Tengo entendido que para la cosecha de las piñas no hay época determinada, separándose de la mata a medida que maduran.

Los habitantes de esta isla son sencillos, bon-



CAMPO SEMBRADO DE PIÑAS

dadosos y muy aficionados a conversar con los extranjeros. Poseen una dignidad natural, una manera cortés de ofrecer hospitalidad, y a la vez un tal grado de espontaneidad y ausencia de los convencionalismos sociales, que realmente encantan y nos sorprenden por su misma rareza. Algunas de sus costumbres no dejan de chocarnos, como por ejemplo la de permitir a sus niños andar com-

pletamente desnudos. Esta práctica, sin embargo, no la hemos visto sólo en la Isla de Pinos, sino en toda la Isla de Cuba. Este pueblo sencillo no parece darse cuenta de que tal costumbre puede resultar a veces inconveniente, si no indecente.

En uno de los hoteles de Santa Fe, favorecido principalmente por los cubanos, había un salón de billar, con una mesa que clamaba ya para el retiro, en la que mi amigo y yo pasábamos nuestras horas de recreo después del baño, estimándose el propietario por bien pagado al recibir diez centavos por cada partida que jugábamos. Eramos sus únicos parroquianos, si exceptuamos de tarde en tarde a un grupo de ruidosos campesinos que se entregaban a un excitante juego a los palos. Este es el principal juego que al billar juegan los cubanos.

La Isla de Pinos es generalmente llana, con ligeras ondulaciones, cruzada aquí y allí por cadenas de montes cuya altura no permite darles el nombre de montañas. En su parte sur hay un inmenso pantano, conocido por "La Ciénaga"; una vasta marisma, con agua y rocas, totalmente inhabitada, excepto por medio salvajes pescadores, y sin medios de acceso, a no ser por una peligrosa e insegura vereda por la parte de tierra, o en bote por la parte del mar, empleándose en la travesía dos días desde Nueva Gerona. Por lo que me contaron los habitantes, esta ciénaga ofrece interés para el viajero científico. En el punto conocido por Cabo Francés—que es una punta rocosa que avanza hacia el océano, formando con la tierra principal

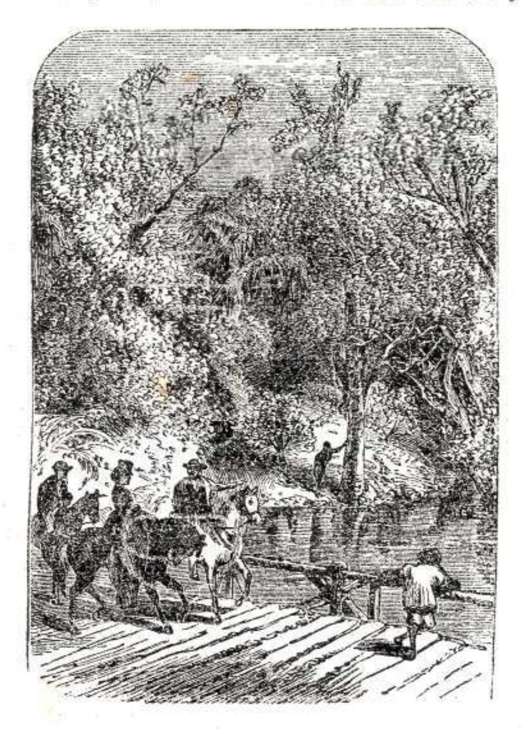
una gran bahía,—hay un pequeño cayo o islita que se comunica con aquél, que es un lugar constantemente habitado por las más grandes especies de cocodrilos, debido a lo cual es conocido por el cayo de los Cocodrilos. En la playa del Cabo, se encuentra además una innumerable cantidad de hermosas conchas de raras especies, así como formaciones coralinas. No tuvimos tiempo de visitar aquel lugar; pero el viajero que desee hacerlo, le será fácil conseguir un guia y un bote.

Por la descripción que nos hicieron de aquellos mónstruos marinos, deben pertenecer a la especie de los *crocodilus rhombifer* de que nos habla Bibron, dado que son mucho más grandes que los simples aligatores que nosotros conocemos. El nombre común de éstos en Cuba, es *caimán*.

Lugar que todo viajero que va a la Isla de Pinos debe visitar, es el *Cerro de los Cristales*, una altura situada muy al centro de la isla y a unas doce millas de Santa Fe. Una partida de nosotros, formada de señoras y caballeros, celebramos allí una fiesta en una espléndida mañana de marzo, almorzando al pie del monte. Sumábamos en total ocho personas, y salimos a las seis de la mañana, montados a caballo.

Nuestro camino fué por entre un paisaje agreste y hermoso, ya por entre un rumoroso pinar, ya cruzando algún gorjeante y plateado arroyo, ya subiendo a lo alto de una loma para obtener una vista general del país que nos circundaba. Aun en aquellos sugestivos lugares nos divertimos con

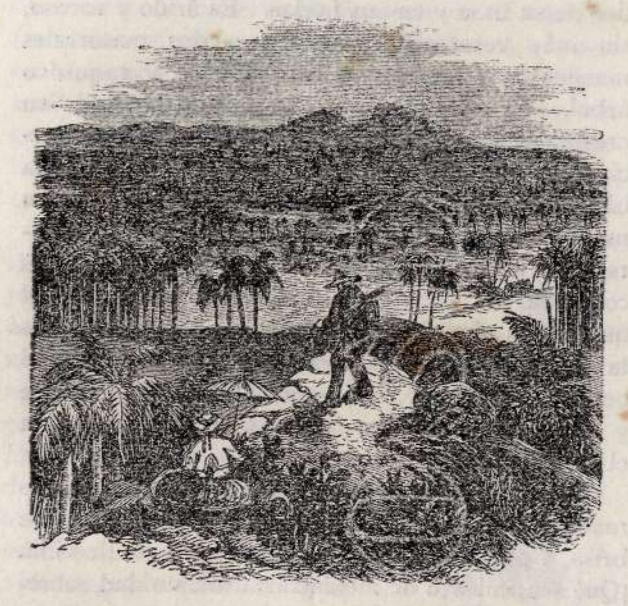
varias *cosas de Cuba*, como por ejemplo, el *trepador de palmas*, un muchacho negro completamente desnudo, quien, utilizando sólo sus manos y ro-



DE EXCURSION

dillas, subía por el liso tronco de una palma con la agilidad de un mono joven; y las verdes cotorras que nos ensordecían con sus desagradables chillidos. Después de tres horas de grata jornada,

llegamos al pie del Cerro de Cristal, y como nos sentíamos con gran apetito, antes de intentar el ascenso procedimos a almorzar a orillas de un arroyo murmurador, con el suave césped bajo nuestros



EL CERRO DE LOS CRISTALES

pies y las pencas de las graciosas palmas meciéndose sobre nuestras cabezas. Concluído el yantar, volvimos a montar sobre los caballos y procedimos a la ascensión del Cerro.

Aunque el Cerro de los Cristales no es muy alto, como está situado en una meseta, desde su

cima se domina una gran extensión de terreno, que puede considerarse como el más bello panorama de la Isla. Debe su nombre el cerro a la gran cantidad de cristales de roca encontrados alrededor de su base y en sus faldas. Es árido y rocoso, sin más vegetación que uno o dos matorrales macilentos y algún que otro aislado y raquítico árbol. El espectáculo de que se goza desde su cresta, es sorprendentemente bello en todas direcciones. Se ve, tendida a nuestros pies, toda la isla, como si nos encontráramos en el centro de un mapa. Al norte, son claramente visibles los montes de Nueva Gerona; al sur, la cadena de montes conocida por *Sierra de la Cañada*, cerca de mil quinientos pies de altura, tapando a nuestros ojos la gran ciénaga; mientras que por el este y el oeste distinguimos montes y valles; y el distante y como esfumado mar, que casi se confunde con el firmamento.

¡Qué soberana impresión de quietud se experimenta! Ni un sonido, apenas si el leve hálito de la brisa, y por encima del paisaje ni un signo de vida. ¡Qué sentimiento de melancólica solemnidad sobrecoge al que contempla una tal escena, tan agreste, tan tropical en su aspecto! La misma quizás de los días del gran Colón, que fué el primero en desembarcar en estas playas, o de cuando, más tarde, los osados bucaneros, cargados de botín, volvían de sus expediciones marinas para ocultar el producto de sus robos y gozar de las delicias de sus báquicas orgías en esta quieta isla.

Se asegura que los corsarios frecuentaban mucho esta isla, habiéndola convertido en refugio y cuartel general de operaciones y desde la cual salían para distintas expediciones. Sea debido a esta u otra causa, es lo cierto que la isla goza de mala reputación entre las autoridades españolas, que aun en los actuales días la utilizan como lugar de deportación para aquellos individuos de mala fama, vagos y borrachos, así como para los acusados de delitos políticos, todos los cuales viven aquí en libertad mezclados con los habitantes de los pueblos.

De vuelta al hotel nos detuvimos por corto tiempo, en una casa de campo para resguardarnos de los ardientes rayos solares del mediodía, a la vez que tener un rato de charla con la *guajira* que en ella moraba. Estando allí, tuvimos ocasión de divertirnos, y algunas de las señoras sentir cierta aprensión con la llegada de un fornido negro, vestido con sólo unos destrozados pantalones, que conducía, atado con una cuerda, un magnífico ejemplar de *iguana*, animal de los más repugnantes de cuantos en mi vida he visto. El negro trató de venderla a alguno de nosotros.



UNA IGUANA

—¿Qué quiere que haga con este animal?— hubo de decirle una señora.

—Comerlo.

—No lo haría ni aunque me estuviera muriendo de hambre.

—Podría llevárselo como un animal raro, señora.

No hubo modo de que el negro hiciera negocio.

En passant, permíteme ¡oh, lector! un amistoso consejo; no des tu ropa a una lavandera en el hotel, a menos que el propietario no salga garante por ella, pues así evitarás resultados desagradables y escenas más enojosas de lo que puedes imaginar. Os cobrarán veinticinco centavos por cada pieza, y cuando os la traigan probablemente haréis lo que nosotros: arrojar la ropa en el suelo y bailar sobre ella una danza guerrera, ante la sorpresa y el horror de la voluminosa negra, a quien graciosamente informamos que hubiéramos deseado fuera un hombre para tener el placer de hacer de ella una "tortilla" por haber perdido, roto y manchado nuestra ropa con la excusa de lavarla.

Abandonamos la isla con una nueva experiencia. El vapor zarpaba a las once; ordenamos que se pusiera nuestro equipaje en un carretón, para que fuera conducido "por expreso", como se nos dijo, a las ocho, en tanto nosotros nos quedábamos a almorzar, lo que efectuamos con entera satisfacción no obstante las repetidas llamadas que nos hacían de que el carruaje iba a salir.

Habíamos propuesto que nuestro equipaje se llevara en el mismo carruaje, pero no se nos per-

mitió, pues se trataba de un coche de dos caballos, de limitada capacidad, a su decir, y debía salir tres horas antes de que zarpara el vapor, no obstante que se trataba de un recorrido de seis millas. Tomando las cosas con calma, dijimos al hotelero que en todo caso nos consiguiera otro carruaje, lo que no pudimos lograr, ni como gracia ni con di-



NUESTRO EQUIPAJE POR "EXPRESO"

nero; pero nos arreglamos de manera de demorar nuestra partida. Así y todo, al llegar al punto de embarque, todavía tuvimos que esperar una hora, pues no era cosa de partir sin nuestros equipajes. Al fin aparecieron éstos, conducidos "por expreso" en una gran carreta tirada despaciosamente por cuatro bueyes, sobre la cual estaban colocadas nuestras pequeñas maletas.

Un pobre joven, de Maine, en los últimos grados de la tisis, que había venido aquí con la esperanza de alguna mejora, estaba con nosotros, y retornaba a la tierra natal para morir en ella, habiéndole asegurado los médicos que era ya demasiado tarde para que las aguas le curaran o siquiera mejoraran. No pude menos que sentir

costa sur, alejados de la ruta usual de los extranjeros. Deslizándonos suavemente por la cubierta, nos inclinamos a poco sobre la borda del buque y mirando bajo nosotros, vemos al través de una pura y verde agua, el fondo del mar, de blanca arena, que nos parece tan plácido y bello que no dudamos sea el lugar de juego de las sirenas, aun cuando no vemos ni siquiera un pez. O bien nos situamos en el puente y aspiramos el delicioso y embalsamado aire del sur, mientras nuestros ojos se recrean contemplando las agrestes bellezas de la verdeante costa.

Si el viajero que va a Cuba desea ver sus más hermosas regiones y a la vez sus pueblecitos más bellos y quietos, no debe dejar de hacer esta excursión a lo largo de la costa sur de Batabanó a Santiago de Cuba, deteniéndose en Trinidad, y si lo desea, tomando en Santiago de Cuba el buque que lo devuelva a los Estados Unidos. Y si quiere visitar antes las Antillas inglesas, puede hacerlo en los vapores franceses que a ellos se dirigen desde dicho lugar.

El viaje es muy agradable, aun para las señoras, pues los buques son grandes y buenos y las comodidades a bordo excelentes. Es tan grato y bello, como un viaje en verano por el Hudson o hasta Lake George, estando generalmente el mar tan tranquilo como un lago. Con buenos compañeros y abundancia de lectura entretenida, resulta el viaje de los más placenteros. Toda la información necesaria respecto a la salida de los buques,

puede obtenerse en la casa consignataria, sita en la calle de Amargura número 16, Habana.

El precio del pasaje en dichos vapores desde Batabanó a Cienfuegos, es doce pesos, y hasta Trinidad, que es el primer puerto donde deberá detenerse el viajero, diez y seis pesos. Tomando en la Habana el tren de las 5.45 por la mañana, el viajero llega a Batabanó a las 8, y se dirige inmediatamente a bordo del vapor, anclado al lado del muelle. Inmediatamente se pondrá en comunicación con el camarero y eligirá su camarote, que deberá preferir sea de la cubierta, si los hay disponibles. No estará de más vigile su equipaje, pues a veces los cargadores se equivocan, no obstante su constante expresión de "*bueno, muy bueno*".

Una vez a flote y después de un vistazo a todo lo que nos rodea, en seguida nos sentimos como en casa propia, máxime cuando nos damos cuenta de que el buque y su maquinaria son "cosas yanquis", construídos bien en Nueva York o en Filadelfia; a la vez que las alegres miradas y las corteses maneras de los demás pasajeros nos demuestran que estamos en buena compañía. Un *buenos días* o un *que tiene* pronto establecerán una amistad si el pasajero está en condiciones de hablar algo el español; si no, todo lo que tiene que hacer es mostrarse alegre, como el resto del pasaje, y esperar la oportunidad de hallar a alguien que hable inglés, que se mostrará encantado de poder explicar al *extranjero*, en su propio idioma, las bellezas de la costa cubana.

A las diez suena la campanilla llamando a almorzar. No hay apuro, caballeros, pues cada cual tiene señalado su sitio, y no hay necesidad de la precipitación y la lucha, para obtener un sitio en la mesa, que se observa en nuestros buques y que habla tan poco en favor de nosotros los americanos. Aquí todo el mundo se conduce quieta y ordenadamente; las señoras se dirigen tranquilamente a la mesa que se les tiene reservada en un comedor alto, y los hombres a otro situado en un fresco lugar de la cubierta.

Deseará usted ver, *amigo*, la lista de platos, pero si ha estudiado la que tuvimos oportunidad de dar en la primera parte de este libro, estará ya al corriente de la comida. La mesa aparece abundantemente servida con lo mejor de la cocina española, y hay además suficiente hielo y *vino catalán* para hacer que los manjares no interrumpan su camino hasta el estómago. No comas aprisa, mi amigo, que esta gente no está acostumbrada a convertir en trabajo lo que siempre debe ser un placer.

Desde que se deja atrás Batabanó, la costa, por alguna extensión, es completamente baja y generalmente cenagosa; pero al llegar a las cercanías de Cienfuegos, se convierte en alta y aun montañosa. Por la derecha, que es el lado constante de la tierra, a alguna distancia de la costa, hay bajos, cayos o islitas rocosas, conocidas por *Los Jardines*, muy peligrosas para el navegante, si no conoce bien aquellos lugares.

Muchos de los pasajeros después del almuerzo se sentaron a jugar lo que llaman "Loto" (1) al que todos son aficionados más o menos. Aun la camarera trata de especular con el juego, ofreciendo a todos los pasajeros una *boleta* en la rifa de un reloj, u otro objeto, encontrando compradores tanto entre las señoras como entre los hombres.

El día va declinando y no tardamos en gozar de las bellezas de una noche de luna en un mar tropical, de la que gozamos ampliamente antes de disponernos a tendernos en nuestras literas con fondo de mimbre, sobre el que se ha tendido una simple sábana,—una magnífica idea para los buques en tiempo de calor, pues semejantes camas, siendo frescas y completamente elásticas, resultan muy cómodas.

Llegamos frente a la bahía de Cienfuegos a ciertas horas de la noche, en que no se permite la entrada, por una disposición que afecta a todos los puertos de la Isla, particularmente en tiempos de guerra, por lo que tenemos que esperar hasta que amanezca. Entramos en la hermosa bahía a la luz del sol naciente. Es muy extensa y se la conoce con el nombre de *Jagua*. El canal de entrada es sumamente estrecho, con una farola en el punto extremo y fuertes de piedra en los montes que se elevan en la boca, ninguno de los cuales me pareció de importancia.

---

(1) Seguramente se refiere al juego casero denominado "lotería".—(*N. del T.*).

Pueden anclar dentro de la bahía los buques de gran calado, y los montes que la circundan ofrecen completo abrigo de los vientos tempestuosos que puedan soplar. Fue ésta la bahía que visitó Colón en su primer viaje, y hablando de ella el Padre Las Casas, la califica del puerto más magnífico del mundo, comprendiendo dentro de sus límites una extensión de seis leguas cuadradas. Herrera, al describir el puerto y bahía de Cienfuegos, tal como lo vió Ocampo en su viaje de bojeo alrededor de la Isla, dice: "Allí estuvo Ocampo a su satisfacción, bien abastecido por los indios de gran número de perdices, iguales a las de Castilla, sólo que algo más pequeñas. Igualmente obtuvo abundancia de *lizas*. No tenían más trabajo que cogerlas de un vivero natural, donde había millones de ellas, con la misma facilidad que si estuvieran en el tanque de una casa". Si todavía hay allí tal abundancia de *lizas*, es cosa que no he podido comprobar.

El vapor llega al muelle a las seis de la mañana, y como no parte hasta las once, el viajero dispone de amplio tiempo para ir a tierra y ver la población, o probar las excelentes ostras, de las que siempre hay grandes cantidades en "La Paz" o "La Unión".

Probablemente ningún otro lugar de la Isla ofrece tan grandes oportunidades como Cienfuegos para presenciar la elaboración del azúcar, pues se halla rodeado de un inmenso distrito productor de caña, con algunos de los mejores ingenios cubanos.

Es halagüeño para un americano saber que uno de los más hermosos y mejor dirigidos de estos ingenios pertenece a uno de sus paisanos; y cuantos hayan visitado Cienfuegos se habrán familiarizado con el nombre de "Ingenio Carolina".

Este, realmente una soberbia hacienda, es propiedad del señor Guillermo N. Stewart, de Filadelfia, y se halla situado en la bahía, a unas doce millas de la población.

Comprende cinco mil acres de tierra de la mejor calidad; los edificios del ingenio propiamente dicho, construídos todos de sólida mampostería, están situados en un lugar sumamente pintoresco, un río de frescas aguas atraviesa la propiedad.

El mascabado que se produce en este ingenio, por los medios mejorados de clarificación, tiene la reputación de figurar entre los más limpios y mejores de la Isla.

Emplea el ingenio unos quinientos trabajadores, que viven en pequeñas casas de mampostería, cada una con su portal al frente y todas formando calles regulares, presentando una limpia y atractiva apariencia.

Para abastecer a los trabajadores de lo necesario, el propietario ha establecido una tienda para la venta de ropa, comestibles y bebidas, logrando así que los negros no tengan que ir a comprar a otro lado y gasten su dinero donde obtengan por él su equivalente. No se permite la venta de licores dentro los límites del ingenio.

Un escritor cubano ha dicho refiriéndose a este

INGENIO "CAROLINA"

ingenio: "El grado de prosperidad con que esta hacienda ha sido bendecida, es debido únicamente a la feliz administración de su propietario, cuyo ejemplo es de desear imiten todos los de la Isla".

La producción es de unos 4.000.000 de libras de azúcar mascabado, y de 200.000 galones de melazas.

Nada decimos de Cienfuegos, porque ya en un previo capítulo hicimos su completa descripción. Volviendo, pues, al vapor, mientras éste sale, tenemos otra magnífica oportunidad de ver la hermosa bahía.

Siguiendo luego a lo largo de la costa, empezamos a gozar de sus montañosas bellezas. Durante una milla o dos se nos ofrece un panorama constantemente cambiable de verdes montes, cuyas pendientes terminan en el mar, extendiéndose aquéllos tierra adentro, y algunos de los más altos, en la distancia, tal parece que sirven de sostén al firmamento.

Ignoro si Tennyson visitó alguna vez en persona los trópicos, pero en ellos al menos estuvo en espíritu cuando escribió, como si estuviera inflamado por un ardor:

«Oh, hundred shores of happy climes,
How swiftly streamed ye by the bark!
At times the whole sea burn'd; at times
With wakes of fire we tore the dark;
At times a craven craft would shoot
From heavens hid in fairy bowers,

With naked limbs and flowers and fruit,
But we not paused for fruits nor flowers (1)».

El sonido de la campanilla que nos llama, interrumpe nuestros románticos ensueños. Pero hace sólo una hora o poco más que almorzamos. Indudablemente, no nos llama para comer; no, se trata solamente de beber algo en forma de *refrescos*, que hacen con limones o con naranjas y que colocan en grandes y frescos jarros, pudiéndose servir cada cual a su gusto.

Es un espectáculo atrayente ver como estas bellas cubanas absorben sus *refrescos*, manteniendo el vaso en sus labios de rubíes con las manos más pequeñas que os podéis imaginar; en tanto que asomando por los bordes bajos del vestido, veis sus diminutos pies, por los que son tan celebradas, y que evidentemente no los destinó la naturaleza para caminar.

—De seguro—(me parece que oigo decir a una poco caritativa lectora americana)—que si yo hiciera tan poco uso de mis manos y pies como hacen ellas, también poseería tan insignificantes apéndices.

¿Quién sabe?

El hecho es que los tales apéndices son muy bonitos, y creo que la mayor parte de las señoritas

(1) «*¡Oh, playas de afortunados climas,—cuán dulcemente os recorre la barca!—A veces el mar entero arde; a veces,—con estelas de fuego la obscuridad desgarramos;—A veces, acobardado barquichuelo volar quisiera,—para ocultarse en la mansión de las hadas,—de desnudas piernas y con flores y frutos;—pero nosotros no podemos detenernos para frutas ni flores*».

están positivamente convencidas de ello, a juzgar por la manera como los ponen en evidencia.

La elegante manera con que fuman sus cigarrillos después del *refresco*, la gracia con que mantienen los cigarros entre sus dientes de perlas, es realmente encantadora; y ciertamente es un nuevo placer para el fumador, tener ocasión de ofrecer un delicado cigarrillo a una de sus bellas compañeras.

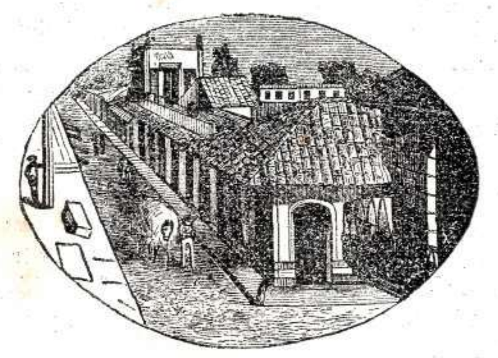
A las cuatro de la tarde llegamos frente a las altas y bellas montañas de Trinidad, parte y continuación de la cadena que hemos estado viendo todo el día, conocida por la sierra de "Guanahuya". Poco después tenemos ante nuestros ojos a Trinidad, la hermosa Trinidad, sobre esta balsámica costa sur. Vista desde el mar, a alguna distancia, como recortada sobre la falda de una montaña, con sus blancas murallas que brillan heridas por los dorados rayos solares, semeja un bebé en el pecho de su madre.

Se emplea algún tiempo para entrar en su puerto, pues frente a la bahía hay una estrecha punta de tierra conocida por la *Punta de los Negros*, que, con la tierra principal, forma la bahía y puerto de Casilda.

El vapor remonta la punta y la dobla, y siguiendo luego en la misma dirección que veníamos, tenemos ocasión de ver, sobre la playa de esta hermosa bahía, el pequeño villorrio de Casilda, que es el punto de entrada de Trinidad. Hay otros dos puertos de entrada, pero no en uso: el de "La

Boca", en el suroeste, donde desagua el río Tayabo, el del río Musé, en el sureste. El ancoraje en la bahía no es muy bueno, pues debido a la poca profundidad de sus aguas, los buques de algún calado tienen que anclar lejos y ser cargados y descargados por medio de lanchones. Hay en Casilda una muy extensa serie de muelles y almacenes, por radicar en ella los negocios marítimos, no obstante ser en si mismo un poblado insignificante, con algunos grandes almacenes. y la estación del ferrocarril que lo conecta con Trinidad.

A menos que el tren esté próximo a salir, aconsejo al viajero que trate de alquilar una volanta,



UNA CALLE DE TRINIDAD

pues a veces hay que esperar algunas horas, desde la llegada del vapor a la partida del tren; y como la distancia es sólo de tres millas, con buen camino y hermoso paisaje, es tan agradable ir en volanta como en el tren, aunque resulta más caro, pues

hay que pagar dos pesos, en tanto que el pasaje por tren sólo cuesta veinte centavos. El viaje se hace siempre en sentido ascendente.

Al salir de la estación, no nos impresiona mucho la apariencia de Trinidad, pues las calles inmediatas nada tienen de atractivas, aun cuando se ve que son antiguas y escabrosas, haciéndonos la impresión de que hemos llegado a un pueblo de tercer orden.

Debe uno cuidar de su equipaje, alquilando una *carreta* para su traslado, vigilando la operación de cargarlo en la misma y dándole la dirección al carretonero. Usualmente no se encuentran carruajes frente a la estación.

No hay muchos hoteles en Trinidad entre los cuales escoger. Lo mejor es recorrerlos todos antes de decidirse por el que más atraiga.

Madame Caroline dirige una gran casa de huéspedes, frecuentada por personas honorables, y donde se encuentran bastantes comodidades. Por otra parte, como está servido por mujeres, la preferirán sin duda las señoras, si en ellas encuentran habitaciones desocupadas. A nosotros no nos convino, por su aspecto casero y poı no gustarnos el único cuarto vacío. Volvimos al hotel Niágara, sito en la calle Rosario número 46, y aconsejo a cuantos visiten Trinidad acudan a dicho hotel antes de decidirse por otro. La casa es quieta, situada en lugar céntrico; y si conseguís habitaciones en el primer piso, gozaréis de bastante comodidad. Tiene una grande y aireada *sala*, con fresco suelo

de mármol, donde resulta grato comer y descansar. Mi hostelero es, hasta donde he podido juzgar, tan obsequioso como un gran señor, y a la vez de alegre carácter, que gusta de amena charla y de excelentes tabacos. Si tenéis buen cuidado, cuando vais por primera vez allí, de explicarle que lo deseáis todo bueno, podemos afirmar que no saldréis chasqueados. El costo, por día, es de dos a tres pesos.

Nuestra primera experiencia resultó algo divertida. Después de elegir nuestra habitación, ordenamos al camarero que nos preparara una comida caliente, buena, y tan rápidamente como fuera posible, respondiendo a todas nuestras instrucciones.

—Sí, señor, caliente y aprisa.

A los pocos minutos nos sentamos a la mesa dispuestos a gozar de la ordenada comida.

—Sírvanos la sopa, camarero.

—No hay sopa. Esta noche hay teatro, señor.

Probamos el pescado.

—¡Qué rayos! Este pescado está frío como el hielo.

—Sí, señor. ¿No va al teatro esta noche?

—¡Al diablo el teatro! Lo que deseamos es comer. ¿Qué más hay?

—Ensalada y carne, señor.

Probamos el aceite. Era malo. La carne resultó ser de puerco. Nos sentíamos hambrientos y furiosamente irritados, y dando un salto preguntamos si íbamos a poder comer o no.

—Pero, señor, yo voy al teatro esta noche. ¿Usted no va?

—¡Vaya al infierno el teatro!—gritamos, creyendo que el hombre estaba loco.—Tráiganos el equipaje, nos vamos de aquí en seguida.

El camarero nos respondió humildemente, pero con cierto mal humor:

—Si los caballeros esperan, les calentaré el pescado y les daré algún buen aceite. Tengo muy excelente jamón y fruta en sazón; y si los caballeros tienen paciencia hasta mañana, les aseguro que vivirán aquí como *lords*.

Transigimos, no teniendo otro lugar donde ir, e hicimos una tolerable comida. A la mañana siguiente, después de un magnífico almuerzo, en el cual estaba presente el dueño del hotel, hube de decirle:

—Nos alegramos ver que se sirven aquí a veces excelentes comidas; pero la de ayer fué un descrédito para su casa, señor.

—Sí—respondió tranquilamente,—ya lo sé, y fué por culpa de este muchacho (señalando al camarero), que deseaba ir al teatro aprovechando una entrada que le habían regalado.

El camarero dió algunas excusas.

—Mientes, bribón,—le dijo el viejo con energía.—Yo te oí.

—¿Y dónde estaba usted?—pregunté, extrañándome de que si había oído la trifulca no se hubiera aparecido.

—En el cuarto del lado, descansando.

—Entonces, ¿por qué no vino usted a atender a sus huéspedes?

—*No valía la pena*—replicó asumiendo un aspecto perfectamente inocente.—El muchacho deseaba ir al teatro.

Así, así, ¡oh, lector!, aquí tienes *otra cosa de Cuba*.



CAPITULO XXXI

TRINIDAD DE CUBA.—Calles raras.—Edificios.—Plaza de Serrano.— Interior de las casas.— La casa de Mr. Baker, americano.—Calle de Rosario.—Plaza de Carrillo.—Retreta.—Los cambios causados por la guerra.—El Vigía.—Valle de Trinidad.—Salidas y puestas de sol.— Tocando a vísperas.— Reflexiones acerca de la guerra cubana.—Plaza del Cantero.—Loma del Puerto.—El Potrerillo.—La Barranca.—Lavando ropa.— Domingo de Ramos.—Las señoras en la iglesia.—Un gran día para la Iglesia y el Estado.—Alegrías invernales.—Abandonando a Trinidad.—Bello camino montaña abajo.

TRINIDAD de Cuba es una villa bonita, montañosa y de revueltas calles, con una población de quince mil almas, situada en la falda de la montaña *El Vigia*, a una elevación de cuatrocientos pies sobre el nivel del mar, del que dista más de seis millas, y de la Habana, por tierra, doscientas setenta millas.

Expuesta a las combinadas brisas del mar y las montañas, con un clima delicioso, se la reputa como

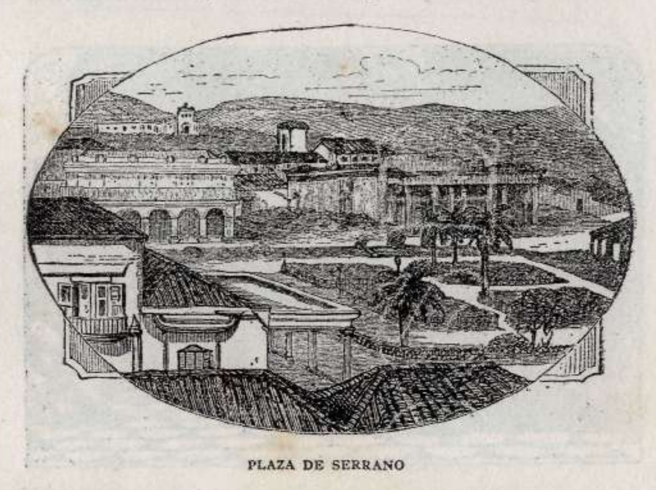
el pueblo más sano de la Isla, en tanto que por su situación en una rica y fértil región, por sus exquisitos y espléndidos paisajes, la belleza de sus doncellas y la general hospitalidad de sus habitantes, sería sin duda alguna, si dispusiera de un buen hotel, la más atrayente población de la Isla para residencia del viajero de delicada salud. Aquí encuentra uno tranquilidad, hospitalidad y frecuentes estímulos para hacer agradable ejercicio, paseando a pie o montando a caballo.

Históricamente no sé hasta que punto logrará interesar al viajero común; pero es lo cierto que fué aquí donde vino aquel "alegre Lotario", galante, aventurero y sagaz, pero cruel conquistador, Hernán Cortés, cuando se separó de su superior y gobernador, Velázquez, de quién se despidió "a la francesa" llevándose todos los buques y hombres dispuestos para la conquista de Méjico. Fué igualmente aquí donde reunió hombres y elementos para aumentar dicha expedición, la historia de la cual, al leerla hoy, nos parece la maravillosa relación de una hazaña asombrosa.

Trinidad es uno de los pueblos más antiguos de la Isla, habiendo sido fundado por Diego Velázquez, en 1513, sufriendo en los primeros tiempos, al igual que otros muchos pueblos de Cuba, varios ataques de piratas y enemigos. Uno de los más serios fué el del corsario inglés Grant, en 1702, quien con trescientos hombres invadió el pueblo y luego se retiró sin sufrir pérdidas. La bahía de Casilda es también famosa por haber tenido lugar

en ella el combate de tres buques de guerra ingleses con los españoles mandados por don Luis Bassecourt, consistiendo las fuerzas de éste en milicianos y algunos veteranos, logrando, no obstante, que los ingleses se retiraran después de tres días de lucha.

Las calles de la ciudad, con pocas excepciones, son estrechas y tortuosas, y las situadas en los

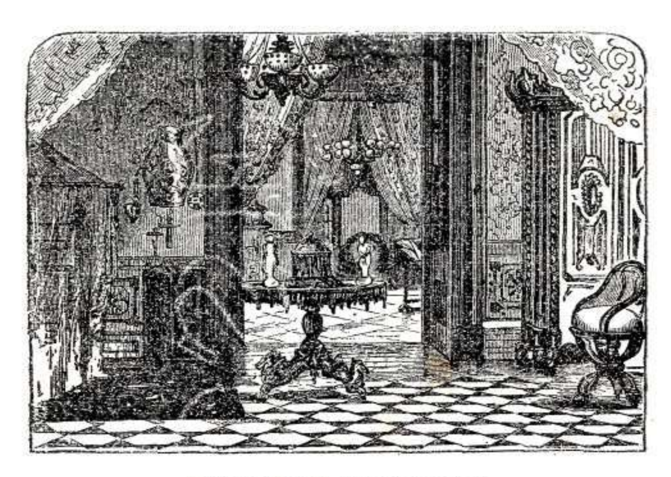


PLAZA DE SERRANO

extremos están sin pavimentar. Las casas, en las principales calles, son generalmente confortables, bien construídas, de mampostería, teniendo algunas el aspecto de magníficas residencias particulares, como por ejemplo, la de la familia Cantero o la del señor Becquer, casi frente a la plaza de Serrano, que forma un espacioso y bien trazado cuadrado en la parte alta de la ciudad.

El edificio que se ve en el grabado que ilustra la página anterior, sobre el monte, es el Hospital Militar, de grandes proporciones, ocupando un lugar alto, aireado, a cierta distancia del pueblo, y al cual se envían los soldados enfermos de aquel distrito.

La casa con arcadas del frente es la del señor Brunet que, tiempo atrás, antes de nuestra guerra

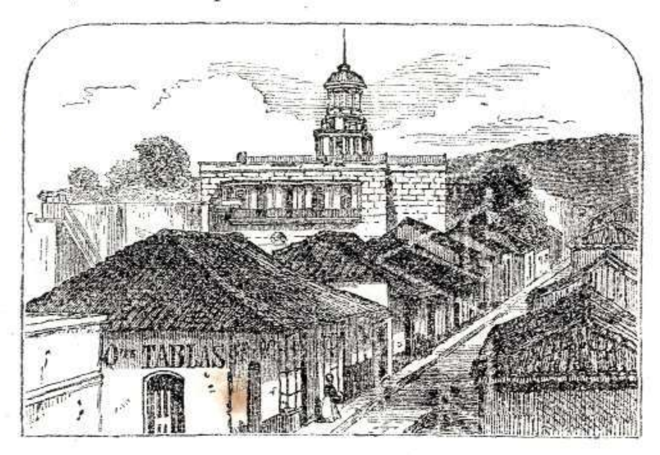


INTERIOR DE UNA CASA DE TRINIDAD

civil, se utilizaba como hotel, del que era propietario un americano, que me aseguraron hizo mucho bien. El edificio del otro lado es la *Iglesia vieja*, que en un tiempo pudo tener bella apariencia pero que hoy es un montón de ruinas, manteniéndose sólo en pie algunos macizos pilares.

Las casas de Trinidad se diferencian de las

de la Habana en que no tienen paredes medianeras que separan el comedor del salón, pero en su lugar hay generalmente unos arcos abiertos de piedra, que, separando de cierta manera los distintos departamentos, contribuyen a su mayor belleza y comodidad, por permitir la libre circulación del aire, a la vez que ofrecen una más encantadora



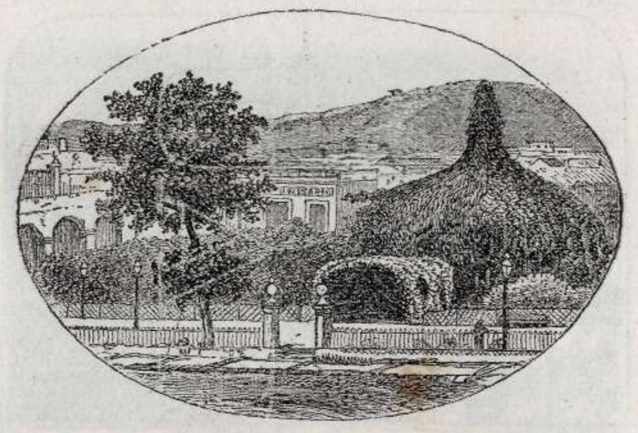
VISTA DE OTRA CALLE DE TRINIDAD

perspectiva los suelos de mármol blanco, las pulidas arcadas y los ricos muebles de las habitaciones.

Algunas calles ofrecen una curiosa apariencia, con sus casas de rojas tejas, su estrecho piso y los raros títulos que, como en la Habana, ostentan las puertas de los establecimientos. El edificio con la torre que se ve en el extremo alto del grabado es conocido por casa del señor Bequer, un ciudada-

no americano cuyo nombre inglés es Mr. Baker, que reside allí, y cuya citada casa se considera como una de las mejores de la Isla.

El "Campo de Marte" es una bella y amplia plaza situada en el extremo sureste de la población, con cuarteles y terreno de ejercicio para las tropas. Pero la plaza *par excellence* de Trinidad, y de hecho



PLAZA DE CARRILLO

de toda Cuba, pues en mi opinión es la más hermosa de cuantas he visto durante mi visita, es la conocida por "Plaza de Carrillo", situada casi en el centro de la población, y en la cual está la casa del Gobernador.

Es la plaza más hermosamente trazada, con enredaderas y arbustos que sombrean las sendas de piedra, a ambos lados de las cuales hay profusión de flores. En el centro, se levanta una graciosa

glorieta, cuya cúpula aparece completamente cubierta por enredaderas florecidas. Alrededor de la plaza se extiende un ancho paseo empedrado, separado del principal jardín por una verja de hierro y de la calle por una base de piedra. Buen número de faroles de gas, distribuidos con profusión alrededor de la plaza, cuando se encienden de noche contribuyen a realzar las bellezas de aquel lugar.

La plaza está siempre abierta al público, tres veces a la semana, una de ellas el domingo, se dan *retretas*. En tales ocasiones la plaza aparece brillantemente iluminada, y la música, la suave brisa y la deliciosa fragancia de las flores hacen las delicias de la muchedumbre allí congregada de "bellas mujeres y bravos hombres".

¡Oh, dolor! Desde que las anteriores líneas fueron escritas cómo ha cambiado la suerte de muchos de aquellos que paseaban en aquel lugar. Para unos,—padres, madres y hermanos—ha sobrevenido la angustia y el luto; para otros—hermanos, padres y esposos,—la deportación, la prisión o la muerte. ¡Ay! ¿Será en vano que esos bravos corazones hayan extendido sus brazos hacia el asta que enarbola la bandera de la libertad, sólo para que una vez más se repita la frase: *dulce est pro patria mori?* Sólo podemos contestar con estas palabras de su propio idioma: *Dios sabe.*

La Vigía es probablemente la mayor atracción de Trinidad. No importa las veces que nos remontemos hasta él, siempre descubrimos alguna nueva belleza, bien en la tierra, ya en el mar, o

en el cielo. Se llega fácilmente a lo más alto montando a caballo. Es un agradable paseo antes del almuerzo. Las personas de alguna edad pueden ir en volanta hasta muy cerca de la cima. Nadie, sin embargo, puede decir que ha visto *La Vigía*, si no la ha visitado a la salida o a la puesta del sol. Permita el lector que lo intentemos nosotros.

Elijamos una bella y tónica mañana, y después de nuestro baño y de tomar el café, salimos a la puerta del hotel y a través de la semiobscuridad, pues todavía no amanece, divisamos los caballos que ordenamos la tarde anterior, que ya nos están esperando. No son de bella apariencia, pero sirven para el objeto de llevarnos a lo alto del monte. Montamos, atravesamos varias calles de la parte alta de la población y desembocamos al fin en el camino rústico que se dirige a la *Ermita de la Popa* y al hospital militar, que se encuentran a medio camino de la montaña. Dejándolos tras nosotros, seguimos por una senda escabrosa y estrecha, ascendiendo por la cual nos hallamos cada vez más lejos y más encima del pueblo, y empezamos a darnos cuenta del vasto escenario, que a esta temprana hora mañanera es algo confuso. A paso tardo vamos ascendiendo, hasta que al fin alcanzamos la cima, donde hay una pequeña casa o cabaña en la cual vive el hombre encargado de las señales, y frente a ella el mástil donde se colocan las banderas de señales que anuncian al pueblo los buques que se acercan. Dejamos aquí los ca-

ballos y a pie seguimos por una senda que nos lleva a la verdadera cima.

¡Qué maravillosa escena se nos presenta allí! Nos hallamos en el punto más alto, alrededor del cual hay vastos mares de niebla y vapor, que, flotando bajo nosotros, semejan grandes lagos, y algunos, no muy distantes, de apariencia más opaca, parecen sólidos campos de algodón; pero de pronto, por los lejanos montes de oriente, empiezan a enviarnos su luz los primeros rayos del sol naciente, que, elevándose poco a poco, no tarda el astro del día en brillar con toda su magnificencia y esplendor sobre el encendido firmamento, por encima de las vecinas montañas.

La escena cambia ahora rápidamente. Los vastos cúmulos de vapor, tendidos como un inmenso palio sobre todo el valle, se van disolviendo con presteza al influjo de los calientes rayos del sol naciente; y se van ofreciendo a nuestros admirados ojos, poco a poco, hermosos fragmentos del monte y del valle, de campos de ondulantes cañas, tan verdes y brillantes como el agua de esmeralda del océano. Los vecinos montes también, con sus esplendorosos atavíos de verde vegetación, se dignan aparecer, uno tras otro, vivamente dorados por el mañanero sol.

Dirigiendo la vista al sur, vemos el pueblo y los terrenos que lo separan de la costa claramente definidos, y más allá el mar extendiendo sus azules aguas hasta perderse en las confusas nubes del lejano firmamento.

Esta escena no es la misma todas las mañanas, pues siempre hay alguna diferencia de luz y atmósfera que presta una cambiante belleza al espectáculo Nuestro cónsul, general Cebada, un ardiente amante de la naturaleza, un artista por sentimiento y profesión, me dijo que casi todas las mañanas visitaba aquel lugar y que siempre hallaba alguna nueva belleza que admirar.

La escena cambia. En el atardecer, a la hora de la puesta del sol, y sentados sobre las rocas contemplamos el mismo espectáculo. con luz diferente. Todo está ahora en quietud, en soberana paz; ni un sonido nos llega del mundo que está bajo nosotros. Las personas que andan por las calles del pueblo nos parecen unos puntos negros; aun los trenes, moviéndose suavemente sobre las largas paralelas, semejan pequeñas cajas dotadas de algún poder sobrenatural de moción, pues no llega hasta nosotros el ruído de las locomotoras. Dirigimos la vista al valle, y por entre manchas de verde follaje vemos surgir aquí y allá las altas y blancas chimeneas de los ingenios, empenachadas de negro humo que se eleva formando nubes, cada vez más altas, hasta que se desvanecen en la atmósfera; la pequeña corriente que vagabundea por entre riberas pobladas de bosques, donde se hace visible tiene el aspecto de una cinta de plata. Y luego, el mar, tan azul como el azul puede ser' sin rizos perceptibles en su superficie, quieto como un lago, mientras algunas blancas velas, a grandes distancias parecen puestas para que distingamos el

mar del firmamento, que empieza a adquirir todos sus maravillosos tintes de dorados carmesíes peculiares de una puesta de sol en los trópicos, tan primorosamente graduados, que es difícil apreciar dónde cesa el azul y dónde empieza el oro y sus diversos matices.

Si ponemos atención, oiremos de pronto un sonido, un suave y apenas perceptible acento musical, que va subiendo del valle en tanto el sol se hunde en lontananza, y que armoniza maravillosamente con la escena. Es el amortiguado tañido de una campana que toca a vísperas. Cuán *a propósito*, ante tal escena y a tal hora, resultan estas líneas de Byron:

«Sweet hour of twilight!
Soft hour which wakes the wish and melts the heart
Of those who sail the seas, on the first day
When they from their sweet friends are torn apart;
Or, fills with love the pilgrim on his way,
As the far bell of vesper makes him start,
Seeming to weep the dying day's decay.
Is this a fancy which our reason scorns?
Ah! surely nothing dies but something mourns (1)».

Allí, en aquellos tranquilos valles, tan quietos y calmosos cuando yo los ví, pero que parecían

(1) *«¡Dulce hora la del crepúsculo!—Suave hora que despierta el deseo y ablanda el corazón,—de los que navegan por los mares, en su primer día—cuando de sus caros amigos se sienten alejados;—o que llena de amor al peregrino en su camino,—cuando lejana campana que toca a vísperas le insta de nuevo a andar.—Tal parece que llora por el día que agoniza.—¿Es sólo una ilusión que nuestra razón desdeña?—¡Ah! sin duda nada muere, pero algo luto lleva».*

llenar nuestro pecho de un profético sentimiento de tristeza, han tenido lugar algunos fieros combates, al querer una pequeña banda de patriotas, mal armados y equipados, pero dotados de bravos corazones, defender una buena causa e intentar plantar firmemente la bandera de la libertad. Ya avanzando, ya retrocediendo, una vez llegaron, en victorioso movimiento, hasta la misma falda del monte de Trinidad; pero fueron de nuevo obligados a volver a las sombras protectoras de la manigua. Estos viejos y altos montes han presenciado horribles escenas de crueldad llevadas a cabo en las hermosas llanuras que se extienden a sus pies, escenas que rivalizan en brutalidad y encarnizamiento a las peores que nos describen las páginas de la historia: *Dios guarde las almas de los muertos.*

Del otro lado del valle, el más alto pico que al viajero le es dable ver, y cuya cumbre aparece frecuentemente envuelta en nubes aborregadas, es el "Pico del Potrerillo", una de las más altas montañas de Cuba, pues alcanza hasta tres mil pies sobre el nivel del mar. Se asegura que el panorama que desde allí se divisa es todavía más extenso y grandioso que el que se contempla desde La Vigía; pero el camino para llegar a él es muy largo, siendo necesario pasar una noche en su vecindad. No fuimos allí, pero el viajero que desee visitarlo puede adquirir la información necesaria en el hotel, contratar los caballos y los servicios imprescindibles de un guía.



TRINIDAD

Una excursión a la "Loma del Puerto" es muy agradable y no debe dejar de hacerla ningún viajero que visite a Trinidad. Se gozan allí de muy hermosas vistas del puerto y de una parte del valle.

El valle de Trinidad tiene fama de ser el más hermoso de la Isla, particularmente visto desde la Loma, donde se disfruta de la grandiosa perspectiva de las montañas, que se elevan a gran altura al fondo del valle, dominándolas a todas el "Pico del Potrerillo". Dentro de los límites del valle no hay menos de cincuenta *ingenios*, algunos de ellos de primera clase. Lo bañan un buen número de hermosas corrientes, dos de ellas, el Ay y el Agabama, que se unen y forman el río Manatí, que desagua en el mar, al este de Casilda, que es navegable más de siete millas, y que utilizan los hacendados para enviar sus azúcares y mieles a los puertos de embarque. En el mismo río Ay se encuentran manantiales de aguas minerales sulfurosas, que son de gusto agradable; y en el centro del valle, en una de las riberas del mencionado río, está el villorrio que lleva el mismo nombre de Ay, lindamente situado en un bosque. De hecho, todo el valle es un escenario de bellezas. El ferrocarril de Casilda atraviesa una parte del valle, y si el viajero se arregla de modo de tomarlo por la mañana y volver por la tarde, tendrá ocasión de gozar del espléndido paisaje. En la actualidad, no estando terminada aún la vía férrea, no hay horas regulares en la salida de los trenes.

De vuelta de la excursión a la Loma del Puer-

to, el turista puede visitar el magnífico lugar de recreo llamado "Quinta", o sea la residencia campestre de la familia Cantero, situada a corta distancia de la villa, a la entrada del hermoso valle y al pie de las montañas que se levantan detrás, formando un fondo majestuoso a las excepcionales bellezas de aquel lugar.

La Quinta—que rivaliza en belleza aun con la de los Molinos, del capitán general, en la Habana—la ocupa la antes mencionada familia, que posee además una hermosa residencia en la villa, pasando en aquélla los meses de verano, aunque también la visitan frecuentemente en el invierno, como hacen la mayor parte de las familias que poseen ingenios, particularmente durante las Navidades, cuyos días pasan allí alegremente, haciendo regalos a los trabajadores y empleados y celebrando bulliciosos festivales.

Resulta un paseo agradable salir temprano por la mañana de Trinidad y dirigirse a dicha Quinta, pasando por lugares de cambiante belleza, con la sensación de un goce siempre renovado. El propietario se muestra excesivamente amable con los extranjeros que visitan su residencia.

Al norte de la villa está la *barranca*, un lugar de muy pronunciada pendiente que conduce de la villa al valle; el camino bordea el monte y está empedrado hasta llegar a las riberas del Tayabo, que pasa no lejos del pueblo en este punto. Aquí las lavanderas han establecido sus lavaderos públicos; y resulta un espectáculo ridículo y no muy

decente ver hombres y mujeres, muchos enteramente desnudos, sentados en las rocas y medio sumergidos en el agua, lavando, restregando y golpeando las ropas con pedazos de piedra. Si el viajero ha sido lo bastante infortunado de confiarles algunas de sus prendas de vestir, aprenderá a su costa los resultados de semejante modo de lavar.

En passant, deseo aconsejar al viajero que invariablemente prefiera a las lavanderas *francesas,* pues si bien cobran más por su trabajo, se tiene la seguridad de recibir la ropa bien lavada y en orden.

La *barranca* es también un bonito paseo por la noche, cuando las nocturnas sombras cubren los impasibles montes y el valle que está debajo, prestándoles una peculiar quietud y un sombrío matiz.

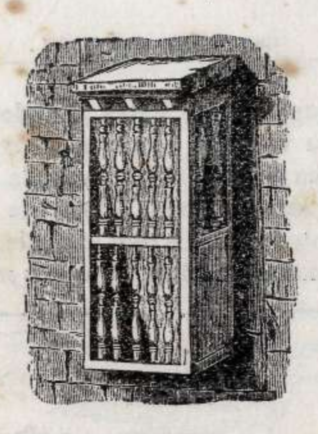
Hay varios edificios públicos e iglesias en la villa de Trinidad, que nada de particular ofrecen a la curiosidad del viajero, a no ser la extrema suciedad del hospital para mujeres y niños, y el aspecto hórrido de la *cárcel.* En cuanto a las iglesias, la única importante por su tamaño es la de San Francisco. La de Santa Ana es pequeña y antigua, y la de Paula, en la plaza de Carrillo, no es mucho mejor.

Durante el Domingo de Ramos, puertas y ventanas aparecen adornadas con las graciosas pencas de la palma *real.* Es un gran día para la Iglesia y para el Estado. En la Iglesia de San Francisco se celebra por la mañana una misa con inusitada pompa. Asisten el gobernador y su estado mayor,

con uniformes de gran gala, los miembros del Concejo municipal, vistiendo trajes negros, los oficiales de guarnición en la villa, tiesos y con los mostachos afilados; pero todos estos personajes, cuando entré en la iglesia, me parecieron insignificantes comparados con los grupos de hermosas muchachas devotamente arrodilladas sobre sus elegantes alfombrillas, y mirando a hurtadillas por encima de los abanicos a sus *enamorados*, de pie bajo la sombra de las arcadas. Nada más encantador que esas *mujeres* de quince a diez y seis años (no te rías, lector), pues la mayor parte de las muchachas de raza española presentan el pleno desarrollo femenil, de cuerpo, ya que no de mente, a los quince años, que nuestras mujeres de veinte. Y todavia hoy pienso en la hermosa y graciosa *Carmela*, de ojos tan brillantes, quien, con un devoto movimiento de sus pequeñas manos, me expresaba, a los *quince* años, su sentimiento por ser ya *tan vieja*.

Trinidad, durante el invierno, la estación alegre, es un lugar muy hospitalario y agradable para el extranjero. Casi todas las noches se celebra un baile o fiesta, y durante el día son frecuentes las excursiones al antes mencionado bello valle; a los *ingenios* para pasar en ellos uno o dos días de asueto, bebiendo ponches de guarapo. Por lo que allí gocé, no deseo lugar más grato para pasar un invierno que Trinidad de Cuba; y al viajero que no desee correr de un lado a otro de la Isla, sino quedarse quieto en un lugar propicio al goce y al descanso, le aconsejo que pase el invierno en dicha villa.

El buque está en la bahía y dentro unas pocas horas levará anclas. Ordenamos una volanta, hacemos los necesarios preparativos y después de despedirnos de nuestros bondadosos amigos y de dar un fuerte apretón de manos al alegre anciano propietario del hotel, abandonamos esta atractiva ciudad, llevando con nosotros un vivo recuerdo de sus hermosas escenas, sus agradables mujeres y sus habitantes hospitalarios. El delicioso recorrido que hacemos montaña abajo es como el último goce de nuestra realmente placentera estancia en Trinidad.



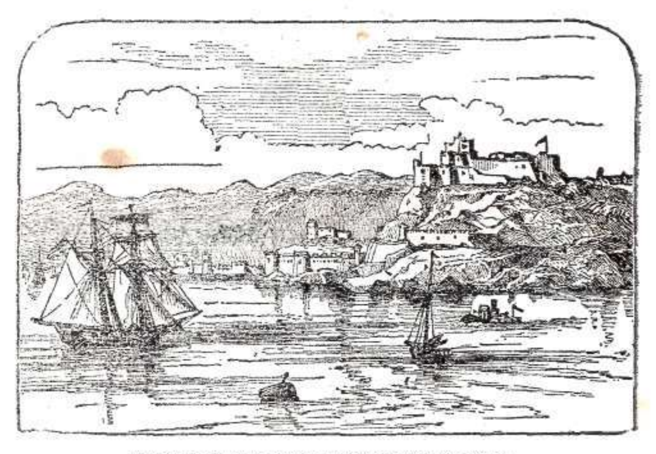
CAPITULO XXXII

DE TRINIDAD A SANTIAGO DE CUBA.—Compañeros de viaje.—Rara manera de adquirir nuevas amistades.—Lugar histórico.—Los viajes de Colón.—Versos de Tennyson.—Jardines de la Reina.—Santa Cruz.—Manzanillo.—Tabacos de Yara.—Cadenas de montañas en la costa.—Altos picachos.—"Turquino".—"Ojo de Toro".—Costeando.—Cercanías de Santiago de Cuba.—Los fuertes y la bahía.—Hoteles.—Jueves Santo.—Ceremonias religiosas.—Viernes Santo.—Las bellas mujeres de Cuba.—Sábado Santo.—La persecución de Judas.

ANTES de abandonar Trinidad, el viajero puede comprar su pasaje a cualquiera de los agentes de vapores, directamente para Santiago de Cuba. El vapor sale de Trinidad por la tarde, de tres a cuatro, y el costo del viaje es de unos cuarenta pesos.

Aquí, por vez primera, sentí la sensación de aislamiento en tierra extranjera. Dejaba tras de mí placenteras escenas de las que había gozado en la buena compañía de mi *compagnon de voyage*,

quien precisamente me había abandonado el día anterior para volver a la tierra nativa, en tanto yo continuaba solo mi viaje; y nada causa en el viajero, por algún tiempo, más triste efecto que el rompimiento brusco de esos lazos de *camaraderie* que se han mantenido durante varios meses. Pero



ENTRADA DE LA BAHIA DE SANTIAGO DE CUBA

a veces uno es más afortunado de lo que puede pensar o merecer, y esto me sucedió a mí al encontrarme a bordo con un muy agradable grupo de cubanos, entre ellos algunas amables *señoras*, con quienes tuve ocasión de intimar. Igualmente me encontré con dos personas que fueron compañeros míos en la capital, miembros de una "Comisión Canadense", enviados por su Gobierno para tratar de fomentar el comercio en las Antillas; y no pue-

do menos de reirme ahora al pensar de la manera como trabé conocimiento con ellos.

Cierta noche hallábame sentado solo, y no sintiéndome muy bién, había pedido una taza de te, que tomaba acompañado de pedazos de tostada, teniendo el sombrero inclinado sobre los ojos para preservarlos de los rayos directos de la lámpara, cuando de improviso un caballero se sentó a mi vera, diciéndome abruptamente con ancho acento gaélico:

—¿Es usted escocés?

—No, no lo soy—contesté algo secamente.

—Pues parece usted un escocés.

No sabiendo si lo decía o no como un cumplimiento, me abstuve de contestar.

—¿Será usted inglés, entonces? Ya esto es algo.

—Tampoco soy inglés—contesté con énfasis. —Soy *Yanqui*.

—Bien, quiero decir que usted *habla* inglés, y esto es algo en un país extranjero. Mi nombre es S.... señor.

—Gracias.

—Y mi amigo y yo somos los comisionados del Canadá.

—¡Buen par de personas!—contesté con viveza. —Entonces usted debe haber sido compañero del alegre doctor... (un amigo de ambos).

—Ciertamente. ¿Le conoce usted? ¿Y cómo está él ahora?

Siguiendo la conversación, a los pocos minutos éramos amigos y me presentó a su compañero,

Mr. de L..., un elegante y pulido caballero de origen francés, miembro del Parlamento Canadense.

Pasamos juntos algunos días muy agradables. El señor S. resultó ser el Interventor de St. John, New Brunswick; y nos encontramos que ambos poseíamos cartas de presentación para las mismas personas en Cuba. Fraternizamos en seguida.

Después de diez y seis horas de navegación desde la salida de Trinidad, pasamos por el archipiélago que lleva el nombre de "Jardines de la Reina", un grupo de pequeños *cayos*. Dicho nombre se lo dió Colón en su primer viaje, desembarcando allí después de haber sufrido grandes contratiempos. Supuso que eran las islas de que habla Marco Polo, situándolas en las costas de Asia. Estas islitas, en su mayor parte desiertas, varían en extensión de una a cuatro leguas; algunas son bajas y estériles, otras están cubiertas de herbaje, otras tienen bosques de altos y grandiosos árboles. El espectáculo que ofrecen vistas desde el mar, ostentando tan gran variedad de colores, hirió la imaginación del Almirante, dispuesto siempre a recibir favorables impresiones del paisaje cubano, y en la imposibilidad de darles nombre a todas, las denominó en conjunto con el poético nombre de "jardines".

Al llegar a Santa Cruz, que es un muy pequeño lugar, varios pasajeros bajaron a tierra para dirigirse a caballo o en volanta a Puerto Príncipe, situado en el interior de la Isla; una tediosa e

incierta jornada, pero la única para llegar a dicha población desde este lado de la Isla.

Seis horas después, entrando en el Golfo de Guacanayabo, llegamos a Manzanillo, por la tarde, donde el vapor se detuvo lo suficiente para permitirnos visitar el pueblo. Es de escasas proporciones, contando unos seis mil habitantes. Ofrece el aspecto de haber sido edificado rápidamente y abandonado luego con disgusto por los pobladores. Contiene, desde luego, la imprescindible "Plaza", de nombre solamente, una iglesia de mampostería, cuyas campanas hacen tanto ruido como las de todas las iglesias, y el consabido *palacio* del comandante.

También tiene *fonda* y *posada*, pero ningún respetable lugar a donde pueda ir el viajero a reposar y satisfacer sus necesidades de una manera cristiana. Realmente no pude llegar a comprender por qué allí se ha levantado un pueblo, a menos que no haya sido para explotar la pesca de esponjas y de tortugas que contienen las aguas que se extienden de allí a Santa Cruz.

Es un pueblo algo antiguo, fundado durante la gobernación de Las Casas en 1790; y fué aquí donde Girón, un pirata, desembarcó en 1604, pasó al pueblo de Yara y se apoderó de la persona del obispo Fray Juan de las Cabezas que estaba de visita allí. El obispo sólo pudo ser rescatado previa la entrega de doscientos ducados, algunos cueros y otros objetos al salteador de los mares, quien, para su desgracia, cayó luego en una emboscada que

le prepararon algunos habitantes al volver aquél de su expedición, matándolo y apoderándose de su botín.

Es aquí por donde sale a su mercado el celebrado tabaco de "Yara". Habiéndolo oido alabar tanto, compré algunos cientos de tabacos de dicha marca, que me apresuré, sin embargo, a regalar a la primera obscura Hebe que fué mi sirvienta en Santiago de Cuba, pues esas inveteradas fumadoras aprecian más tal obsequio que un *peso* de oro. Los tabacos eran amargos y fuertes, y poı lo mismo no satisfacían mi gusto.

Al abandonar Manzanillo, el buque siguió, en alguna extensión, por la misma ruta en que había venido, a fin de pasar y doblar la punta extrema sur de la Isla, el *cabo de Cruz;* y en seguida comenzamos a ver parte de la más magnífica y agreste costa de Cuba.

Inmediatamente después de doblado el cabo, empieza la cadena de montañas conocida poı "Macaca" o "Sierra Maestra", que se extiende del cabo Cruz al río Bocanao, al este de Cuba, y en cuya cadena están algunos de los más altos picachos de la Isla, con sus bases bañadas en algunos lugares por el mar y sus cimas perdidas en los nubes. Esta cadena de montes ofrece algunas soberbias vistas de la región montañosa, tales como las que gozamos en los Estados Unidos.

La primera montaña pasado el cabo, es la llamada *Ojo del Toro,* de agudo pico, con una altura de tres mil quinientos pies sobre el nivel del mar.

Más lejos, vemos la Sierra Maestra, que tiene una altura media de cuatro mil quinientos pies, y sobresaliendo solitario y arrogante por encima de todas las montañas de la sierra se yergue el Pico de Turquino, que competentes geógrafos le asignan una altura de ocho mil pies, siendo la montaña más alta de la Isla de Cuba. Con buen tiempo, se le ve indistintamente, desde el mar, a una gran distancia, sirviendo de conspícua señal para los marinos que se dirigen al puerto de Santiago de Cuba. Nosotros le vemos envuelto en nubes, que se acumulan en masas sombrías alrededor de su pico.

Aquí, entre estas escenas, tan cambiantes y tan hermosas, vienen naturalmente a nuestra memoria estas líneas de Tennyson:

«By peaks that flamed, or, all in shade,
Gloomed the low coast and quivering brine
With ashy rains, that spreading made
Fantastic plume or sable pine;
By sands, and steaming flats, and floods
Of mighty mouthes, we scudded fast,
And hills and scarlet-mingled woods
Glowed for a moment as we passed» (1).

Alguien hace la observación de que estamos cerca de Santiago de Cuba; pero, mirando en di-

---

(1) "*Por picos que flamean, o, en sombras envueltas,—obscurecen la costa y el temblante mar—lluvias cenicientas, que extendiéndose imitan—fantástico plumaje o negro pinar;—por playas, neblinosos bajíos, y ríos—de ancha boca, ligeros nos deslizamos,—y montes y bosques de variado escarlata—resplandecen un momento al nosotros pasar*".

rección de la tierra, no vemos más que la misma sucesión de montañas ante las que pasamos hace doce horas, excepto donde, en alguna baja playa, ligero claro en la rocosa costa, nos parece atisbar alguna vivienda. Sin embargo, el tiempo pasa, y media hora después descubrimos la pequeña abertura que parece ser la entrada de un valle y un edificio que resulta ser el fuerte de Cabañas. Pero todavía no divisamos población ni bahía; más frente a nosotros se eleva ya, sobre un rocoso acantilado, un viejo castillo de raro aspecto, con cañones que asoman por sus aspilleras y abigarradas murallas que parecen próximas a desplomarse sobre las aguas que bañan su base. Este es el castillo del Morro, que con la batería de Aguadores, la de la Estrella y el antes nombrado fuerte de Cabañas, dominan las cercanías de la bahía y ciudad de Santiago de Cuba.

La costa rocosa está allí poblada de restos de varios buques, cuyos capitanes, intentando escapar de los peligros de una tempestad, quisieron vanamente entrar en la bahía, de difícil acceso, y el blanqueado maderámen es como una triste advertencia al marino para que no entre allí sino en buen tiempo. Llegamos frente al Castillo y rápida vuelta a la izquierda nos hace entrar en el estrecho canal y dejar atrás el Morro y la adyacente batería, cuyo centinela, con una trompeta tan grande como él, saluda a nuestro buque al pasar. Pronto nos hallamos en una bahía que gradualmente va ensanchándose, rodeada de montañas en todas di-

recciones. Una hermosa, muy hermosa bahía, que en ciertos lugares nos recuerda mucho a nuestro romántico Hudson, donde a veces tiene uno la sensación de estar navegando en un bello lago cercado de verdes montañas.

Todavía no hemos divisado la ciudad, ni siquiera un lugar donde se pueda presumir que está; pero el buque da una vuelta a la derecha, y allí, elevándose desde la orilla del mar a lo más alto de un monte, aparece Santiago de Cuba, con sus rojos tejados, las altas torres de su catedral y los verdes árboles de su bonito Paseo, alumbrado por el sol en su ocaso, formando un hermoso primer plano a la montañas, vagamente azules, que se elevan detrás de la ciudad.

Habiéndosenos asegurado que "La Suss" era el mejor hotel, propiedad de un francés, colocamos nuestro equipaje en una *carreta*, y caminando a su vera como una escolta, empezamos la ascensión a la parte alta de la ciudad. Al llegar al hotel nos enteramos que estaba todo ocupado, y por lo tanto fuimos en busca de techo al "Hotel del Comercio", considerándonos afortunados de que se nos permitiera ocupar dos miserables habitaciones, por estar todas las demás tomadas.

Estamos en Semana Santa, y por lo mismo no funcionan los teatros. La Compañía de ópera que desde semanas atrás venía dando representaciones, tuvo que suspenderlas por orden de las autoridades hasta después de las solemnidades religiosas. Así pues, como única diversión, paseamos por la

Plaza de Armas, o "de la Reina", según nos informa un letrero. Es una bonita plaza, con anchos caminos, hermosos árboles de poblada copa y bonitas plantas. En su lado oeste está la residencia del Gobernador General, y junto a ella el edificio del *Ayuntamiento.* En los lados norte y sur, se levantan las espléndidas residencias de dos marqueses, y en el del este, está la imponente catedral, que se asegura es la más grande de Cuba.

Es hoy Jueves Santo, y ciertamente, seamos protestantes o católicos, debemos devotamente rogar a Dios que nos libre de pasar otra noche como la anterior, en la que tuvimos la desgracia de sostener "íntimas relaciones" con esa misma familia de "pícaras pulgas", tan felizmente descritas en "Cuban Pictures".

Como las casas de comercio se cierran desde las diez de la mañana de hoy, hasta la misma hora del sábado, me apresuro a presentar mis cartas de recomendación y de crédito; y me resulta muy agradable verme recibido con cordial amabilidad, lo que contrasta con el modo usual empleado por los hombres de negocios de la Habana. Me doy cuenta de que he sido mal informado respecto de los hoteles, y que el de Madame Adela Lescailles es considerado como el mejor. Disponiendo de una corta nota de presentación, inmediatamente fuí en busca de la dueña del hotel, que resultó ser una jovial e inmensamente corpulenta criolla francesa, ya de edad. Su hotel es confortable, y, lo más notable en Cuba, de una escrupulosa limpieza.

Gracias a mi nota de presentación, conseguimos cómodas habitaciones. Ya bien instalados, nos dispusimos a ver la ciudad de la mejor manera.

Con placer nos encontramos en el hotel con un buen número de americanos, así como con nuestros *compagnons de voyage*, los Comisionados Canadenses. Después de comer, por la noche, nos dirigimos a la Plaza, frente a la Catedral, para presenciar la gran procesión de la Virgen, que saliendo de la iglesia recorría luego la ciudad. Primero apareció una banda de música, y después, en doble y larga hilera, ciudadanos blancos y negros, todos mezclados; seguían militares de todas graduaciones, con uniforme de gala, descubiertos y con grandes cirios encendidos en las manos; venía luego otra banda de música, y detrás el Gobernador general, con su fajín sobre un espléndido uniforme lleno de condecoraciones—un hombre de rostro atezado y de aspecto genuinamente militar, de unos cincuenta años, sonriente no obstante la solemnidad de la ocasión;—le rodeaba su Estado Mayor, con brillantes uniformes y los miembros del Ayuntamiento, trajeados de negro. Debo confesar que muchos no daban muestras de la piedad que la ocasión exigía, pues constantemente se reían. Sobre los hombros de ocho robustos negros, y precedido por algunos sacerdotes, venía el catafalco, adornado con flores de papel, abalorios, de oro y plata, terciopelos y cintas, sobre el que estaba una gran imagen de la Virgen, bajo un palio de terciopelo y oro, y guardada, en cada esquina, por peque-

ños querubines con las alas extendidas. Es difícil explicarse por qué el natural impulso del extranjero le lleva a imitar lo que ve hacer a la multitud que le rodea, y descubrirse al paso de algo con lo que él no cree. Pero la procesión se mueve, y a la Virgen siguen el obispo y demás sacerdotes, vistiendo ropas vistosas; una banda militar que toca una marcha solemne, y un batallón de soldados, llevando los fusiles con la culata hacia arriba, marchando a paso corto. El cortejo va recorriendo las calles, pasando frente a las gentes del pueblo silenciosas y crédulas, descubiertas las cabezas, estacionadas en vasto número para presenciar aquella manifestación de la "Iglesia" y el "Estado"

Llegamos al Viernes Santo, y siguen los servicios religiosos, llenas de fieles las iglesias durante todo el día, las calles con multitud de gente como si se tratara de una fiesta, pero sin diversiones de ninguna clase. Todo tiene un tinte de hórrida melancolía, y nosotros estamos todos de acuerdo en creer que la Semana Santa es aquí realmente fastidiosa. Visitamos también las iglesias y capillas y tratamos de la mejor manera de simpatizar con los sentimientos de este pueblo. En algunos respectos lo conseguimos, pues estamos siempre dispuestos a actuar conforme nos sugieren nuestros amigos nativos cuando nos recomiendan *refrescos*, e impelidos por el ardiente sol, hacemos frecuentes visitas a esas frescas y gratas capillas cerca de la plaza, donde los fieles son recompensados con naranjadas o *limonadas al ron*.

Devotos también del altar de la belleza, en cada iglesia que visitamos gozamos viendo a los grupos de hermosas muchachas, muchas de ellas exquisitamente vestidas con el evidente propósito de ser admiradas, a juzgar por la poca atención que prestan a los servicios religiosos.

Y ya que trato del tema de las mujeres bonitas, aludiré aquí a lo que da fama a esta ciudad de Cuba, y que todo extranjero en seguida nota. Me refiero a las hermosas mulatas, como se las llama, aún cuando muchas de ellas tienen el cutis blanco, en su mayoría descendientes de criollos de origen español o francés, dedicadas al servicio doméstico, o ganándose la subsistencia, si son libres, cosiendo o lavando, y otras, me temo, dedicándose a ocupaciones menos honestas.

¡Pum, pum, pum!

—¿Qué demonios es eso?—pregunta uno de nuestros amigos.

Pero ya todos, al ruido de los pistoletazos, gritos y campanas, nos precipitamos a la puerta, en esta mañana del sábado, deseosos de ver de lo que se trata.

Nos enteramos que se está efectuando la ceremonia de la "persecución de Judas, el que traicionó a Jesús", el acto final de la Semana Santa. La ceremonia consiste en pasear durante dos o tres horas después de la salida del sol, la efigie de Judas, el traidor. Al pasar por cada calle, tiran pistoletazos, cohetes y dirigen insultos a la insensible figura, terminándose la ceremonia, probablemente,

arrastrándose la efigie y colgándola de un farol. Tal es el postrer espectáculo de las solemnidades de Semana Santa, a las que siguen, al día siguiente,



LA PERSECUCION DE JUDAS

domingo, una pelea de gallos por la mañana, dos corridas de toros por la tarde y una función de ópera por la noche.



FIN DEL TOMO SEGUNDO

Señores suscriptores a la edición de bibliófilos en papel de hilo, de sólo 50 ejemplares numerados, cuyo precio es de $5.00 en rústica.

No. 1. Sr. Dr. José Parajón.—Habana.
„ 2. Sr. Federico Maciá.—Habana.
„ 3. Sr. G. Martínez Márquez.—Habana.
„ 4. Sr. Eligio de la Puente.—Habana.
„ 5. Sr. Gerardo Castellanos.—Habana.
„ 6. ....
„ 7. ....
„ 8. ....
„ 9. ....
„ 10. ....
„ 11. ....
„ 12. ....
„ 13. ....
„ 14. ....
„ 15. Sr. Dr. José E. Gorrín.—Habana.
„ 16. Sr. Fco. Ruiz González.—Camagüey.
„ 17. Sr. Fernando Ortiz.—Habana.
„ 18. Sr. Francisco de P. Coronado.—Habana.
„ 19. ....
„ 20. ....
„ 21. Sr. Dr. Fco. Rodríguez León.—Habana.
„ 22. ....
„ 23. Sr. Juan Beltrán.—Habana.
„ 24. Sr. Alberto Pedroso.—Habana.
„ 25. Sr. Gustavo Baró.—Habana.
„ 26. ....
„ 27. ....

COLECCION DE LIBROS CUBANOS

Director: FERNANDO ORTIZ

COLABORADORES: **A. M. Eligio de la Puente, Francisco González del Valle, Emeterio Santovenia, Adrián del Valle.**

SECRETARIO: **Juan Beltrán.**

Volúmenes publicados

I-II-III. PEDRO J. GUITERAS.—**HISTORIA DE LA ISLA DE CUBA.**

IV. RAMON DE PALMA. — **CUENTOS CUBANOS.** Con introducción de **A. M. Eligio de la Puente.**

V-VI. JOSE ANTONIO SACO.—**CONTRA LA ANEXION.** Con biografía del autor y un apéndice por **Fernando Ortiz.**

VII-VIII. SAMUEL HAZARD.—**CUBA A PLUMA Y LAPIZ.** (*Viaje en 1870*). Con numerosos grabados. Traducción por **Adrián del Valle.**—Tomos I y II.

EN PRENSA

SAMUEL HAZARD.—**CUBA A PLUMA Y LAPIZ.**—Tomo III.

LUIS VICTORIANO BETANCOURT. — **ARTICULOS DE COSTUMBRES.** Con introducción bibliográfica, por **Emeterio Santovenia.**

EN PREPARACION

JOSE DE LA LUZ CABALLERO. — **IDEAS PEDAGOGICAS.** Con biografía del autor por **F. González del Valle.** — *2 tomos.*

JOSE MARTI. — **POESIAS.** — Antología e introducción por **Juan Marinello.**

PLACIDO.—**PROSA Y VERSO.**

JOSE MARTI.—**EPISTOLARIO.**

ALEJANDRO DE HUMBOLDT.— **ENSAYO POLITICO SOBRE LA ISLA DE CUBA.** — Con biografía del "segundo descubridor de Cuba", por **Fernando Ortiz.**



BOLETA DE PRESTAMO INTERNO BP15

No. Orden	Código	Fecha	Op.
36587	2.2	2-9-47	03
761	2.2	30/8/96	03
2247	—	20/4/97	03
570 -		17/5/02	
S/N	3/5/07	Der	03
S/n.	20/7/08		03
209	26/10/09	Dr	03
25/10/10		Dr	
120	9/2/11	Dev	03
S.N 21/6/11		Dev	03
12/08/07	03		

Préstamo Especial

